Guillermo Carnero Hoke

EL INDIO Y LA REVOLUCION

(Para Haya de la Torre y para Mariátegui el Perú sólo era el Cuarto de la Servidumbre¡)

Editora
PRENSA PERUANA
1979

"Año de Nuestros Héroes de la Guerra del Pacífico"

1979

"PRENSA PERUANA"

GUILLERMO CARNERO HOKE

EL INDIO Y LA REVOLUCION

(Para Haya de la Torre y para Mariátegui, el Perú sólo era el Cuarto de la Servidumbre !)

Editora
PRENSA PERUANA
1979



The New York
Public Library

EL INDIO Y LA REVOLUCION

DEDICATORIA

- A Ignacio Magaloni Duarte, desde siempre contemporáneo del futuro.
- A Ana María Gómez Rull, presencia viva de Atahualpa.

PRESENTACION

En un semanario financiado por un desconocido grupillo de yanquis y venezolanos nuevos ricos, se publicó una breve nota en la que irónicamente se dijo que yo "nada tenía de indio", no sin antes afirmar que era "un experto en crear partidos de vida efímera". A renglón seguido pedía a los lectores que "leyeran el apellido de mi madre" —hija de irlandés—, para que supieran que mis ancestros tampoco eran indios. Los plumíferos de la breve nota, viejos sirvientes del archireaccionario Pedro Beltrán y asalariados a trasmano de la IPC y de los feudalistas barones del azúcar y del algodón, quisieron poner en tela de juicio mi lealtad a la causa india, al parecer con cierto éxito, ya que nada es más fácil que acusar entrelíneas y escudarse en el anonimato. Dejé pasar el agravio a la espera de una buena ocasión.

Una ocasión en la que pudiera explayarme; en la que, además de mentarles la madre, les aclare que mi conciencia india nada tiene que ver con el color de mi piel, ni mucho menos con mis apellidos. Hemos dicho, hasta la saciedad, que en el Perú todos somos indios; que el que no tiene de Inga tiene de Mandinga, ya que, en última instancia, el término "indio" es una invención caprichosa de España, pero que la empleó para agraviar a los habitantes de estas tierras y denostar al estilo de vida comunera en el Tawantinsuyo. De este modo, para España el indio fue todo aquéllo que significaba la propiedad colectiva. Durante el Virreynato para España el indio fue un comunista. E incluso ahora, para los reaccionarios el indio es un "resentido social", un ocioso, un borrachín, un ser despreciable, etc., etc.

La ruín conjura contra el indio empezó hace 460 años. Tanto se le ha calumniado que el propio agraviado cree en las supuestas "verdades" que le imputan; y se calla. Hay, asimismo, intelectuales ganapanes que continúan inculpando al indio, encubriendo sus campañas con argumentos estúpidos y falsos. Cuentan, por lo demás, con el apoyo oficial ya que Francisco Pizarro cambia de nombres: unas veces es Piérola,

Castilla, Pardo, Leguía, Prado o Belaúnde Terry. España fue arrojada a patadas del territorio nacional pero logró colarse en el sucio criollaje y proseguir gobernando, imponiendo sus valores, malas costumbres y el pésimo gusto de su inmoralidad bien premiada y mejor pagada. La historia de nuestra patria resulta, de este modo, la más grande estafa, la más apestosa pudrición en donde imperan los canallas, los plumíferos y los falsos redentores que comen a dos carrillos. ¿Cómo no ser indio, entonces, si el indio en su silencio encarna la dignidad, la honradez, el trabajo y la fraternidad humanas?

Fuí aprista es cierto, pero de paso, pues mi meta siempre fue ser indio. Testigos son de esta pasión fanática mis amigos desde la infancia, mis compañeros en las luchas clandestinas, mis hermanos que comparten conmigo la justicia de pensar y sentir como indios. Aquí están en mi alma los niños que en Talara formaron mi mundo nativo: Panta, Yarlequé, Bereche, Payva, Quispe, etc., acompañándome con su pobreza limpia y su ingenuidad conmovedora. Tomé como seudónimo el de "Payva" para exigir la ley y las buenas costumbres. Mis compañeros saben que mi obsesión fue y es vivir en la simpleza cósmica del indio. "Wiracocha", me dijo Carlos Alberto Yzaguirre, el mismo que después pidiera mi separación del apra, pues afirmó que por indio tenía ideas "comunistas". Yzaguirre con Armando Villanueva lograron eliminarme del aprismo, no se por qué, hasta la fecha.

Pero entre Payva (1946) y Wiracocha (1953) fuí un indio aprista, subyugado por la lucha clandestina que se encubría con los nombres de "Incahuasi" (la casa secreta donde se refugiaba Haya); por el seudónimo del jefe aprista: "Pachacútec"; el sagrado símbolo del Cóndor de Chavín (se emplea como condecoración para los actos heroicos); la bandera del Tawantinsuyo (los 7 colores del arco-iris); y el perfil indio de Víctor Raúl explotado al máximo para seducir a las masas indias, etc. Si bien fue cierto que todo ello representaba la abjetivación del partido, también significaba el señuelo, o los fines encubiertos, las posibilidades del reencuentro histórico. Sin embargo, adentro, en la doctrina, en la conducta de sus hombres, el aprismo también es España!

Así y todo, el camino más corto para llegar al indio fue el partido aprista. Gracias a Haya de la Torre y a José Carlos

Mariátegui pudimos ver la extraordinaria hazaña de la sociedad comunera del Tawantinsuyo. De este modo, el Movimiento Indio es, si se quiere, el lado izquierdo de las doctrinas de Haya y de Mariátegui, pero indianizadas. Haya y Mariátegui acertaron en el diagnóstico del gran drama peruano, pero pecaron en la aplicación terapéutica. Se fueron demasiado lejos; el uno hacia Rusia y el otro a los países escandinavos. Vieron el mal y por acomplejamiento, o por desprecio, buscaron la solución en Occidente; y fue su error, su grave equivocación. Los aciertos soviéticos y los logros en Escandinavia, son demasiado propios; pertenecen a otras latitudes; poseen otra ideosincracia y otras perspectivas, etc.

Desde el fondo de los siglos América India tuvo un camino propio, macerado en las viejas pipas de su devenir social. Han llegado todo tipo de extranjeros, y cada quien trajo su amor y su avaricia; sus penas y sus alegrías; sus recetas, soluciones, consejos, sus banderas y su liberación. Pero América India sigue su propio ritmo y su propio tiempo. De este modo, para comprenderla y amarla intensamente hay que conocer el todo de su historia. Hay que cotejar su historia con la de los demás pueblos. Hay que mirarla con ojos colectivistas. Hay que hacerlo pero dejando atrás las medidas de comparación occidentales, porque no encajan, son distintas. Hay que estudiarla a fondo, detenidamente. ¿Cuántos lo han hecho? Desgraciadamente, muy pocos. Y los que lo hicieron pecaron de astigmáticos, cuando no perpetraron concusión, felonía y complicidad.

Claro que hay gratísimas excepciones. Entre ellas destaca la recia personalidad de Luis E. Valcárcel, que durante 50 años, desde la cátedra y con sus obras, acertó en el camino de la liberación. Pero, su ejemplo se ahogó en el desierto; por mirar muy lejos se fue quedando solo. El Perú le debe mucho. Y nosotros estamos en deuda; lo estaremos siempre, porque mientras él nos señalaba el camino, la grita necia de los partidos de izquierda cubría de espejismos el escenario nacional. La deuda con Luis E. Valcárcel es más penosa si tenemos en cuenta que la borrachera heroica —de apristas y comunistas— nos dejó como el Perro del Hortelano. La espantosa soledad de Luis E. Valcárcel nos acusa a todos!

De otra parte, cuando estalla la crisis en el partido aprista —1948— la generación de la década del 40 se vió urgida

al rompan filas. Cada uno de sus valores más connotados, buscó tiendas aparte para morigerar su desesperanza. O su amargura por la inversión fallida. Mariátegui influyó mucho para que los poetas se cobijaran en las carpas comunistas, mientras que el destierro sirvió a otros de universidad para la gran reconciliación histórica. A veces, es necesario estar lejos para mirar con sentimiento, las cosas que uno no desea ver, que uno no ve por ceguera dirigida.

A mí, los seis destierros a México, me sirvieron de multiplicador de la pasión india. Gracias a México y su increíble cultura maya y azteca, les debo la definitiva reconciliación con mi destino. En México estudié para ser indio. Me ayudaron mucho, ese gigante del pensamiento continental, Ignacio Magaloni Duarte y su esposa Ana María Gómez Rull, descendiente directa del Inca Atahuallpa. Recibí la serena cátedra de Gregorio López y Fuentes, el autor del libro inmortal: "El Indio". Durante cerca de diez años estudié y visité casi todos sus testimonios y centros arqueológicos, logrando imbuirme de su inacabable riqueza filosófica. Hay, de otra parte, una india del tamaño de su propia tierra, que con su ejemplo, ternura, comprensión y ayuda, hizo posible mi estada de peregrino "a la fuerza"; élla es Juanita Peñaloza, una indita inalterable como los siglos.

Para mí los destierros a México, pese a la dureza del exilio y de su pesada carga de añoranzas, fueron como un premio. Estudié mucho mientras que acá, en el Perú, mis antiguos compañeros se llenaban de "gloria" desempeñando senadurías, embajadas, ministerios y diputaciones. El tráfago de la vida oficial les impidió acercarse al polvo fecundo de su tierra y al cansado sudor de su gente. No abrieron una sola página real de la historia de su patria. Se ahogaron de presentismo. Se cansaron de los banquetes y del asedio de tanto ciudadano en desgracia. De tanto dolor que vieron se fueron alejando del dolor humano, para no perder la chamba, ni los aplausos fáciles. El sacrificio no es el más grande amigo de los seudo revolucionarios.

De retorno a la patria, en 1956, fundamos con un grupo de ex-apristas el PNRP (Partido Nacionalista Revolucionario Peruano), que en sólo dos años pusiera de vuelta y media a los sectores oficiales y políticos. Nixon conoció de la cólera

nacionalista del partido. El pradismo fue desnudado en su impudicia y gansterismo. Y el aprismo persiguió y pateó a sus antiguos mejores hijos. El PNRP fue un peligro y, por eso, tantos actuaron para quebrarlo y destruirlo. Vuelto al destierro los infiltrados quisieron devorarse al partido. Por último, se lo tragaron los trotsquistas.

La vida efímera del PNRP no fue culpa mía. Pero en su corta vida influyó en muchos personajes que, después, actuaran en primera línea en el movimiento revolucionario de la Fuerza Armada. Fue, además, un partido de larbamiento presto al vuelo liberador. Fue el partido-puente para llegar al territorio libre del indio. El PNRP llevaba la semilla que volvió al surco antiguo de su tierra. Las manos del PNRP no se mancharon jamás con la claudicación, el engaño o el ventajismo; por eso murió como nació: como un relámpago. Como parte del drama nacional que anda buscando, a ciegas, la tierra prometida, sin saber, que la tierra que pisa, ésa es la tierra buscada!

Mariátegui se murió sin saberlo. Igual sucederá con Haya de la Torre. Sarcasmo: amando tanto no supieron, que al alcance de sus manos, estaba la puerta y la llave. Sólo que intentaron abrirla estando de espaldas. La llave se quedó dando vueltas en el vacío.

En una lápida en común podría escribirse: "estuvieron sentados en un banco de oro, sin saberlo. Y tenían la llave"!

Es verdad, llegaron tarde a la historia, como están llegando tarde esa cauda deshonesta de partiditos de ultraizquierda, que a medida de su extremismo subjetivista, más se alejan del indio y de la Pachamama. No sería una sorpresa encontrar que entre las cúpulas-ultristas hay más de un indio vergonzante, engañado por las universidades, la seudo ciencia y la tecnología de Occidente. Sin embargo la historia del reencuentro, de la reconciliación —es mejor decirlo— prosigue lenta, pero segura. Y los indios verdaderos que se negaron a serlo, hociquearán de vergüenza cuando descubran que, al igual que Haya y Mariátegui, se movieron en el aire, inútilmente, sin acertar con el agujero.

El indio antes de plasmar su grande sociedad hizo agujeros en el aire y los llevó a las grecas de sus testimonios ar-

queológicos. Esto explica que consideraron al aire para organizarse después en ayllus —comunidades y calpullis—; primero el suspiro, después la realización.

Lo anterior como metáfora; pero, para explicarnos la conducta de la mayoría de los políticos, cae a pelo. Occidente puso a la vida más allá de su contexto cósmico; le dió raíces a la vida en la metafísica. Lo curioso es que para realizarse Occidente imitó y mal a la Naturaleza. Mezcló perspectivas y dialectizó como le vino en gana para darle sitio a su ciencia y a su tecnología. Gran culpa de esta confusión hay que buscarla en la homosexualidad de los filósofos griegos, padres de la razón pura, del absoluto, de la idea en sí, etc. que, en cierta forma, justifican al Dios único, hacedor de la propiedad privada. Al darle cabida a ese Dios subjetivo, tuvieron mañas para "despolarizar" la dialéctica de la Naturaleza y el Cosmos; tal la razón del gran descalabro de la sociedad occidental.

Con Occidente nació o empezó el gran exilio de la vida. Desde entonces los hombres han vivido de espaldas a la Naturaleza. Menudo problema le causaron al hombre. El supuesto "paraíso terrenal" se convirtió en "realidad" sólo después de que el hombre fuera expulsado del mismo. Así, cuando Occidente se expandiera, a sangre y fuego por todos los Continentes, llevó consigo sus entelequias en una maleta de doble fondo. Esparció en todas partes su contrabando. Hizo profesionales de la trampa y el vicio. Iglesias y Universidades completaron la burla.

Pero los plumíferos jefaturados por los Chirinos Lizares o Soto, que no saben en dónde están parados y que babean cuando escriben, ignoran cómo se forma la vida y qué es la conciencia dentro de ella. Creen que ser indio es un "accidente racial", del que reniegan; pero ignoran que lo indio es un estado de conciencia dimanado de una realidad concreta, pues las ideas son el resultado bioquímico de la vida que se talla, a cada segundo, con la acción de los elementos químicos que la conforman. El habitante americano es indio en la medida de que respira aires indios, bebe aguas indias, ingiere y se nutre de vegetales y animales indios, y, finalmente, el clima y el paisaje indios que se le reincorporan y le condicionan. Después, los años de asentamiento completan el cuadro.

La afirmación del párrafo anterior es ciencia del más puro

materialismo dialéctico; a ello habría que agregar, evidentemente, la inteligencia de descubrir que lo indio, contrariando a España, fue el perfeccionamiento de un pueblo, que durante cerca de diez mil años de experiencias acumuladas, se elevó a cultura y civilización cósmicas. La sedimentación comunera fue la espina dorsal que permitió que su pueblo plasmara la justicia. la fraternidad y la alegría creadora. Ser indio ahora, es sentirse contemporáneo de esa Nación; que pese a todos los desprecios y todas las acechanzas, está viva, nos rodea y alimenta, nos rebasa y nos orienta. La presencia viva del pueblo indio es la lectura práctica de un socialismo que sólo los necios y los neófitos están negando.

El secreto profundo de su sociedad comunitaria está en que se adentraron en el torrente invisible de las leyes naturales y cósmicas, y navegaron en ellas; se aprovecharon amorosamente de las mismas. Navegaron como en convoy; ninguna estrella dejó de ser hermana y, como tal, adentrados en su distancia inacabable.

¿Entenderán este material desdoblamiento de una Nación que por comunera se postuló, con denodado acierto, como cósmica? Los sirvientes del criollaje emputecido, que ensucian papeles al tratar de comunicarse con los demás, están al margen de la inteligencia. No tienen capacidad para elevarse de las cloacas. Son simios, nada más. Son mente enlatada. Preguntemos, entonces: ¿qué tiene que ver el apellido de mi madre si yo me postulo indio, para disfrutar de su filosofía cósmica y ser justo como el más humilde de los indios de ayer y de hoy? Siendo producto de un amor, tampoco dejo de ser un accidente racial. Posiblemente para los Chirinos Soto —indios renegados—, mi apellido materno sea una invitación para que yo rime, a la mala, con su apellido materno; pero ésto es reducir a grotezco el análisis de las concepciones ideológicas. Y al decir que soy un indio, ideológicamente hablando, en nada ofendo racialmente al verdadero indio; el indio no inventó la discriminación, lo hizo el blanco. Y, como todo lo que trajo el blanco, es una ofensa contra la Naturaleza, me redimo al declararme, política y filosóficamente, como un indio.

Biológicamente, por lo demás, uno deja de ser pariente de sus padres a partir de los 40 años. Biológicamente pasan a ser simples vecinos, a quienes por el peso de las tradiciones y

los ancestros, guardamos gratitud y cariño. El cambio se ve mejor por dentro, muy a pesar de que todos los días perdemos la piel que se nos cae. De tanto mudar la piel adquirimos otra que talla el clima y modela el tiempo; o que, al final, es el resultado de una acción recíproca entre uno y el medio. Entonces, ¿a qué piel se refieren?; si es a la mía debo confesarles que, en mis 60 años, debo haber perdido unos 60 kilos de la misma que me envolvían, no se si con agrado o mala fe. Quedaría, en todo caso, la cuestión de mis apellidos. ¿Por qué preocuparme de ellos, si de todas maneras sólo son referencia policial para la PIP o la CIA?

Aquí de lo que se trata es del drama terrible de nuestro pueblo. De su hambre longevo; de ese hambre que quema, que duele, que es la antesala de la muerte y de la violencia.

Y al hambre hay que buscarlo en su madriguera, en sus orígenes, en su causa primera. No es llorando como uno llena su barriga. A la barriga se llega primero con la cabeza. Aquí de lo que se trata es de armar a nuestro pueblo de una doctrina que lo mueva, que lo empuje, que se acomode en sus flacas manos para que tome el fusil y dispare. Y esa doctrina está en su historia, está en la gente que sobrevive a la borrasca, que no aceptó jamás la derrota.

Recordemos, pues: el hambre vino con España. El hambre y la muerte llegaron con ella. Desde entonces tomó plaza la ignominia y el robo. La universidad y la iglesia remacharon la infamia y completaron la obra. Estamos transculturizados hasta la saciedad. Es necesario ir en la búsqueda de nuestro verdadero rostro, de nuestro verdadero espíritu. Ellos están en nuestro pasado. Desempolvémoslos. Mostremos su doctrina. Y de nuevo, como entonces, démos mensaje. El mundo lo aguarda. Si ya no les podemos dar el oro y la plata que se llevaron; si ya no tenemos más alimentos que darles; si todo se lo llevaron, al menos volvamos a darles nuestra grandeza. Occidente siempre fue pequeño y miserable. En cambio nuestros abuelos del Tawantinsuyo, fueron grandes y generosos. Imitémoslos entonces. Que se nos recuerde como a éllos, por los siglos de los siglos.

LAS CONTRADICCIONES

Antes de entrar al análisis de la historia de nuestro pasado, veamos el comportamiento de los hombres que se autoproclaman como revolucionarios de izquierda. Es necesario hacerlo para que se comprenda el grado de transculturización en que se encuentran, motivado por el desconocimiento que tienen de su propia realidad.

Es menester, por eso, aquilatar lo que es **la realidad.** Este concepto se ha prestado para las más grandes confusiones desde la antigüedad; hay quienes, incluso, consideran a las ideas generales como seres reales, de tal modo que ven a las relaciones sociales como fenómenos manejados por las ideas o por sus intereses personales.

Pero, la **verdadera realidad** es la que se nutre del mundo objetivo natural, es decir de todo aquello que **es dialéctico,** que evoluciona y se transforma. Pues, la realidad no es una cosa estática, ni mucho menos un mueble, una bella casa o un automóvil último modelo; éstos son objetos creados por el hombre, que no evolucionan en sí, ni cumplen con la dialéctica natural. Los carros, las casas y los muebles no hacen, a su vez, otros carros, ni otras casas, ni mucho menos otros muebles; sólo "cumplen" con una parte de la dialéctica: la de haber sido "creados" por el hombre. Sin embargo, hay muchos teóricos que aplican la dialéctica para los fenómenos naturales y los artificiales "creados" por el hombre, lo que es incorrecto y es, a todas luces, tramposo. Así perpetran contrabando para darle a la mercancía una función histórica realizadora de los cambios dialécticos. Lo que es falso, de toda falsedad. Ningún objeto "creado" por el hombre tiene el rango de ser motor de la historia; sólo a fetiche llega !

Cuando una realidad está hecha de supuestos, entonces imperan los idealistas. Esto explica el por qué de tanta transcultura en los líderes de izquierda, los mismos que son una rémora para la dialéctica verdadera de la revolución En una misma perspectiva histórica introducen irresponsablemente

objetos y cosas para humanizarlas; así, afirman que el **progreso social es la multiplicación de las fábricas, las máquinas y el desarrollo de los sindicatos, etc.**

Ignoran que esas cosas y esos objetos, no tienen la sabiduría de la Naturaleza y, por eso mismo, claman por la destrucción de lo natural, la dialéctica vital y sus múltiples relaciones transformadoras. Imposibilitados por su propia razón de ser, las cosas y los objetos artificiales no pueden trascender, se quedan a mitad del camino de la dialéctica natural. La idea abstracta —por ejemplo: los números—, el supuesto mental —por ejemplo: la metafísica—, el materialismo histórico —por ejemplo: la lucha de los contrarios—, no son más que idealismo subjetivista si se les tamiza a través del rigor de las leyes naturales. En la Naturaleza no encajan, no funcionan, no cumplen con esta exigencia; todo lo que crea, procrea!

Cuando se confunden las perspectivas, como lo hace Occidente, nada importa. Lo mismo da una silla que una madre, un garaje que un pueblo, una nación que las refrigeradoras de la General Motors. Ello hace que, en aras a la producción acelerada, tanto los capitalistas y los izquierdistas, coincidan y se den la mano con fruición amorosa y cómplice. Total, la vida nada importa y en aras a la producción de cosas y objetos artificiales, justifican la destrucción de la vida y de la Naturaleza. Para el Occidente, eso significa "su" brutal hazaña!

Recordemos esto: todo en la Naturaleza es fusión y consecuencia. Las mal llamadas civilizaciones de Occidente han pecado y pecan de inconsecuencia con la vida, su origen y su misión. Occidente es una aberración. Según las leyes naturales Occidente no pasa de ser un cáncer.

Pero Occidente influyó al mundo y casi lo hizo a su imagen y semejanza, pues lo que llevó a otros continentes fueron sus subjetividades. De este modo se realizó una mezcla de subjetivismos, del cual pocos han permanecido indemnes y puros para el análisis respectivo de su propia realidad concreta y objetiva.

Hay que recordar que toda subjetividad es estática; son imágenes que se graban incapaces del cambio y de la autotransformación. Son ideas puras, abstractas, encerradas en el

ataúd de la palabra hablada o escrita. De otro lado, toda subjetividad es el resultado concreto de un mundo objetivo. Occidente es un mundo concreto que genera su propio subjetivismo. Así, Africa y América son mundos concretos y objetivos que forman, a su vez, sus respectivos subjetivismos.

Se perpetra error cuando se analiza la realidad de cada continente con el subjetivismo europeo, por ejemplo; las imágenes no coinciden, no comulgan, algo les falta o algo les sobra. Sin embargo, nuestros políticos y nuestros "científicos" hacen tábula-rasa y se guían y orientan con las subjetividades occidentales. Esto explica que los chinistas peruanos sean más chinistas que Mao, o que los occidentalistas criollos aparezcan más sartristas o marcusistas que Sartré o Marcusse, etc.

Las constantes vacilaciones que encontramos en las teorías de Haya de la Torre y de José Carlos Mariátegui, son producto del trastrueque de realidades objetivas con las supuestas realidades subjetivas. Haya recomienda la "libertad con pan", pero es una "libertad" escandinava, procesada mentalmente en otro mundo que no es el del indio; por su parte Mariátegui tomó partido con los soviets, tirando por la borda a las comunidades que tanto elogiara y que eran el procesamiento evolutivo de una realidad concreta e intransferible.

El continente americano genera una realidad concreta que puede tener muchas coincidencias con Occidente, por ejemplo, pero ellas no son definitivamente substanciales. Esto hay que tenerlo siempre presente, máxime cuando se analiza una realidad compuesta de seres humanos. La vida humana no es una silla, ni un carro, ni un cenicero de murano, como para soslayarla fría e irresponsablemente. O condenarla estúpidamente al analizarla con las subjetividades procesadas en Occidente, tal como lo efectúan los "arqueólogos" criollos, tipo Lumbreras y Cía.

Los otros analistas de los distintos matices en que se halla dividida la izquierda peruana, pecan del mismo error, del mismo crímen. Da pena el cuadro de desolación que ofrece nuestro escenario político y revolucionario. Veamos unos ejemplos.

La misma semana en que Ricardo Lets Colmenares exponía, en una carta abierta, sus razones para declararse marxis-

ta-leninista, su colega Carlos Milla Villena expresaba su admiración por los quechua-aymaras a los que considera grandes astrónomos y mejores matemáticos. Lo curioso del asunto estriba en que siendo ambos dirigentes trotskistas, tienen ojos distintos para mirar a su patria. Lets Colmenares repetía en su carta pública ideas de un trabajo de Lenín de 1905; es decir, después de cerca de 70 años el dirigente de la UDP descubría que la revolución proletaria, en el Perú, estaba en la antesala de 1905. Por su parte Milla Villenas, acercándose a las verdaderas causas del drama peruano, al comparar las realizaciones del Incario y las del presente, vé en la ignorancia de España y en la destrucción que hiciera, a la gran culpable. Carlos Villena está más cerca de la verdad, pues analiza la realidad objetiva con un subjetivismo que le es afín. Empleó la dialéctica del análisis concreto en las hojas de un mismo procesamiento unitario.

Por su parte Hugo Blanco Galdos es aún más responsable del delito extranjerizante que amenaza destruir a su raza y a su pueblo. Su complicidad es vieja, pues estando en el Valle de la Convención, empezó a desmontar y destruir a los viejos ayllus para convertirlos en organizaciones campesinas del más puro corte occidental. Al descoyuntar las tradiciones indias casi dejó en la cruz a un pueblo que iba en ascenso revolucionario. En la actualidad la total desorientación de Hugo Blanco conspira contra la verdadera liberación de nuestro pueblo. El representa la avanzada más peligrosa de la nueva careta del occidente zurdo.

Acción Popular, que no pasa de ser un hijo sietemesino del aprismo, tuvo su gran ideólogo y filósofo en Francisco Miró Quesada, parisino en el refinamiento, inglés por su conducta, y frío alemán cuando analiza; no es más que eso: un perfecto occidental. Las veces que se acercó al Perú lo hizo como quien mira a una piedra. La rica y extraordinaria cosmovisión del indio, no cuenta para él, pues asegura que el indio no se elevó a filosofía. ¿Qué se puede decir de un occidental que imita a los españoles del Medievo y les niega alma procesada —que sí hace filosofía— y no la considera curso y fuente para la liberación? Paquito Miró Quesada enseñó a Agusto Salazar Bondy, lo que nos libera de analizar al discípulo que fuera el orientador del Social-Progresismo peruano.

Después de que Antenor Orrego muriera el apra se quedó sin filósofos y sin ideólogos estudiosos. El gran Antenor recibió la influencia de José Vasconcelos, el gran criollo que acabara buscando el perdón en cualquier sacristía mexicana; pero, Orrego supo dónde estaba la verdad, de tal modo que su muerte fue una gran pérdida para la teoría de la revolución.

Hay otros escritores que han tratado sobre la cultura india con bastante acierto, pero no lo suficientemente como para salvarse de la influencia occidental. Entre ellos tenemos a César Guardia Mayorga, a Pablo Macera, José Mattos Mar, E. Dumbar Temple, etc.

Renglón aparte toca a Hildebrando Castro Pozo y a Uriel García, quienes en verdad constituyen los visionarios del retorno a los grandes lineamientos del Tawantinsuyo; desgraciadamente el desconocimiento que tuvieran de la filosofía cósmica del indio, hizo que no completaran la reconciliación con el mundo comunero del Incario.

¿Qué otros ideólogos hay, en qué tienda militan? Hasta donde sabemos, no existen. Todos, cual más, cual menos, son discos repetidores, excelentes memoristas, citadores de textos extranjeros, etc.; pero de filosofía propia, inspirada en nuestra realidad objetiva y profunda, no, no los hay. Occidente al llegar a América se convirtió en impotente; se eunucó. Sólo el indio siguió creando filosofía al rumear su propia realidad.

ADVERTENCIA

El indio hizo socialista al continente americano luego de recibir el mensaje callado de su Pachamama. Y es que estas tierras, de sí ricas y cabales, son condicionadoras del poder; hay entre ellas un cordón umbilical que absorve a la energía solar y la traduce, para solaz y beneficio de todas las especies. Empieza, así, un proceso interaccionador socializante que hace que el aire y el agua, el calor y las sombras, devengan en intermediarias de una fuerza socialista natural y cósmica.

El indio es, pues, socialista desde el fondo de los siglos. Primero pudo serlo por instinto; luego, se dejó "estar" por ventajismo; para, finalmente, comprender que sólo así usufructuaba mejor de las fuerzas del universo. El indio, entonces, se transformó en la avanzada inteligente del Cosmos hecho hombre. Al convertirse en la vanguardia de la evolución de la materia, dentro del Sistema Solar, se asomó al Cosmos y se postuló política y filosóficamente como un ser cósmico, sujeto a la medida y al cambio permanentes.

Por primera vez, en lo que va de la existencia humana en el planeta Tierra, el indio lograba la gran proeza intelectual de introducirse en el torrente creador de la evolución cósmica, y desarrollar así una civilización y una cultura sin par, dignas de emularse. El indio, entonces, en ése aspecto, se adelantó al grueso de la especie humana, alcanzando el rango de pueblo libre, por comunero y socialista.

Pero vino España y empezó la desgracia para el indio. Se fue convirtiendo, por el mal ejemplo, en ladrón, en mentiroso, en holgazán por hambre, en consumidor de coca para aliviarse en su destino de cadáver viviente y explotado. E hizo bien; sólo así pudo sobrevivir a la pesadilla.

Desde que llegara España la vida del indio es una llaga viva. De este modo cuando otros pueblos demandan para sí el privilegio de ser "pueblo escogido o pueblo divino", perpetran egoísmo y vanidad, pues nada es comparable al martirio del

indio en su condición de **maestro en el arte de la vida**, como lo afirmara Henry Lewis Morgan, el autor del libro "La Sociedad Antigua", que les sirviera de base histórica a Marx y a Engels. **El indio fue un maestro en el grandioso arte de la vida natural y cósmica**; ningún otro pueblo, ni el egipcio, ni el griego, ni el romano, alcanzó esa estatura incomparable por comunero y socialista.

España, ciertamente, no sólo robó el oro y la plata del pueblo indio, sino que destruyó una civilización que fuera "maestra en el arte de la vida"; es decir, maestra en el arte del buen gobierno, la justicia pareja para todos y la alegría compartidas. Este crimen imperdonable no tiene nombre, ni puede justificarse bajo ninguna causa o pretexto. Es, simplemente, un delito de lesa-humanidad, porque por la destrucción del Incario se privó al mundo del mejor camino para la total liberación humana de todos los tiempos.

Desde hace más de 460 años el indio fue sacado por la fuerza de su cauce histórico; ha resistido en cierto; también ha combatido y jamás ha aceptado la derrota, ni la ocupación extranjera. Hay centenares de levantamientos que llenaron de sangre los surcos secos de la Pachamama. Sin embargo, el trauma no ha sido superado. Hay una sorda conspiración alentada por un neo-españolismo que, incluso, comparten centenares de indios vergonzantes y traidores.

La conspiración se explica, pero no así la ceguera de los izquierdistas que no ven que se combate al indio, no porque sea indio racialmente, sino porque él entraña la guerra total a la propiedad privada y a su madriguera: Occidente. Esto explica el odio cerril que se tiene contra quienes revolucionariamente nos hemos elevado a indios.

Es interesante detenernos en el análisis del odio secreto contra lo que significa y representa lo indio. No es a su piel, ni a su nariz aguileña o a su pelo hirsuto, a los que se combate y estigmatiza; es a su práctica socialista y comunitaria; es al sistema que encarna y del cual es su natural esencia. Si fuere por lo epidérmico o lo biológico, más razones habrían contra lo negro o lo amarillo; pero no, pues lo negro y lo asiático no son un peligro socialista, ni tienen serios y firmes antecedentes genéticos, ni sociales comunistas. En cambio se com-

bate y se denigra, se silencia y se menosprecia a lo indio, por sus antecedentes comunitarios, porque su sola presencia es la guerra a muerte contra lo que significa y es la propiedad privada. He aquí el secreto del terrible contrabando social y político; su recóndito meollo.

El indio, por lo demás, es una práctica concreta, real y visible del socialismo comunitario. El indio puede haber olvidado, por la tenaz transculturización a que ha sido sometido, los fundamentos de su teoría; pero su fuerza está allí, nos rodea, nos subyuga, nos empuja y nos arrolla. Esa fuerza tiene su propio idioma colectivista, defiende sus tradiciones, sus usos y costumbres. Se enternece ante sus símbolos. Prosigue amando a sus propios dioses y se aferra a sus antepasados. Por ejemplo, en la actualidad la ciudad de Lima, por la absorción centralista, está rodeada —sitiada desde el punto de vista estratégico militar— por cerca de tres millones de indios callados, con los ojos abiertos, que cuando lo deseen y se les antoje, tomarán, ocuparán, conquistarán la capital. Pues bien se sabe que toda práctica es superior a la teoría ya que aquélla la engendra y perfecciona. Y el indio es una invencible práctica comunitaria!

Así también, las tres cuartas partes de la población peruana es india y aporta la casi totalidad de la renta nacional; esa tangible fuerza mueve a los recursos naturales, porque es la espina dorsal de la nación. Es la base de la patria, de tal suerte que nada se puede edificar sin ella. Sin embargo, desde que llegara España, durante todo el Virreynato y la irresponsabilidad de la República, los gobernantes y los políticos, los ideólogos y los filósofos, han querido y deseado construir una patria sin tener en cuenta la insoslayable base india. El edificio levantado, no tiene por eso ni pies ni cabeza; a cada instante se desmorona y cae. Los malos arquitectos no tienen derecho, ni siquiera, a la reconstrucción!

Hay entonces mucho de inmoralidad en el comportamiento de los políticos de izquierda y en los grupos progresistas del país, ya que, muy a pesar de ser alimentados por las bases indias, no las tienen en cuenta como motor, cuerpo y cúspide de la revolución científica. Sólo las utilizan cual trampolín de sus bastardos apetitos. Pues, de otra parte, esa inmoralidad ha ido más lejos aún: han usado lo epidérmico de la cultura

india y malgastado sus símbolos; Haya y Belaúnde Terry, incluso, en recurso de malabarismo barato, izaron banderas indias para burlarse luego de éllas y cambiarlas por otras extranjeras.

El indio ha sido, y es, cruel motivo de estafa política. Todos, cual más, cual menos, lo utilizan como estropajo sin darse cuenta que significa la más preciada bandera revolucionaria, insuperable, concreta, real y científica. Habría entonces que acusar de ignorantes y pérfidos a quienes utilizaron su causa, su historia y su destino, como papel higiénico, siendo como lo es el oro más puro de la liberación total, no sólo para el Perú y América, sino para el mundo actual. Téngase presente, siempre, que lo indio es la reserva moral del mundo del futuro.

Dijimos al comenzar que el pueblo indio hizo socialista al continente al recibir el callado mensaje telúrico de su Pachamama. Esta afirmación no es una alegre mixtificación, ni mucho menos fácil metáfora; es una respuesta científica, pues siendo el ser hijo bioquímico de la tierra procesada en hombre. lleva el condicionamiento dialéctico de todo el Universo. Es por esto que al hablar de la región andina afirmamos que entre todas las zonas terrestres ella es telúricamente más socialista; y queremos demostrarlo.

El clima viene en nuestro respaldo; él resulta ser, por aproximación objetiva, el conjunto de manifestaciones atmosféricas propias de una región; por éstas características el clima impulsa el desarrollo dialéctico de la flora y de la fauna autóctonos. Coadyuvan en la conformación del clima propiamente dicho la energía proveniente del Sol, las fases de la Luna y el conjunto del sistema solar, etc. Por ejemplo, en la región andina —muy en especial la llamada zona quechua— la energía solar actúa y trabaja creando las condiciones sutiles que diferencian a su producción natural. La gran riqueza ictiológica del mar peruano, por obra del plancton —microrganismo creador de la vida— se debe, precisamente, a los iones mineralizados andinos arrastrados por las aguas que desembocan en el Pacífico. En el seno marino del Pacífico sur se da un caldo de cultivo que permite que las algas y los yuyos, por su óptimo contenido proteico, sean capaces de alimentar a la población terrestre cuando las circunstancias así lo requieran.

Hoy la técnica de la cohetería espacial ha colocado en órbita computadoras que espían el trabajo del clima en el planeta Tierra. Así han delimitado tres zonas específicas en donde el clima se convierte a través de la gente en poder social, político y económico. En América del Sur la zona privilegiada es la misma que ocupara el Tawantinsuyo, desde hace medio millón de años y que existe y seguirá allí por otro medio millón de años creadores. Lo extraordinario del hecho es que el pueblo indio supo aprovecharse de esa zona para convertirla en

un mundo comunitario, en base a los ayllus y los gobiernos en Consejo.

Las otras dos zonas la "Lockheed Missiles & Space Company", las ubica a partir de Alasca, Estados Unidos y el norte de México hasta la región donde los aztecas edificaron Tenochtitlán; después, la segunda empieza en toda Europa, prosiguiendo en Rusia, China y parte del sur de Australia. Los pueblos ubicados en la faja cálida —países subdesarrollados— como son: Centroamérica, Brasil, todo el Africa y parte de Asia y del norte de Australia, son considerados como focos ajenos al poder.

En la antigüedad, en las dos zonas anteriormente señaladas descollaron Egipto, Grecia y Roma, pero su paso histórico sólo quedó como referencia de culturas que no lograron resolver la problemática de sus respectivas sociedades: son pueblos donde se incubó la propiedad privada; no tienen el chance de la resurrección. En cambio, las civilizaciones azteca-maya y quechua-aymara están hábiles para una "segunda edición" por lo mismo que sus pueblos prosiguen, sin saberlo, viviendo en continuidad con su pasado socialista y comunitario.

Sin embargo, hay que recordar que el Universo es una gigantesca integración comunitaria en donde no se dá, ni siquiera como tentativa, la propiedad privada; por esta virtud todas las especies, incluyendo la humana, nacen comunitarias, por ser hijas influídas y condicionadas por el comunitarismo cósmico. Si en Occidente los seres humanos se divorciaron de la Naturaleza y del Universo, ebrios y soberbios por el individualismo y la liberalización, su destino ha sido y es de guerras, rapiña y clases.

La reconciliación que propician la Unión Soviética y la China Popular —impulsadas por el clima condicionador del poder—, con todos sus errores y los aciertos, significa precisamente eso: una gran reconciliación con la madre Naturaleza. Pues cada día que pasa ambos países, al combatir la contaminación, por encima del alto desarrollo de su ciencia se acercan, a tranco largo, hacia las leyes naturales y cósmicas. Este retorno a las leyes naturales se facilita por la gravitación del clima en la inteligencia de los actuales conductores del socialismo occidental.

No hay que olvidar que el ser humano es la conciencia hablada de la Tierra, mientras que su supra-conciencia es una toma de contacto con el Cosmos. El ser humano no se inventa en la medida de que avanza impulsado por la dialéctica del movimiento; pues ya él responde a una programación auto-sugerida desde su origen. Como nada hay al azar sino que todo responde a procesamientos, el del ser humano supone su programación —más o menos aproximada— presta al cambio dentro de un gran lineamiento para nosotros aún incomprensible.

Veamos con mayor claridad. Si el protozoo dió paso al alga, en el alga se quedó como su base. Luego, cuando el alga dió paso al caracol, el protozoo y el alga se quedaron inmersos en él; y así sucesivamente hasta llegar al hombre. Por cierto que el hombre lleva en sus adentros al protozoo, al alga, al caracol, al animal, al mono como un convoy resumido que va preparando al advenimiento de otra especie superior. Como todo en el Cosmos es una reiteración permanente y cambiante, la existencia objetiva de todas las especies, evidencia, entonces, una programación en contrario.

Al comprender cómo trabajan las leyes de la Naturaleza y su dialéctica —que está respaldada por la misma evolución—, la inteligencia india nos condujo a la constatación de que somos una programación del Cosmos. De esta suerte la vida es la dialéctica de la muerte. Los que vivimos sabemos que la vida es la mejor manera de acercarnos a la muerte. Es lógico: si al nacer ya estamos preparándonos para el oficio de la muerte, ésta no es más que una vida al revés, porque le es necesaria.

El pueblo indio, por eso, jamás desestimó a la muerte y buscó integrarse a ella. La consideró como un viaje. La acompañó alegremente por lo mismo que era y es la otra parte de su misión dialéctica. Lo prueba el hecho de que jamás le tuvo miedo o recelo; todo lo contrario, incluso agotó el límite de la muerte al integrarse a élla; sabía que estaba programado para morir. Esta actitud extraordinaria abona a favor de su pensamiento cósmico. La muerte —lo supo— es el otro lado de la vida comunitaria.

Sin embargo, el indio no buscó la muerte porque sabía que tenía que llegar. En cambio en Occidente —el creador de la guerra y su terror— sin haber resuelto el arte de vivir empuñó las armas para morir de espaldas a su destino vital.

De otra parte tengamos presente el escenario andino que moldeara la conciencia del indio. En el amor y respeto a los cerros se asoma su filosofía cósmica y su integración al paisaje. En esta zona, de sí abrupta e imponente, la vida humana tuvo que amalgamarse, hacerse una unidad para el trabajo y la producción. Fueron las manos las que, al final de cuentas, dieron paso a la acción comunitaria, primero como tenaz práctica y, después, como pensamiento teórico. Los cerros son parte de la vida espiritual del pueblo indio, como que en su amplitud y solidez granítica la energía solar se inclina y acomoda. Los vientos siguen sus laderas, mientras que el agua trata de aferrarse para no caer. En las entrañas de los cerros andinos el mineral pasa por todas sus etapas; allí, en su seno rocoso, el oro y la plata reptan, como raíces del trabajo del Sol y de la Luna.

Los cerros fecundan el alma del andino y la nutren con sus minerales y piedras nobles. Y como en la zona querhua existen, contantes y sonantes, los climas de la tierra, la vida humana conlleva en su destino la factultad de empinarse mejor que el resto de los seres humanos. Se encima para abrazar a los demás hombres. El espíritu del andino sigue a pie juntillas el destino unitario de sus altos cerros. La piedra signa su práctica y su arte. También sus construcciones, sus andenes, sus acueductos, etc.

Después, a la piedra le dió trabajo y la talló en su historia. La utilizó como acumuladora de la energía solar. La ubicó en los puntos claves de los valles para duplicar sus cosechas. La piedra trabajó en las noches para descargar a la energía solar. Está claro: el Sol se entiende a las mil maravillas con la piedra, se introduce en ella y se queda dentro por largas horas después de haber partido.

También, petrificó a la tierra y la convirtió en adobes y en paredes anchas y duras. La moldeó para sus vasos y sus ollas. Le dió belleza y colorido. A lo largo de la rica zona quechua la tierra se transformó en platos y grandes recipientes. Entre la tierra, el barro y la piedra, habitó un mundo que no se separó de la vida, la Naturaleza y el Cosmos.

Por cierto que escribió en la piedra y dejó su mensaje para los siglos. No transcribió en ella la biografía del hombre, sino la historia colectiva de su pueblo. El pensamiento y la doctrina

de su pueblo; su amor, su trascendencia comunitarias, su cosmovisión. Nada hay que indique allí propiedad privada. No se conocieron ni las puertas, ni los candados. El artista nomás pintó su realidad objetiva. Como todo fue de todos nadie padeció temor, incertidumbre, penas y desconfianza. En el reino total de la Naturaleza y el Cosmos la libertad compartida es el equilibrio vital, la que da raíces y promueve la creación integrada. Cuando el hombre se aisla, busca lugar aparte, entonces agoniza, desconfía, sufre y se pudre. Sólo es total cuando se difunde en todos.

Es cierto que el indio del Tawantinsuyo ya no es el mismo de hoy; también es cierto que el peso brutal de la transculturización lo ha ganado para la causa occidental. Pero, lo que no se puede negar es que la tierra andina sigue siendo la misma y que de élla emana un socialismo concreto, que está al alcance de todos. A esto hay que agregar que el indio sigue organizado en ayllus y que no podrá olvidar jamás a sus muertos, a sus tradiciones, a sus costumbres. Impera en él la práctica comunera de sus antepasados. Actúa como una fuerza ciega, pero amnésica. Sólo es cuestión de que recupere su memoria. Que lo recuerde todo.

La tarea consiste en devolverle su memoria. Que recuerde que durante más de mil años fue socialista. Que sepa que la pesadilla de la ocupación española no es nada frente a la conquista de su propio destino. Y si hay fuerzas interesadas en mantenerlo en la oscuridad, habría que recordarle que él es, ahora y siempre, la reserva moral del mundo del futuro.

Este libro sólo trata de probar la excelsitud de su socialismo. Esta obra es una invitación a la comprobación y al estudio. Tiene la pasión del combatiente. Y tiene que ser así, porque los pueblos sólo avanzan cuando se abren paso combatiendo, peleando, desgarrándose.

Este libro intenta, por último, acelerar el parto. Y después de ello, que el indio se eche a andar y vaya al encuentro de su real cauce histórico. Las condiciones están dadas. Todo depende del propio pueblo indio. Es tarea de que recupere su valentía. De que se ponga los testículos y pida lo que siempre fue suyo, todo el tiempo y para toda la vida.

ES IMPORTANTISIMO

Lo más importante para un revolucionario es descubrir lo que es la verdadera realidad. Esto es definitivo para saber que hay otras seudo-realidades que son pantallas para Pedro Beltrán, Luis Bedoya Reyes, Belaúnde Terry o Vargas Haya, respectivamente, que se adecúan y condicionan a sus particulares intereses.

Un revolucionario debe saber que la verdadera realidad es la Naturaleza. Sin ella no viviríamos, ni pensaríamos; tampoco nos realizaríamos para trascender material y espiritualmente.

La vida es una práctica inteligente de la Naturaleza. Cuando estamos pensando no hacemos otra cosa que teorizar sobre las cosas y los objetos, los fenómenos y la vida. De la Naturaleza venimos y hacia élla vamos, porque somos su integración humana y somos su evolución. Por cierto, cuando pensamos las ideas son como fotografías en movimiento, que se archivan y forman parte estática del recuerdo.

Ahora bien, si la Naturaleza es la verdadera realidad, veámos, en orden de prioridades, cuáles son los personajes que la ponen en evidencia. Siendo la vida humana un resúmen dialéctico de todas las especies que le antecedieron, concretaremos la prioridad en el hombre, para empezar a entender vivamente a las leyes de la Naturaleza.

Lo anterior obliga, necesariamente, al análisis, tanto desde el punto de vista del materialismo dialéctico, como el del histórico.

Por el materialismo dialéctico llegamos hasta el fondo de lo que es la vida, su origen, su desarrollo y su transformación. Por el histórico sabremos de su evolución social, política y económica pero sin apartarla de la tutoría de las leyes naturales que son su base y su cúspide. Así, entonces, tendremos un resúmen de la práctica y de la teoría de la vida.

Concretamente, en el Perú la verdadera realidad es su Naturaleza, integrada a su vez por todos sus recursos; su flora, su fauna y su gente. Como todo es un producto evolutivo de la Naturaleza, todo está íntimamente interrelacionado, de modo que hay una unidad categórica entre sus elementos y su dialéctica respectiva.

La práctica de esa realidad la conforman sus recursos naturales: la agricultura, la ganadería y la minería, de un lado; y de otro, sus aguas, sus climas y su gente, etc.

La teoría de esa realidad la encontramos en sus relaciones sociales, artísticas, políticas y económicas, etc.

Como la revolución social no puede hacerse sin la intervención de los pueblos, lo primero que se necesita, para aplicar el método de la liberación total, es saber cómo está integrada esa gente; qué razas priman, qué religiones disputan sus sentimientos, cuál su condición económica, qué ideas políticas apasionan a su destino, etc.

Sabremos, entonces, que la población india es mayoritaria en el Perú; que le sigue el mestizaje; y que la raza blanca es raquíticamente minoritaria.

La población india, por ser la más antigua, mantiene vivas sus tradiciones, sus costumbres y su estilo comunitario de vida. En este sentido la población india es la base y la espina dorsal del Perú. Nada puede hacerse sin ella; pues, además de ser la única fuerza social que aporta casi la totalidad de la Renta Nacional, tiene conciencia de su nacionalidad y realiza en la práctica su accionar comunitario.

Mas lo indio es un mundo aparte, al cual se llega sólo conociendo su historia. Al indio se llega, también, por el conocimiento de su filosofía cósmica. Y se alcanza su comprensión sólo cuando se le estudia desde una visión colectivista. Nuestra patria no existiría sin el indio.

En el caso histórico del Tawantinsuyo su población alcanzó el rango de socialista, natural y cósmico. La realidad emerindia al crearlo, con propia evolución, hizo que fuera a imagen y semejanza de su medio y de su paisaje. Al hermanarse conscientemente a su Pachamama siguió su ejemplo y

su perfeccionamiento; si alcanzó a crear a la sociedad comunera del Tawantinsuyo, fue simplemente porque avanzó con el propio desarrollo de su Naturaleza pero amada por el hombre. Se puede afirmar, por cierto, que el indio se ganó el título de cósmico por haber sido, entre los pueblos de la Antigüedad, el único que avanzó apegado a las leyes de la Naturaleza y el Universo, y siguiendo consecuentemente a sus variantes.

Es a partir del indio que analizaremos la realidad peruana de todos los tiempos. Y como el indio representa en la actualidad la población mayoritaria, a él corresponde reivindicar su pasado, discutir con coraje su presente y alcanzar, con la ayuda de todos los medios, su liberación total. Esa liberación es lo único que nos queda como carta fundamental para salvar a la vida y a la especie humana, ahora, en esta hora, en que el sistema capitalista ya no tiene salida y está arrastrando a la humanidad hacia su desgarradora extinsión.

En **Siete Conferencias y sus Conclusiones** que remitiéramos para su divulgación, estudio y crítica, a la ASOCIACION PARA LA DEFENSA DE LOS PUEBLOS AMENAZADOS, con sede en Hamburgo, Alemania, expusimos brevemente la "Versión India de la Historia" para que, en base a esa visión, se iniciara el cambio en el pensamiento humano, por otro inspirado en la Cosmovisión India. Por saber que ésas Conferencias merecieron el apoyo de muchos estudiosos alemanes, franceses, belgas y noruegos, es que las transcribimos textualmente. De su lectura surgirá el Método para llevar adelante la Revolución India; es decir, la Revolución de la gran reconciliación con la vida.

PRIMERA PARTE

Nosotros sostenemos que la desgracia de América India empezó con la brutal Conquista Española. Esta rotunda afirmación plantea necesariamente una revisión de la historia, tanto del continente americano como la del mundo en general. Veamos por qué.

Por lo demás la historia ha sido escrita unas veces fraudulenta, otras deformando los hechos sociales y por último con un criterio acientífico, precisamente por subjetivista y fuera de las leyes que rigen a la Naturaleza y el Cosmos.

Sólo es correcta y científica la versión india. Es desde su visión cósmica que hacemos la reestructuración.

Empecemos. Se acepta como verdadera la afirmación de que la historia universal es una sola y nada más que una sola; en todo caso se dice que las variantes de ella explican que el desarrollo social es obra de los factores económicos que la tallan, en un país dado y éste en el contexto de su plataforma continental.

Se desprende que sería lineal el acontecer humano y se daría por aceptado que Occidente es el decidor de esa historia, al resumir y recrear al todo cultural que le antecedió. En la actualidad, por ejemplo, se ha hecho una mezcla de las perspectivas diferenciadoras que, por cierto, existe una complicidad que favorece a la sociedad capitalista.

Impera, en el trasfondo de la versión unicista y lineal de la historia, el origen bíblico del hombre y su despegue del paraíso terrenal. Y aún cuando se acepta a Darwin y se le da carácter científico a la Teoría de la Evolución de las Especies, ese proceso evolutivo lo truncan en el hombre como la máxima conspiración del Cosmos.

Esto explica que Occidente hable de la "Cultura del Hombre" al considerarlo como un fin, siendo sólo un eslabón en el indetenible proceso evolutivo. Para el indio la historia trata de la Especie Humana, de la que escriben y hacen los hombres y las mujeres al mismo tiempo, en una acción comunitaria.

La evolución de las especies, desde el pre-protozoo hasta el hombre actual, trae por los suelos la versión de un solo paraíso abre la presencia de otras acordes a las etnias existentes; lo que pluraliza el origen del hombre y multiplican su historia.

Cada continente, a su debido tiempo, ensayó y plasmó la propia evolución de sus especies. Como los continentes varían, se desplazan y desaparecen, hay que aceptar que la cultura humana es mucho más antigua. Esa cultura, o esas culturas, se pierden en la noche del tiempo, máxime si muchas han desaparecido en el constante y cíclico cambio del eje de la Tierra. Téngase presente que se han detectado 42 cambios del

eje terrestre: el polo norte se ha convertido en polo sur, tantas veces como habrá de cambiar en el futuro. Civilizaciones van, vienen, se encumbran, desaparecen; y el hombre, acostumbrado a meditar dentro de los límites de su edad, quiere que la edad cósmica se acomode a su pensamiento. Y después escribe la "historia" bajo el sopor de su confusión.

Hay algo más. La edad de la especie humana rebasa los ocho millones de años. La conciencia es el desplazamiento inteligente del ser para alimentarse y luego procrear en un ambiente de alegría y satisfacción; esto significa que el ser al elevarse a conciencia, desarrolla su inteligencia, la educa para la creación. Entonces, la presencia de la cultura occidental es una más entre otras muchas que le antecedieron. Recuérdese que mientras Europa se encontraba en las cavernas ya los preamericanos habían descubierto el cero matemático y la posición de las cifras para hacer sus operaciones.

El científico austriaco Hoerbiger indica que Tiawanaco floreció al final de la era Terciaria y que sus 275 mil años de antigüedad son más que suficientes para decir que bien podría ser que allí estuviere la cuna de la gran civilización india, etc.

Hay otras referencias que debían tomarse en cuenta, mas el propósito nuestro no es el de llegar tan lejos, en el vórtice inicial de la antigüedad civilizadora sino el de probar que en Preamérica se perfeccionó un tipo de sociedad humanista, comunitaria, justiciera, que puede servirnos de ejemplo para resolver la actual problemática de la sociedad humana. Ese tipo de sociedad alcanzó el rango de única en su género; esto es, que agotó el pensamiento creador del hombre en lo filosófico, en lo político y en lo social.

Evidentemente, el desarrollo de esa sociedad no hubiese sido posible si las condiciones objetivas no se hubiesen dado a cabalidad.

La existencia de la vida demanda la presencia de un caldo de cultivo que la haga posible, siendo el mar su salto de calidad. El paraíso terrenal es el mejor habitad, pero no el génesis de la vida.

Para que el mar alcance su maduración fecundadora es

menester que su ubicación geográfica, respecto al Sol, tenga los factores concomitantes ad-hoc. Esto es que la distancia, el clima y su propia riqueza interior coadyuven a generar la vida orgánica.

De otro lado se requiere, también, de la presencia de tierras que, a su vez. sean favorecidas por los rayos solares en su inclinación precisa. Téngase presente que el Sol es el verdadero padre de la vida como fuente superior de energía; pero también el Sol mata, lo que evidencia que se requieren condiciones específicas para que la vida se dé, se desarrolle y procree.

La Cordillera Andina prosigue siendo hasta hoy el mejor filtro solar. Sobre sus frías cumbres, sobre sus hielos, sobre sus escarpadas montañas se filtran los iones solares que son arrastrados hacia el mar en donde hallan su caldo propicio de desarrollo. Esto sucede en todas partes del globo terráqueo, pero en ninguna otra parte de la Tierra el Sol trabaja mejor para la vida, que entre los Andes del Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Este es un privilegio que supieron canalizar y usufructuar los habitantes pre-americanos.

Todos saben que el mar peruano y chileno son riquísimos en yuyos y mariscos, y reconocen a cabalidad que el mar peruano contiene el mejor plancton del mundo; es decir el mejor microorganismo creador de la vida. Entre los Andes y el mar peruano hay una vía por donde se desplazan los iones solares para cumplir con su misión creadora.

El indio preamericano lo supo, lo comprobó y lo aprovechó al máximo. Esto explica la riquísima dieta que lograra para satisfacer las necesidades comunitarias de su pueblo. El genio de sus genetistas no tiene parangón. La proeza de la creación del maiz, como su planta sagrada y solar; el multifasético cultivo de la papa, olluco, quínua, etc., hablan de una sabiduría al servicio de la sociedad y de la Naturaleza.

El Sol, de esta manera, fue su Padre, pero al mismo tiempo fue su principal obrero al que explotaron colectivamente, sin mermar a la madre tierra, ni a sus aguas, animales y plantas. Sólo usufructuaron de la plusvalía terrestre, de lo equilibradamente necesario.

Hay algo más. Los científicos preamericanos siguieron la ruta del Sol y por eso, nos legaron el mejor de los Calendarios Solares. Según el etnólogo suizo Rafael Girard, los mayas con su Calendario de la Cuenta Larga hicieron la proeza intelectual más grande de todos los tiempos: El Calendario para 374.440 años, como una generosa pauta y ruta para orientación de las futuras generaciones. Pero, al lado de esa investigación astronómica, que dice a las claras del dominio de las altas matemáticas, nos encontramos con la perfección de los Calendarios Lunar y Venusino. Si el Sol propicia y crea la vida, la Luna interviene en la procreación de las especies, en el movimiento de las mareas, en el discurrir de la sabia en los árboles y plantas, etc.

Todo el mundo religioso del indio preamericano estaba influido por la vida matemática y cíclica de los planetas y estrellas, como que científicamente así lo es. Los seres humanos están ligados imperceptiblemente a la Galaxia más lejana, pues la energía cósmica es siempre su cordón umbilical. Los niños indios de los Andes peruanos aun continúan cantando su vieja canción compuesta hace más de diez mil años: "El Sol es mi papá, la Luna mi mamá y las Estrellas mis hermanitas".

En el Tiawanaco los científicos soviéticos dataron con cerca de 15 mil años al Calendario de Venus en donde, incluso, está marcado el tiempo de la traslación y la rotación en sí misma de Venus. Esta preocupación por la incidencia de los planetas en la vida terrestre hizo que los astrónomos preamericanos fueran científicos insuperables, máxime si desconocemos aun sus instrumentos y la forma en que otearon al cielo, en el enjambre de más de cien millones de estrellas con las mismas condiciones de la Tierra.

De lo investigado estamos en condiciones de afirmar, categóricamente, que los preamericanos fueron profundamente religiosos por materialistas y dialécticos. Al postularse política y filosóficamente cósmicos —"somos también la estrella más lejana": lo dicen hasta hoy—, nos dejaron la lección más concreta de cómo la energía cósmica se manifiesta por polaridades. Uno de esos polos concretos, de concentración para crear la vida y sus distintas manifestaciones, es el Sol y la Luna, Venus y también Las Pléyades, etc.

Como corolario de ese conocimiento cósmico condiciona-

ron su existencia a las inexorables leyes de la Naturaleza y el Universo. Al compenetrarse de las mismas, estando inmersos en ellas, los abuelos indios se transformaron en milenarios. Por eso son ejemplo; a nosotros sólo nos toca el imitarlos, el seguir su camino. De esto resulta, paradoja, que en nuestro propio pasado está vivo el futuro que buscamos.

La evidencia incontrastable de la anterior afirmación la encontramos en el idioma comunitarista y cósmico que emplearon para comunicarse —el quechua y el aymara—, idiomas colectivistas por excelencia en donde se desconoce la propiedad privada; también, en su organización básica e integral: el ayllu, que es la familia, el amor y la entrega colectivas más desarrolladas; y, finalmente, en sus testimonios arqueológicos, en donde todo se ve construído siguiendo una escala cósmica, a través de la línea vital del solsticio.

El exámen del estilo de vida del preamericano fue, pues, un estilo de vida científico y colectivista, el único que es dable vivir para plasmar el imperio de la justicia social, la fraternidad comunera y la acción creadora de la especie humana. No puede haber otro estilo superior.

Desde ese punto de vista veamos si el estilo de vida occidental es científico, natural y justo; o, si por el contrario, es anticientífico, injusto y de espaldas a las leyes de la Naturaleza y el Cosmos. Y sepamos, entonces si sus logros son verdaderas creaciones o si son aberraciones de un pensamiento satánico y despiadado. Al final sabremos que el camino seguido por Occidente, desde el surgimiento de la etapa de la esclavitud, hasta nuestros días del imperio de las empresas transnacionales, no es el camino natural, ni el correcto. Occidente es, por eso, la civilización enferma, la del divorcio. El hecho de que en su seno se hayan dado figuras excepcionales como Miguel Angel, Goethe, Beethowen, Shakespeare, etc., no justifica a su sistema, pues en última instancia esos personajes son resultado de la potencialidad creadora del hombre o de la humanidad en sí.

Al darse como lógica la etapa de la esclavitud en el proceso de la evolución de la sociedad, se perpetra un atropello contra las leyes de la Naturaleza. El Cosmos trabaja de otra manera. En todas las otras especies que anteceden al hombre no se da la esclavitud; sólo en Occidente se eleva a categoría social

esa transgresión infamante que acusa de insano al grupo social que la posibilitó en detrimento de la mayoría.

En Occidente se inicia y consolida la propiedad privada como resultado de la jerarquización en clases y la acentuación egoísta del individualismo; en tanto que en Preamérica se consolidó la propiedad comunitaria y se plasmó la conciencia colectivista.

Mientras que en Occidente el hombre es el fin del desarrollo, para los preamericanos el hombre no es más que un eslabón que prepara el advenimiento de otra especie superior humana.

Occidente faculta al hombre para destruir al medio y alterar las relaciones ecológicas, con el pretexto de aumentar la producción y las utilidades de los grupos de poder.

Preamérica preparó a la especie humana para que se integrara a la Naturaleza y por ende al Cosmos. Esto explica que nuestros abuelos los indios respetasen y cuidasen del aire, del agua, de la flora y de la fauna, porque si los alteraba o destruía se estaba alterando y negando.

La propiedad privada en Occidente trajo las cárceles, los cuarteles, los hospitales y los manicomios. En tanto que en Preamérica no se conocieron los hospitales, ni las cárceles, ni los manicomios, porque en su seno imperaba la acción comunitaria.

Hay que tener presente que **en el Universo no existe la excluyente propiedad privada**. Todo en el Cosmos está integrado, formando una indestructible unidad comunitaria. En Occidente las culturas Egipcia, Griega y Romana imperaron por la fuerza, las guerras, la división en clases y la propiedad privada; por eso es que esas culturas se agotaron y no tienen chance para su resurrección. En cambio, en Preamérica las culturas maya-quiché y quechua-aymara sí tienen opción del retorno porque fueron colectivistas y desconocieron las clases sociales, la moneda y la esclavitud, etc.

En Occidente se teorizó sobre la propiedad privada de modo que su cultura, su arte, su filosofía, su política y su moral tenían como base, signo y proyección, la rapiña, el odio,

la guerra y la mentira. En tanto que en Preamérica se teorizó sobre la propiedad colectiva de suerte que su política, su arte, su ciencia y su filosofía fueron cósmicos, es decir perdurables y ejemplarizantes.

Como Occidente inventó la guerra como política impositiva, llevó su cultura de violencia hacia los pueblos del mundo que sufrieron su influencia. Los países ocupados tuvieron que incorporar a su vida el estilo prepotente del europeo para poder subsistir. Sólo Preamérica logró, a través de su resistencia pasiva, defender sus tradiciones, usos y costumbres. Preamérica ha seguido viviendo en continuidad con su pasado y ahora reclama nuevamente volver al cauce de su historia.

El más grande historiador peruano, el doctor Luis E. Valcárcel, afirma que fue la geografía andina la que impuso sus condiciones; fue esa geografía la que convirtió al hombre en colectivista. Se necesitaban muchos brazos, trabajando coordinadamente, para vencer las faldas agrestes de las moles andinas. Allí no funciona el trabajo individual. En tanto que la llanura, el páramo, las enormes pampas, condicionan al hombre para su arraigo y su individualidad. La pampa permitió el galope del caballo; en los Andes sólo fue posible el lento andar de la llama y de la alpaca.

Rafael Girard tras 42 años de pacientes estudios de las culturas maya-quiché y quechua-aymara, sostiene que no ha encontrado signos esclavistas, ni mucho menos feudalistas y capitalistas. Estima que el viejo comunismo primitivo evolucionó a formas superiores hacia el comunismo agrario. Esto también lo certifica José Carlos Mariátegui en sus 7 Ensayos. Así y todo nuestras investigaciones nos han conducido a expresar, sin vacilaciones, que superaron el comunismo agrario gracias a que su ciencia y tecnología solares les condujo hacia el comunismo cósmico. El alto desarrollo de su ingeniería, del supremo conocimiento de las matemáticas superiores, el estupendo desarrollo de su agricultura, el dominio de la astronomía vinculada a la producción y reproducción, etc., hizo que sus formas comunitaristas fueran científicas.

De otro lado, la buena dieta de su alimentación hizo que sus genetistas buscaran los alimentos precisos y ricos en proteínas que pudiesen habilitar más circuitos cerebrales. Tuvo importancia de primer orden el maíz, máxime si al sembrarlo

dentro de una cabecita de anchoveta lograron incorporar a la energía solar para su desarrollo físico y mental. A ello hay que añadir el medio ambiente que les servía para estar en condiciones óptimas en su comportamiento bio-químico. El respeto inquebrantable a las leyes naturales, de las cuales formaban parte, hizo que nada conturbase el justo equilibrio de sus elementos.

Al respecto es admirable que los investigadores indios llegasen a descubrir que eran cuatro los elementos básicos constitutivos de la vida. Su obsesivo respeto al aire (oxígeno), al agua (hidrógeno), a la madre tierra (nitrógeno) y al fuego (carbón), les permitió desarrollar y perfeccionar su especie para la creación y la creatividad. El hecho de que su gran nación se denominara TAWANTINSUYO (los cuatro horizontes, los cuatro rumbos, los cuatro elementos, etc.), habla muy a las claras de su gran conocimiento científico.

Ese conocimiento lo hicieron prática de todos los días. En sus faenas agrícolas aún se insinúa y se reitera ese conocimiento: cuatro son los hombres que aran o roturan la tierra; le siguen cuatro mujeres que van colocando las semillas en los surcos; y, finalmente, van detrás cuatro niños que recojen los rastrojos, etc.

Lo global de ese pensamiento científico lo practicaban en todos los actos de su vida cotidiana. De este modo su pensamiento y su práctica eran religiosas, filosóficas, artísticas, morales, etc. Es bueno, por eso mismo, expresar que su acción colectivista ahogaba todo personalismo infecundo; sus grandes obras tienen el signo de lo anónimo, pues fueron hechas por todos. En Occidente, que es donde impera la individualidad, la paternidad es obligatoria; la creación demanda la firma del autor, en un dispendio de privaticidad.

Nadie sabe quién hizo Machupicchu, o a Sacsayhuamán, o Chavín de Huántar, o los Dibujos de las Pampas de Nasca, o Chanchán; simplemente porque esas obras fueron hechas por miles y miles de creadores y artistas imbuídos de una misma concepción vital.

Las nuevas corrientes de izquierda del Occidente —que no son más que el lado izquierdo del sistema capitalista—, en su desconocimiento de las leyes de la Naturaleza, de las que

jamás escapará el hombre, le dan prioridad a la mercancía convirtiéndola en un neo-fetiche filosófico religioso. Téngase presente que Marx, Lenin y Mao le dan a la etapa capitalista acción revolucionaria respecto del feudalismo, lo que es una falsedad dialéctica y anticientífica. Veamos por qué:

El fenómeno dialéctico sólo puede darse como unidad que evoluciona. Si la sociedad humana vino primitivamente comunista por sus ancestros universales, vía las leyes naturales, cuando ella se eleva por sus conocimientos a nuevas formas superiores, forzosamente tiene que superar ese comunismo primitivo; es decir, se supera en un comunismo agrario. Si se convierte en esclavista no hay evolución, sino involución, retroceso, degeneración, etc.

Si seguimos la secuencia establecida por los ideólogos izquierdistas de la seudo-evolución de la sociedad, esto es: comunismo primitivo - esclavitud - feudalismo - capitalismo, aceptaríamos como "científico" un absurdo, ya que la dialéctica evoluctiva, de las leyes naturales, no funcionan así. El Cosmos y dentro de él el Sistema Solar, funciona de otra manera; su dialéctica es siempre en espiral y expansivamente; no hay salto hacia atrás, pues si hubiere una insignificante desviación la Naturaleza implacablemente la corrrige.

El correcto funcionamiento de la dialéctica materialista es: comunismo primitivo - comunismo agrario - comunismo cósmico.

Los marxistas reconocen que el sistema de producción del capitalismo es correcto y científico e incluso ineludible. Expresan que lo malo del capitalismo es su inmoralidad en cuanto se apropia del trabajo colectivo o lo deviene en propiedad privada, la del amo o el patrón. Entonces los marxistas enmiendan esa injusticia pero prosiguen con la dinámica productora del sistema capitalista, deviniendo en capitalistas de izquierda.

En Preamérica se desestimó todo aquello que contaminara el aire, las aguas, profanara la tierra o destruyera la flora y la fauna. Usaron para el desarrollo de su sociedad y para elevar la producción social, la dinámica de las leyes equilibrantes de la Naturaleza, impulsadas por la acción colectivista del grupo humano.

Para el desarrollo de su agricultura y de su ganadería

siguieron a pie juntillas la interacción de las leyes naturales; una agricultura sin ganadería no es posible porque se interinfluyen. La especie humana no se concibe sin una flora y una fauna que la integren. El uso científico de los abonos naturales dió como resultado una producción agrícola sin contaminación externa o interna.

En tanto que Occidente, con el desarrollo abrumador de su "ciencia" y tecnología antinaturales, emplea abonos químicos no procesados por la acción filtradora de los elementos naturales. La insolente y agresiva pretención del hombre occidental —seudo hijo de un dios inexistente— de un solo plumazo viola ese procesamiento natural y salta sobre las etapas en el afán loco de aumentar sus dividendos. La química occidental no se acerca en nada a las leyes de la Naturaleza, todo lo contrario; en tanto que la de Preamérica era integradora y benéfica para la evolución de la especie humana y todas las demás que le servían de apoyo.

Y lo más grave aún: el uso de los carburantes. Occidente se ha convertido por la acción brutal del maquinismo en el "Enemigo Número Uno" de la Humanidad. Es urgente la liquidación de su sistema de producción mecanizada. La contaminación de suelos y aguas ha llegado a su punto más alto; ahora de lo que se trata es de salvar a la humanidad.

SEGUNDA PARTE

Reiteramos: nuestra desgracia empezó desde que España holló el continente americano. Según el Grupo Berkeley el etnocidio no tiene nombre. Por ejemplo, en la Meceta Central, en México, habían cerca de 32 millones de indios; a los 50 años de ocupación sólo quedaron aproximadamente unos 3 millones. En tierras colombianas existían unas 60 mil familias chibchas; en igual tiempo quedaron reducidas a 35 familias; en tanto que en Perú de los 15 millones sobrevivieron unos 2 y medio millones.

La guerra fue desigual. Mientras España trajo cañones y arcabuses, caballos y espadas, estrategias y tácticas con una experiencia de más de 500 años, los preamericanos sólo contaban con piedras y un espíritu fraternal ante los demás. La guerra fue pues entre los bárbaros, ignorantes y sucios y los indios pacíficos, sabios y limpios.

Recuérdese, España pertenecía al medioevo obscurantista. En ella se fomentaba la religión fetichista, que fijaba como primicia el mantener el alma limpia aun cuando el cuerpo apestase. Esto explica que, por ejemplo, Isabel La Católica fuera en toda su vida y durante el apogeo de su Imperio, una mujer sucia que sólo fue bañada dos veces: al nacer y al desposarse (y no fue con agua y jabón, sino con aceite y algodón).

Las hordas bestiales que acompañaron a Cortés y a Pizarro eran todas ignorantes, beodas, sucias y sectarias. Soldados y curas se disputaron el oro, la plata y la honra de las muchachas indias. Ninguna guerra de ocupación fue tan despiadada e infamante como la que España realizara en México y en el Perú.

Hay que imaginarse cómo apestarían las hordas españolas, después de largas jornadas a caballo, con armaduras y petos pesados, sin cambio de ropas interiores, sin baño alguno durante toda su existencia¡ Se cuenta que los españoles creyeron que los indios los consideraban "dioses", al recibirlos

incienzándolos con palo santo; pero ocurre que el oloroso humo servía de defensa al indio para tolerar la pudrición ajena. Y siempre el indio se mantuvo a prudencial distancia; su respeto humano le convirtió en un innegable ser diplomático.

De otro lado, para el aventurero español, soldado o cura, el indio no tenía alma; era un animal al que había que matar sin ningún temor de conciencia, ni remordimiento de alma. Téngase presente que filósofos como Sepúlveda negaron que el indio estaba dotado de alma y de razón y afirmaron: "eran hombrecillos o un animal que hablaba, casi menos, etc."

Por otra parte la España de ese entonces fue el país católico que más se esforzó en orientar el sentido de la política del Papado en relación a los intereses del clero español. Esto explica que todos sus Cronistas culparen de "sodomistas, antropófagos e idólatras" a los pueblos indios, para justificar la sangrienta ocupación y acomodarla a los dispositivos papales resumidos en la Bula de Alejandro VI que, horror, pertenecía a la familia de los temibles Borgia.

Dicha Bula que condicionaba el Derecho Internacional de ese tiempo, indicaba que el vasallaje, la ocupación y la guerra debía realizarse si los pueblos ejercían el homosexualismo, la antropofagia y la idolatría. Los curas y soldados que oficiaron de "cronistas", por cierto fueron verdaderos policías al escribir esos atestados acusatorios. Leer las mal llamadas "Crónicas" es leer una serie interminable de barbaridades que insisten, tercamente, en hallar sodomistas, comedores de carne humana y satanistas entre la pacífica población india. Pero ocurre, como tenía que suceder, cuando se miente mucho, que la mentalidad desbordante española, amiga de la verborrea y de lo imaginero, de cargo en cargo describían el estilo de vida, ocupación y gobierno indios.

La ignorancia de tales cronistas fue precisamente la que les hizo escribir cosas como esta: "las autoridades indias eran elegidas entre los jubilados", o este otro párrafo elocuentísimo: "y el Rey (Inka) trabajaba la tierra que le habían designado", etc., etc.

Rafael Girard sostiene que "la famosa teocracia india no pasaba de ser la organización de los pater-familias, ya que los

padres más ancianos en el Inkario hacían las veces de sacerdotes para velar y fomentar las tradiciones y costumbres".

Sin embargo, los detractores del Tawantinsuyo dicen que fue un sistema clasista sometido a la arbitrariedad de una teocracia cruel y despótica. El huaquero Guillermo Lumbreras es uno de esos majaderos.

José Carlos Mariátegui indica: que la sola presencia de la comunidad en el sistema indio es suficiente para afirmar que vivían dentro de un comunismo desarrollado (agrario).

Además una Nación que está constituída de solo ayllus (comunidades) como su organización única y básica, no puede ser una Nación clasista, ni puede aceptar un Rey y una nobleza que le son ajenas en sus relaciones sociales y económicas. Las clases corresponden a naciones cuyo sistema único y fundamental es la propiedad privada y con legislación que le favorece y perenniza.

Empero ¿qué podía esperarse de "cronistas" que eran juez y parte, y que el robo, el asesinato, la violación los hermanaba para destruir a un pueblo civilizado, justo y armonioso?

Se relata, entre otras muestras inconcebibles de la maldad humana, que, por ejemplo, los soldados y curas españoles conquistadores, cansados y hartos del dispendio, de los vicios y aberraciones, para recrearse y no hastiarse más, apostaban para saber quién mataba más indios de un solo lanzaso. Se indica que fue el padre Acosta el que en esa macabra competencia mató ocho indios; Es que el bruto había colocado en fila a dos indias embarazadas de tal modo que la lanza perforó a las madres y a los cuerpos de los nonatos!

Uno de los hermanos Pizarro, para recibir el halago de los suyos en España, afirma que "todo lo escrito por los demás cronistas es falso, de toda falsedad; sólo lo que yo escribo es cierto".

Cieza de León, a quien la maffia de historiadores comprometidos llama el "príncipe de los cronistas", al hablar de los actos de antropofagia indios dice que "otros fueron los que vieron esos actos" y trata de engalanarlos para darles verosi-

militud, pero sólo hasta allí llega. No aporta ninguna luz al respecto porque **efectivamente no hubo antropofagia**. Un pueblo comunitario que amaba y respetaba al agua, al viento, a las plantas y las aves, amaba a su hermano el hombre, más que a nadie. Le era inconcebible e inaceptable el matarlos o comérselos !

Empero los "cronistas", e incluso los "cronistas mestizos", resultaron a la postre refutados por la verdad de los hechos y realizaciones de la sociedad comunitaria del Tawantinsuyo.

La cultura en tiempos del Inkario no fue elitista sino patrimonio del pueblo en general; esto queda demostrado a través de los testimonios arqueológicos colocados en los lugares visibles para que el pueblo les rindiese pleitesía y culto al comprenderlos y hacerlos suyos. Además, en la construcción participaron todos por la acción comunitaria que era su estilo de vida y trascendencia. La perfección de las construcciones indias indica que **todos y cada uno de los que intervinieron en ella forzosamente tenían conocimiento del plan general**; de no haber sido así asomarían las imperfecciones o las huellas del capricho individualista, tal como sucede en la arquitectura de nuestros días.

Para entender el mensaje de la cultura india hay que hacerlo desde una perspectiva colectivista. Sólo así se pueden comprender y aquilatar en su verdadera y exacta dimensión. Sacsayhuamán, Machupicchu, Pachacámac y Chanchán, por ejemplo, no hubiesen sido posible sin la acción comunitaria y la conciencia de todos los que participaron en su construcción. Un pueblo esclavo es incapaz de darle a su obra un espíritu de libertad y dignidad; porque ningún pueblo, en cadenas, se denigra para solo apretarse más las cadenas.

La libertad, la justicia y el contentamiento son los mejores aliados de los pueblos creadores. Y sólo los pueblos grandes y libres son capaces de crear obras colectivistas, monumentos en donde asoma su alma, su amor, su dignidad. Y no hay obra hecha por el pueblo indio que no conlleve cosmogonía; es decir, la inteligencia de miles de brazos hechos uno solo en el trabajo creador.

Ese espíritu colectivista, en el trabajo, tenía un idioma que siguen hablando sus descendientes. El maya o el quechua

son idiomas por excelencia colectivistas, impersonales; donde todo es de todos. Por eso se sabe que un pueblo es su lengua, porque el idioma es el espíritu vivo y libre de su comportamiento diario. No se sabe hasta la fecha de un pueblo aberrado que tome a la esclavitud o a la explotación clasista como una belleza o un don divino; no hay, no puede haberlo jamás.

Así y todo, volvamos a los 'cronistas".

Por ejemplo, analicemos el Testamento del conquistador Mancio Sierra de Leguízamo, bohemio empedernido y jugador que fuera el que se quedara con la reliquia de un gigantesco Sol de Oro y que luego lo perdiera en un juego de azar:

"Yo, el capitán Mancio Sierra de Leguízamo, vecino de esta gran ciudad del Cuzco, cabeza de estos reinos del Perú y el primero que entró en ella al tiempo que descubrimos y conquistamos dicho reino. Estando como estoy agravado de mucha enfermedad en mi cama y en mi seso, juicio y entendimiento natural y cumplida memoria. Primeramente, antes de empezar mi dicho Testamento declaro que hace muchos años que yo he deseado tener orden de advertir a la católica real majestad del rey don Felipe II... por lo que toca al descargo de mi alma, a causa de haber sido yo mucha parte en el descubrimiento y conquista y población de estos reinos... que entienda su majestad católica que hallamos estos reinos de tal manera que en todos ellos no había un ladrón, ni hombre vicioso, ni holgazán, ni había mujer adúltera, ni mala, ni se permitía entre ellos gente mala y que los hombres tenían sus ocupaciones honestas y provechosas".

Leguízamo resume en su Testamento, ya al borde de la muerte que es cuando el hombre se eleva a mística y verdad, lo que vió e hizo de malo en el Inkario. Este incomparable documento es ignorado por los "historiadores" comprometidos, entre otros por Juan José Vega, el croniquero.

Polo de Ondegardo, otro cronista, indica que "recibimos la orden de hacer aparecer como execrables el gobierno y la sociedad india. Con ello expresó que **España necesitaba hacer justificable su conducta criminal, a fin de que los demás imperios no interviniesen en el reparto de las naciones indias confederadas.**

Cuando España se aventuró para cruzar los mares y avasallar a los pueblos indios, su acción fue tenida como una lo-

cura por los demás imperios europeos: Francia, Inglaterra, Portugal, etc.; pero cuando los barcos españoles empezaron a llegar a las costas españolas cundió la avaricia, pues el oro y la plata, así como las especerías del Nuevo Continente, la despertó en grado superlativo. Inglaterra y Francia, como siempre, esgrimieron que se "violaban los derechos de los pueblos, y que la conquista española era por demás sangrienta, intolerable y contraria al cristianismo. . .", etc.

España tuvo que movilizar e inventar a sus cronistas para "mostrarle al mundo" que lo que hacía estaba dentro del derecho papal. Que era normal, a la altura de las disposiciones de la Iglesia y el Imperio. Y, claro, los cronistas que eran los mismos soldados y los mismos curas que tenían las manos tintas en sangre y la conciencia sucia y cómplice, se dieron a "escribir" que los más grandes hombres de ciencia —tales eran los indios preamericanos—, fueron "maricas, antropófagos e idólatras". A perilla le vino a España tal calumnia y tal monstrosidad, ante la carga interesada de los otros imperios de Occidente. De esta mala suerte, todos y cada uno de los intelectuales y creadores europeos dieron como ciertas las crónicas españolas, porque, en cierto modo, les llenaba la barriga y les calmaba el sexo!

Hay que tener presente que el cura español jamás olvida, por su idiosincracia, que aun cuando fornique hasta el agotamiento, y aun cuando trague hasta la congestión, siempre se "acordará" de Dios y bendecirá cañones y masacres, si éstas le convienen. Frente al indio, que por cósmicos todas las manifestaciones le eran divinas, pues eran creadoras de belleza, tuvo, de acuerdo a sus subjetivismos, material de "sobra" para atacar, calumniar y destrozar, a quienes por superiores les habían colocado en el más espantoso ridículo.

Evidentemente, esos "cronistas" que procedían de un mundo atrasado, no podían entender a un pueblo matemático, arquitecto, astronómico y filosóficamente cósmico, que construía sobre planos inclinados, que superaba a la ley de la gravedad, y que, así y todo, se manifestaba en belleza, en amor, en igualdad, etc.

Acaso, por eso, dijeron que no podían "ser cristianos", pues increíblemente se bañaban dos veces al día.

Y habían dejado atrás la numeración y la escritura por-

que sus altas matemáticas les habían conducido al manejo de los kipus y de las matemáticas sinérgicas.

El empleo del punto y la raya, en sus expresiones numerales, como ideográficas, demuestra que alcanzaron el dominio de otras matemáticas que sugieren lo computador y lo matrizal.

El arquitecto Héctor M. Calderón, en México, **sostiene que los preamericanos dominaron las matemáticas sinérgicas,** por lo mismo que eran dialécticos. Lo estático les fue contrario a **la ley natural. Asimismo, las contradicciones no son tales pues al final se fusionan entre sí.** Sin embargo sus logros civilizadores y sus alcances humanísticos fueron quemados y destruídos por los frailes españoles, quienes alegremente indicaron: "hoy podemos dormir tranquilos, hémos quemado arrobas de kipus de variados colores y destruídos panakas y huacas". Lo que quemaron y destruyeron fue la sabiduría de un pueblo que legaba sus conocimientos, tanto para la posteridad como para los nuevos seres que venían "a reemplazarlos", en la posta de la vida indetenible.

Si España robó y asesinó a la raza india, más censurable resulta el crímen de lesa-cultura perpetrado contra el Tawantinsuyo. Toneladas de kipus que contenían los conocimientos científicos de los quechuas y los adelantos de su ciencia y tecnologia, fueran quemados y destruídos por considerarlos "herejía".

Por cierto que persiguieron todo aquello que representaba lo indio. Sus bailes, su música, su teatro y hasta el uso de su vestimenta, fueron considerados como nefastos y se les desterró. Ni qué decir de su lengua que fuera prohibida!

Al considerar los monumentos y templos indios, así como sus huacas y sus plataformas piramidales, como símbolos innegables de la herejía, fueron la mayor parte destruídos, arrazados y quemados. Así se perdieron los valiosos testimonios de su gran cultura socialista, que bien podrían servir ahora de fuentes de consulta.

Oscar Urteaga Ballón, científico peruano que fuera el creador del Museo Antropológico del Hospital 2 de Mayo, tuvo ocasión de estudiar más de veinte mil ceramios dedicados a

la medicina y costumbres. El probó que **en ninguno de ellos apreció signos de degeneración sexual, ni prácticas sodómicas.** Incluso explica, en su obra principal, que las muestras de sexualidad no son tales por el trazo de sus manos y el apasible gesto de sus rostros; lo que **indica que son ceramios dedicados a la pedagogía, etc.**

El escritor Américo Radicatti informa que **los Incas emplearon los kipus en su significado ideográfico y también numeral.** Pero son los curas cronistas quienes citan el uso común de los kipus como escritura. Y hablan de **amautas que fueron sometidos a prueba para entender si eran unos grandes memoristas o si efectivamente se trataba de una escritura desarrollada.** A los que les dictaron largos párrafos de la Biblia, éstos lo hicieron; y pasados dos años, inesperadamente les pidieron volver a leer los kipus. Efectivamente, leyeron sin ninguna alteración, tal como les fuere dictado.

Está claro, los kipus representan el desarrollo de una superior inteligencia. Si tenemos presente que se necesita un gran dominio de las altas matemáticas, para la elaboración de los calendarios astronómicos, por lógica llegaremos a la conclusión de que dejaron atrás la representación numérica y la reemplazaron por los signos—el punto y la raya—, a fin de ahorrarse tiempo y espacio. Descubierto el punto y la raya (la unidad y la decena), encontraron que la misma simbología podría serles útil en largas cuerdas e hilos de color.

Se sabe también, que abandonaron la escritura, por haberse elevado a la simbología su contenido creador de belleza. Tanto la filosofía, como las matemáticas, al final lindan con la poesía, ya que la propia Naturaleza y el Cosmos trabajan en permanente poesía. Observemos, por ejemplo, **el final de toda especie crea belleza, hace belleza.** Las plantas crean la flor y el fruto. Las aves la armonía de su vuelo y cantos. Y en el espacio en los amaneceres y atardeceres, la Naturaleza en comunicación con el espacio y la luz, pintan sus más bellos cuadros en la pizarra redonda del cielo. **La Naturaleza nace de un constante poema cósmico;** se desplaza y desarrolla haciendo belleza; y, al final, su destino es la búsqueda del retorno a la belleza cósmica.

Todo ello impactó la mente del preamericano. Como fue su mejor discípulo concluyó por ser, él mismo, un conductor

de la belleza. Incluso, su mismo comportamiento humano le dió belleza a su dignidad de estar integrado a los demás. Sus obras, sus monumentos, sus trabajos y hasta sus kipus, son expresión de esa visión poética del mundo.

Los testimonios de su sentimiento frente a la vida, la Naturaleza y el Cosmos los encontramos hasta la saciedad en la concepción de sus grandes obras arquitectónicas y en su conducta como hombres. Quienes conozcan Machupicchu, Pachacámac, Chavín de Huantar, comprenderán mejor lo que estamos afirmando. Hay tal belleza construída por el pueblo, que ésta se acomoda al paisaje y se torna cosmogonía. En Machupicchu, el tiempo y el espacio, se dan la mano de tal suerte que sus callecitas prosiguen ganando rumbos al rebasar los abismos. Las nubes entran en las piedras para incorporarse al trabajo milenario de las mismas. Se trata de un estupendo Centro Ceremonial dedicado a su pensamiento filosófico-astronómico para, por intermedio del Intiwatana, "amarrar al Sol" y detenerlo hacia el diálogo humano.

En Pachacámac plasmaron, poéticamente, una ciudad en homenaje al Sol y su Sistema, salpicado en los Cuatro Horizontes o Rumbos. Las pirámides en sus colores, representan las variantes de su proceso energético que muere a la caída de la tarde. Y cuando el Sol se hunde en el mar, los sacerdotes construyeron escalinatas que mueren como un tierno homenaje en las orillas. Todo en Pachacámac es una integración del conjunto con el paisaje y el cielo. Entre sus calles la misma edad del tiempo simula la edad humana para congraciarse con un sentimiento religioso que flota, que es el ser, la consubstanciación.

Y en Chavín de Huántar, donde los cóndores son el enlace entre el espacio y el tiempo, la vida se genera en pequeñas plazas ovoidales, mientras que, en el centro, posibles réplicas del Lanzón representan el mismo proceso, pero en forma de espermatozoide. Allí están representados los símbolos de las especies que anteceden al hombre y que apuntan hacia un cambio superior vital. Se trata de un Centro Científico, dedicado al génesis. Y todo siguiendo una alentadora planificación cósmica. ¿Podía entenderlo el huaquero G. L. Lumbreras?

Este gran pueblo colectivista, pacífico y creador, cuando fuera sojuzgado por España, a sangre y fuego, se refugió en

su alma y defendió sus tradiciones. Jamás reconoció la derrota y combatió en mil formas, pero acabó usando su fuerza inagotable: la resistencia pasiva. Durante estos últimos 465 años el **pueblo indio ha demostrado su gran capacidad de resistencia que, de otro lado, es una virtud y una rebeldía de capacidad creadora.**

En el fondo, de esa tenaz resistencia pasiva, está oculta la fuerza de su acción colectivista. No hay en la tierra otro pueblo que tenga tan desarrollada la conciencia del trabajo comunitario, que el indio. Esa conciencia es la base para ahorrar caminos en el retorno al poder. Pero esa conciencia es, también, el cordón para empezar de nuevo la marcha de la reconquista y de la reconciliación con la vida y con la Naturaleza.

Si la brutalidad española diezmó a la población del Tawantinsuyo, reduciéndola a una cifra por debajo de los tres millones, hoy por hoy esa población se ha triplicado y es la única fuerza que trabaja y produce en el Perú. Casi la totalidad de la Renta Nacional es obra de sus manos, de su sangre, de su sudor, de sus lágrimas, etc.

Hoy está en marcha. Ha vuelto a despertar. Está recuperando su conciencia histórica. Va en busca de su antigua teoría colectivista que ha olvidado por la persecución, la discriminación y el trabajo sistemático de un sistema antinatural que vino con España. Cuando recupere totalmente el conocimiento de su antigua teoría, adquirirá, entonces, una conciencia revolucionaria que le posibilitará la recaptura del poder, en la plasmación de un SEGUNDO TAWANTINSUYO.

TERCERA PARTE

La gran cultura colectivista del Inkario no se concibe sin su filosofía cósmica y sin su organización básica el ayllu. Ambas se complementan como que son expresiones, en grande o en pequeño, de lo que es la unidad universal.

El ayllu es, pues, la clave del Tawantinsuyo. A través de esta célula básica podemos comprender el alto grado de desarrollo político, social y económico a que llegara la sociedad preamericana. Según Luis E. Valcárcel es "mundo cerrado y completo en donde el saber y el conocer llegaron a su límite humano".

Cuando llegó España a esta organización comunista le llamó equivocadamente "comunidad", término que no corresponde a su verdadera significación y trascendencia.

El Tawantinsuyo fue, entonces, la Nación de los Ayllus, así como en la actualidad Rusia es el país de los soviets y la China la patria de las comunas populares.

Empero la diferencia entre ayllu, soviet y comuna, es la misma que existe entre una máquina y una persona; además, el marco en donde se desplazan es distinto; el uno es a imagen y semejanza de las leyes naturales y los otros son producto del desarrollo industrializado del sistema capitalista.

Tienen en común, eso sí, la conciencia del trabajo colectivista; pero, mientras el ayllu va parejo al desarrollo evolutivo de la vida natural, en el soviet y la comuna el maquinismo impulsado por los hidrocarburos enajena, destruye y corrompe al ser humano.

El ayllu se desplaza y nutre al milímetro de las leyes naturales, en cuanto respeta el oxígeno que se necesita para vivir sin contaminación alguna; en cuanto respeta y cuida el agua tan necesaria para la existencia; en cuanto vela y protege a la flora y fauna que complementan a la vida, etc.; y todo ello dentro de un cuadro de alegría y creación.

En tanto que el soviet, con todo su entusiasmo socialista, se desplaza y nutre entre fábricas contaminantes, locales en donde el monóxido mata y destruye neuronas y glóbulos rojos; y centros en donde la vida se degenera y la reproducción se ve afectada.

Es decir hay una radical diferencia: la ciencia y su tecnología que emplean son diametralmente opuestas. En el ayllu se propicia la vida y su evolución correcta, mientras que, en el soviet, a nombre de la felicidad y la producción, se destruye o altera la vida humana.

O sea que, en el fondo, tanto el ayllu como el soviet, que están animados por un mismo objetivo, emplean métodos diferentes que se basan en filosofías disímiles. La del ayllu es materialista y dialéctica, mientras que la del soviet es subjetivista y semi-suicida. El ayllu propicia la revolución de la vida y la del otro se escancia en la contaminación y en la degeneración de la existencia.

Ver entonces cómo fue y cómo funciona el ayllu es saber cómo fue y cómo funcionó el Tawantinsuyo, tal el objetivo de este capítulo. De la explicación dimanará lo que fue y es su filosofía cósmica.

Toda especie nace comunitaria porque viene y se desplaza en un universo (Cosmos) que es integrador y colectivista. La evolución de las especies hasta llegar al hombre se hizo dentro de esa dinámica comunista. Esto explica que en la noche del pasado se diera el comunismo primitivo, no tanto por la voluntad consciente del hombre sino por la terca voluntad de los ancestros y el mundo objetivo que le rodeaba.

La unión de las parejas de signo alterno es una ley de la Naturaleza y el Cosmos. Las leyes que rigen a una molécula son las mismas que rigen, por ejemplo, a una pareja humana. El ión positivo tiene idéntica conducta que el hombre, mientras que el ión negativo se desplaza como una hembra. Poseen misión específica que cumplir. Esto es una generalización que puede dar cabida a las excepciones.

Todo en el Cosmos se procesa entre iones positivos y negativos que se polarizan y forman, indistintamente, las distintas especies, tanto orgánicas como inorgánicas. El hombre,

por ejemplo, es un resumen aproximado de todas las especies que le anteceden incluyendo minerales, en cuyo seno prosiguen trabajando todas las especies anteriores.

El aire que respiramos, el agua que bebemos, los animales y vegetales que ingerimos, son a su vez procesos iónicos que se integran y desintegran en forma espiralizada permanentemente.

El núcleo fundamental y necesario del ayllu es la pareja humana y su desarrollo en familia.

El desarrollo social, económcio y político de esa familia, en el contexto natural y conciente de las leyes cósmicas fue la razón de ser del gobierno del Tawantinsuyo.

Los preamericanos al comprender la ley básica que condiciona al Cosmos y al Microcosmos, la elevó a filosofía integradora. Después, al estudiar y comprobar que las leyes tenían un comportamiento matemático y religioso, se hicieron, a su vez, matemáticos y religiosos para llegar más lejos, para trascender, para lograr en vida la inmortalidad comunitaria de esas leyes. Esto explica que, para el indio preamericano, la vida y la muerte fueron los dos lados de un mismo proceso cíclico.

En base a su reiterado conocimiento de las leyes universales es que se postularon política y filosóficamente, como seres cósmicos que no necesitaron viajar a las estrellas porque formaban parte de éllos mismos. Se sabían el todo pero con la limitación procesada en especie humana.

Supieron, por comprobación objetiva que las leyes naturales jerarquizaban la vida, a partir del niño hasta llegar al anciano. Fue por eso que en el ayllu la vida encontró su quehacer más fecundo, y no aceptó ni grupos de poder, ni castas parasitarias; fue el trabajo, desde la infancia hasta la vejez, su constante alegría creadora.

El ayllu es el retrato vivo del sistema socialista del Tawantinsuyo, porque es la de una familia integrada al todo social comunitario, tal si, en verdad, fuese una gigantesca familia Y por cierto que lo era.

El ayllu fue la célula básica del organismo social del Inkario, y se comportaba como una célula dentro del organismo humano. Célula con existencia propia pero interrelacionada a las otras para formar tejidos, órganos y sistemas. Célula que, también, estaba conectada al mundo exterior que, a su vez, la condicionaba. El Sol, la luna y las estrellas trabajan para el conjunto, pero también para ella que se integraba al resto; a la unidad total.

Dice el antropólogo José Matos Mar, del Instituto de Estudios Peruanos, que "los ayllus en la actualidad, como grupos, como células básicas, mantienen una actitud vital comunitaria colectivista, por el trabajo en común, la ayuda mutua, el esfuerzo mancomunado; para no citar sino las manifestaciones principales de ese modo de vida adentrado profundamente, tanto en su espíritu y tradición, como en su estructura económica y social".

Y agrega que **su supervivencia a través de cientos de años y de mil vicisitudes y de su tenaz resistencia a presiones sociales y culturales alienígenas,** nos indica que **estamos frente a un organismo vital y también de gran trascendencia para el porvenir".**

"El valor histórico del ayllu, indica, más su permanencia institucional, su gran sentido democrático en el gobierno local, y además su volumen y composición, hacen de ella un instrumento eficaz para la modulación de la vida comunal. Los ayllus constituyen así verdaderos ejemplos de adecuación del hombre al grupo y del grupo a su medio".

"Esta organización ejemplar ha logrado supervivir por la fuerza de su cohesión, porque es una creación natural andina que tiene miles de años de tradición evolutiva y que se ha reconstituído frente a acciones contrarias a su estabilidad y permanencia. Por ser expresión directa de lo telúrico su principal actividad económica ha sido y es la agricultura, la crianza de animales, el tejido y la cerámica; y algunos otros tipos de artesanía. De ello se deduce que constituyen verdaderas células de un sistema económico y social integrado a su ambiente".

Cada año, generalmente el primero de enero eligen a sus autoridades —los autorizados— en un proceso que es verda-

dero ejemplo de civismo y de conciencia colectiva, en donde intervienen los jefes de familia, las viudas, las solteras, los hijos, etc.

Todo comunero debe ejercer en el curso de su vida los diferentes cargos comunales, por deber, antes que por derecho.

Para que se institucionalice la familia —que es un don sagrado porque es cósmico— existe el matrimonio de prueba que es el servinacuy, a fin de que pasadas emocionalmente las pasiones surja fortalecida la pareja para siempre.

Una familia numerosa en tiempos de Inkario era considerada un bien social porque la vinculación amorosa hacía aumentar la producción y el respeto continuaba más allá del reparto o de la distribución. El amor es un impulso casi siempre equitativo y multiplicador.

En tanto que los niños y los ancianos estaban considerados como joyas invalorables, merecedores del respeto y la veneración. El niño desde que nacía hasta los cuatro años era el hijo de toda la comunidad y todos le cuidaban y llenaban de cariño. Desde los cuatro años que era la edad para el "corte del pelo", empezaba para él el aprendizaje práctico de las cosas que debía saber en relación a su grupo y a su mundo. Desde los 7 años el niño tenía conocimientos de viejo en cuanto sabía pastar llamas y ovejas; conocía palmo a palmo el terreno de su comarca; y empezaba a ayudar a su padre en las labores del cuidado y preparación de las tierras para la agricultura. Si era mujercita aprendía las cosas del hogar: hilar, tejer, cocinar, etc.

La edad iba dándole privilegios y cargos. Era a partir de los 50 años que se jubilaba por disposición del Consejo; volvía al seno de la comunidad que lo protegía hasta su muerte; sin embargo, era una constante fuente de consulta por lo mismo que había adquirido sabiduría. La verdadera autoridad estaba moralmente representada por los ancianos en quienes sobrevivía el tesoro de la experiencia ancestral.

El trabajo en común compromete a hombres y mujeres; de esta suerte en las labores agrícolas reúne a todas las familias en los campos, dejando casi vacios a los pequeños poblados que sólo les sirven para el descanso nocturno. A la luz pública

nadie puede eludir su responsabilidad porque es observado por todos.

Es característica que el laboreo de la tierra se haga cantando. Desde tiempos inmemoriales el pueblo indio es un pueblo que canta. Y es requisito que, para merecer un cargo honorífico, el favorecido sepa componer música y recitar un poema. El indio comprende que sólo los que trascienden creando son los que más aman y sirven.

Aparte de las ocupaciones agropecuarias que absorven todo el tiempo a los comuneros, existen otras diversas artesanías como actividad secundaria o complementaria. Otras de sus tareas comunales es la de la limpieza de los canales de regadío, la construcción de los tambos, la de la gran casa comunal, etc.

Es que el indio no puede vivir al margen de sus organizaciones; y pese a que han pasado más de 460 años de la brutal conquista, perdura en él el espíritu colectivo, porque están presentes la herencia, la tradición y la costumbre que impone respeto. Es cierto que han perdido fuerza los ideales de su origen, pero tercamente prosigue viviendo silenciosamente el clamor por el retorno a su estilo de vida. En cada indio sigue oculto el Tawantinsuyo, de tal modo que cuando se embriaga, sus danzas, sus cantos, sus gritos rememoran el tiempo de sus mayores.

Han pasado los años y los siglos pero se mantiene en vigencia su tríptico moral: ama sua, ama llulla, ama qella, que es su Ley de Leyes: no robar, no mentir, no ser ocioso.

Los ayllus forman su despensa para los días aciagos. Esos tambos que estaban bajo el cuidado de la misma comunidad servían también para las otras comunidades vecinas que hubieren sido afectadas por las sequías, plagas o accidentes telúricos. Los surcos que se hallaban a la vera de los caminos eran del caminante, el mismo que podía coger maíz, frutos, etc., como un colectivo. Recuérdese que los viajeros cumplían misiones del Consejo regional o nacional, etc.

Las leyes del Tawantinsuyo establecían, además, el cuidado y protección para las viudas, los enfermos y los inválidos. Habían días de cada mes en que la colectividad homenajeaba a esos seres en desgracia con el objeto de hacerles más hermosa y feliz la existencia.

Pero en donde cobra inusitado relieve la sabiduría de las leyes tawantinsuyanas, es cuando a cada niño por el sólo hecho de nacer recibía un topo de tierra, si era varoncito; y medio topo si era mujercita. En ninguna otra legislación de hay esa extraordinaria disposición de revolución agraria. Sólo pueblo alguno, incluyendo las de ahora del campo socialista, en la Nación del Tawantinsuyo se llevó a efecto!

Antes el trabajo de las chacras servía para la satisfacción de sus necesidades básicas; su economía tenía el carácter de consumo y los productos sobrantes cuando más servían para el trueque con artículos y productos no existentes en la zona. Porque, de otro lado, la gran planificación del Tawantinsuyo permitía que todas y cada una de las regiones estuviesen satisfechas en su dieta general.

Por cierto que las normas para las relaciones internas de la comunidad, que aún se siguen practicando, superviven a través de la **huatancha** que es una ceremonia de reajuste una vez por año. A esa reunión asisten todos. Este acto reviste la mayor compostura y disciplina. Uno a uno son llamados los comuneros. Se averigua si han cumplido con sus obligaciones familiares, si siembra sus chacras, cómo las trabajan; los cuidados prodigados al terreno y las acequias de riego, etc. Se hace luego el examen de la esposa: los productos que debe presentar para la **shactada** y la presentación de sus ropas. En caso de haber incurrido en faltas se hacen acreedores a castigos morales y materiales, que antaño fueron más severos, pues los ancianos dicen: "nuestros antepasados tenían mejores costumbres, se regían por leyes por todos respetadas y cumplidas".

La conducta de los integrantes de los ayllus se guiaba, y aun se guía, por un fuerte sentimiento religioso, con arraigado espíritu de dependencia con sus fiestas tutelares que lo integraban. Y lo curioso de hoy es que sus fiestas religiosas las encubren de catolicismo, pero llevan impresas el carácter agropecuario de las distintas zonas. Las siembras y las cosechas están asociadas a la Virgen —la madre Luna—; San Marcelo es el dador de la lluvia, etc.

Pero ese sentimiento religioso, en tiempos del Tawantinsuyo, respondía a una concepción filosófica del Cosmos y se adecuaba a lo político. En el indio todo se vincula en la Na-

turaleza, en la Pachamama, cómo que de ella parte todo y vá hacia ella. Los dioses intermediarios confluyen al final en Wiracocha.

"En la actualidad si hacemos un examen a los actos de su vida, expresa Julio Cotler, demuestra que a pesar de todo se conserva apego a la tradición. Así en el aspecto económico existe una bifurcación de la economía de consumo que es tradicional y la economía monetaria que es ya transculturización. Todavía se mantiene el trueque de productos de alfarería por granos y cereales y éstos por lana y viceversa; todo dentro de la misma región".

"Después, indica Cotler, en las técnicas de trabajo agrícola las modalidades del barbecho, la siembra, la cosecha, la limpia de acequias, el uso del "chiringano" para convocar a una faena y los distintos momentos que esta revista, así como el laborar a compás del mismo, la intervención de la mujer como factor de producción en la agricultura, el uso de la taclla, el casho, la shuculanga y el pajareo, son elementos tradicionales que superviven en la labor diaria".

La ayuda mutua en el trabajo y aun en los cargos religiosos son pruebas manifiestas de esas normas tradicionales. La "herraza", señal y marca del ganado, con sus ritos y ceremonias preñados de carácter mágico-religioso, son otra muestra de su terco vivir en continuidad con su pasado.

No menos importante es el papel que juegan las curanderas y la aceptación del paciente a seguir la terapia casera, con yerbas curativas, etc.

Además del uso del matrimonio de prueba y las normas del matrimonio en sí, rige hasta la fecha un tabú de incesto con parientes cuya proximidad estuviere dentro del cuarto grado. Esta tradición que viene desde el fondo de los siglos preamericanos pone un mentís a las afirmaciones de los Cronistas que indican que los Inkas se casaban incluso con sus hermanas, hijas o madres! Ocurre que dentro de un ayllu todos los integrantes del mismo se dicen hermanos, aun cuando no lo fueran consanguíneamente. Hasta hoy en día los indios se dicen hermanos aun cuando pertenezcan a regiones diferentes y familias distintas. Igualmente todos los niños de

un ayllu son hijos de todos los padres; de esto también se valieron los Cronistas para mentir y calumniar por ejemplo al más grande de los legisladores del Tawantinsuyo, el gran Pachacútec, a quien le adjudicaron más de 850 hijos, que no eran más que los hijos de su ayllu.

Las tradiciones prosiguen respetándose; más aun, se cultiva el sentimiento familiar, porque la familia sigue siendo la célula básica del gran cuerpo social indio. Si aparentemente al romperse la propiedad comunal asomó la ausencia de la unidad familiar, en la actualidad los hijos dispersos y atraídos por las grandes ciudades, se mantienen filiales a su tierra y a sus comunidades. Por otra parte, las familias enteras que por su extremada pobreza emigraron del campo a la ciudad, en los llamados "pueblos jóvenes", que no son más que barriadas de un increíble cordón de miseria, ellas se mantienen unidas y resuelven sus problemas comunalmente. En la actualidad cerca de tres millones de indios rodean la gran Lima.

La cercan vigilantemente. Lima sigue siendo para ellos la parte que aun queda de España que se lo come todo.

Prácticamente las familias indias constituyen ayllus que forman pequeños territorios libres, ayudándose mutuamente. Los pueblos jóvenes nuclean al paisaje habiendo sectores en donde radican sólo ayacuchanos, sólo puneños, sólo cusqueños, sólo huancaínos, etc.

La nación india está presente y en donde está lleva su espíritu comunitario. Todo lo resuelve por acción comunal. El problema del agua y del desagüe éllos mismos lo realizan sin la acción directa del Gobierno Central. Hay otro Perú que marcha en el llano y que impone sus condiciones. Esa nación trabaja en las minas, en la agricultura, en el comercio a través de los vendedores ambulantes, etc.

En Lima se siente el ojo vigilante del indio que ha construído sus casas en los cerros aledaños. Pero ese indio pese a que sigue aferrado a su práctica comunitaria aun, sin embargo, ha olvidado su teoría, está incomunicado entre sí. En la actualidad pese a su organización celular está desorganizado como cuerpo social.

Así y todo, esa nación sigue cantando y bailando sin coordinación entre sí. Pero ya se presiente que intenta unificarse.

E. Wolf expresa: "los indígenas más bien parece que han conducido, en muchos casos, una guerra de agotamiento consistente en la resistencia pasiva, o de retiro a las áreas donde hay un mínimo contacto con las clases dominantes y occidentales".

En verdad, así es. Un sentimiento religioso, político y social, separa al indio de los demás aun cuando viva vecino del blanco o del mestizo. Y no es que el indio se sienta un ser superior o mejor, sino que se sabe distinto. Desconoce la discriminación.

¿Pero, qué le falta para recuperar el poder si constituye la mayoría y es la primera fuerza económica?

Los 460 años de ocupación extranjera han soterrado muy al fondo su concepción filosófica y política, creándole miedo y temor, al mismo tiempo que le han fomentado un complejo racial que ha llegado al hecho de que el indio ya no quiere ser más indio, porque le han enseñado que si renuncia a sus tradiciones le premian con puestos y mujeres fáciles. Claro que esto es pasajero, porque el verdadero indio se sabe dueño del país y se sabe la reserva moral del mundo.

El problema es, pues, un caso de comunicación. La llamada "mancha india", que ocupa los departamentos de Puno, Cusco, Ayacucho, Huancavelica, Huánuco, Junín y Ancash, permanece dentro de su unidad celular, pero desunida en lo regional y nacional. La tarea es devolverles su conciencia; darle unidad teórica a su fuerza comunitaria. Por intermedio de la radio y hablándoles en su propio idioma y un periódico insistente, se lograría en tiempo récord crearles un espíritu combativo. No hay ningún riesgo o peligro, pues el indio es, por tradición, un ser disciplinado y respetuoso del mundo que le rodea y de la vida de los demás. Los excesos no son de su estilo. No comulgan con la violación de la fraternidad.

CUARTA PARTE

Para que una teoría sea real, concreta y científica, debe acercarse al máximo o identificarse totalmente con las leyes naturales. Es la madre Naturaleza quien da respaldo científico a toda postulación mental del hombre.

Igual acontece con la filosofía . De esta suerte cuando el indio preamericano se postuló política y filosóficamente como un ser cósmico, fueron sus actos, sus ideas, en la teoría y en la práctica, los que más se hermanaron a las leyes naturales; casi se identificaron con ellas.

El Cosmos sería una abstracción si él no se manifestara materialmente a través de las estrellas y planetas. Como el Cosmos se desplaza por polaridades, es decir por fuerzas energéticas —magnéticas—, para el pensador indio el Universo latía prácticamente como si fuere un inmenso pulmón. De esto substrajo la ley del permanente movimiento.

La referencia inmediata del Cosmos la tuvo primero en la Tierra que pisaba, luego en el Sol que le daba vida y calor, después en la Luna que intervenía en la reproducción, etc.

Su vida creadora y reproductora dependían entonces del Sol, de la Luna y de la Tierra. Saber cómo marchaban —su rotación y traslación— era saber cómo iba su vida. De esto acabó por comprender que la cercanía o distancia de esos planetas condicionaba los climas y las siembras y las cosechas. Se dió por estudiarlos entonces y, por eso, con el correr del tiempo, dominaron la astronomía al dejarnos sus extraordinarios Calendarios —solar, lunar, y venusino—, que nos son tan útiles y lo serán más cuando impere la revolución de la vida.

Esto nos da una muestra general de que su pensamiento, por estar estrechamente vinculado al proceso de las leyes naturales, era materialista y dialéctico. Porque además de la influencia del Sol, la Luna, Venus y las estrellas, había otra

influencia más directa que era la de la Tierra, la Pachamama. Gracias a ella crecían las plantas y se nutrían los animales, los pájaros y los seres humanos. Sin la Pachamama no era posible el aire, el agua, los cerros, los bosques y las nubes. Descubrió, pues, que existía una interacción e interinfluencia comunitaria entre los planetas y que le alcanzaban a él sin pedirle permiso o aceptación.

Fue dándole una teoría al respecto. Fue hasta el fondo mismo de las leyes naturales y universales y se incluyó en ellas como parte indesligable. Comprendió que él era un producto en vivo y en directo de la Tierra, el Sol, la Luna, Venus y las Estrellas; y que su pensamiento, aun cuando encerraba la potencialidad del Cosmos, debía sólo regirse por las leyes de la Pachamama, que era su mundo físico-químico, en permanente evolución y cambio

Con los años su pensamiento fue enriqueciéndose en la misma medida de la experiencia acumulada y los nuevos datos que le proporcionaban las leyes naturales, más su propia imaginación creadora. Podía comprender la riqueza matemática del Cosmos; podía utilizar ese potencial para su producción; pero no podía alternarlas; tenía conocimiento de su insignificancia y pequeñez. Se dió a vivir de las leyes naturales. Ningún pueblo explotó con amor al Sol, la Luna y a Venus como el pueblo indio; eran sus dioses tutelares, pero, también, sus magníficos obreros cósmicos.

Entendió que el Cosmos era una extensa y disciplinada multitud de sistemas y sistemas, unidos entre sí en una gama de procesos que iban de lo material a lo inmaterial; del intenso frío al candente fuego; de lo sólido a lo gaseoso, etc., pero dentro de un mismo proceso unitario e indivisible.

Comprendió que él como ser humano no había surgido de la nada, como un soplo caprichoso de un segundo, sino que era el producto paciente de un largo proceso que empezara, justamente, en la materialidad resultante de una combinación solar-lunar-terrestre. Cuando ese pensamiento fue elevado a ciencia y aceptado por todos se hizo la canción que aun entonan los niños indios de los Andes: "el sol es mi papá, la luna mi mamá, y las estrellas mis hermanitas". Sabia canción que nos habla de una sabiduría popular, comunitaria y cósmica.

El Cosmos trabaja incansablemente por polaridades, entre fuerzas cargadas de iones positivos y fuerzas cargadas de iones negativos que, al final, se fusionan para empezar de nuevo en otros procesos. Ese paciente trabajo de siglos evoluciona en espiral, se dilata y se expande. Para comprender la edad de esos trabajos, pensemos tan solo en el tiempo que tardó el protozoo en convertirse en alga: ¡sesenta millones de años!

Del microorganismo hasta el hombre hay un tiempo de evolución que alcanza entre 3 mil millones de años y 4 mil millones de años.

Mas el protozoo al transformarse en alga no renunció a su condición de protozoo, sino que se sumó a la nueva forma; y así sucesivamente de alga a caracol, de caracol a vertebrado marino y de éste a planta, reptil, anfibios, mamíferos, hasta llegar al hombre; es decir. el ser humano es un resumen, más o menos aproximado, de todo el proceso de la evolución. Por eso es que hay dentro del ser humano: la flora y la fauna que lo preceden, siendo exactamente un 75 % de agua y el resto de energía solar, a imagen y semejanza de su planeta Tierra.

El ser humano no es más que un resultado de un largo proceso bioquímico que no acaba en él, sino que prosigue. Para que esa evolución continúe debe contar con las condiciones óptimas; esto es que los elementos bioquímicos que la constituyen funcionen a la perfección.

El preamericano supo que los elementos constitutivos básicos de su vida eran: el oxígeno, el hidrógeno, el carbón y el nitrógeno, los mismos que, al combinarse entre sí, forman la escala de los cuerpos químicos, físico-químicos y bio-químicos, etc., etc.

La prueba de ese conocimiento la encontramos en las distintas manifestaciones de su pensamiento concreto. La simbología de sus centros ceremoniales, sus plataformas y pirámides, la nominación de su Nación: Tawantinsuyo —tawa, cuatro—; su desplazamiento en las siembras; los rombos en sus tejidos y ceramios, etc.

Además su integración funcional al Cosmos la hallamos en su agricultura, en la edificación, en el trazo de todas sus actividades siguiendo la línea solsticial, como la mejor ma-

nera de explotar al astro Sol y de reverenciarlo en el trabajo y en las alegrías.

Por eso fue dejando a un lado todo aquello que alteraba sus relaciones con el medio. Sus deyecciones fueron realizadas en lugares aparte, a fin de que no contaminaran las tierras productivas, ni las aguas benefactoras. El trabajo en las minas era muy bien controlado a fin de que no afectara a los que trabajaban en ellas. Al descubrir el uranio (el aya-cachi, la sal que mata) tuvieron que abandonarlo; así como dejaron atrás los pequeños-altos hornos para no contaminar el ambiente, etc.

Su vida de relación en ayllu es la muestra más palpable, y por lo mismo irrefutable, en su comprensión de las leyes naturales. Los alimentos que ingerían eran el camino de su integración a la tierra; plantas y animales, agua y aire, se unían en su cuerpo como en su propia casa para proyectarlo, con la misma dinámica y con el mismo movimiento de la Naturaleza y el Cosmos; esto es, pulsando, latiendo.

De este modo cuando imaginó problemas y soluciones, al margen de lo natural, comprobó entonces que su pensamiento era lógico pero que no correspondía a su paisaje, ni a su medio, ni a su Pachamama. Que ese pensamiento, acaso, podría darse en otros mundos —con otros procesamientos y otras formas de evolución— pero no en el suyo, en donde él se desplazaba en base a sus elementos constitutivos. El no estaba hecho integralmente de silicones, por ejemplo, sino de otros cuatro elementos: oxígeno, hidrógeno, carbono y nitrógeno, que podrían ser una constancia cósmica pero que, en su planeta Tierra se desplazaban con peculiaridad singularísima, dentro de la unidad cósmica.

El indio preamericano no se apartó, por eso, de las leyes naturales; en tanto que Occidente creyó en el origen divino que inventó el amo esclavista para tranquilizar a su conciencia. Teorizó sobre el origen espúreo de su imaginación, de suerte que sólo Dios fue el responsable de su existencia. Así, pues, no le reconoció paternidad a la Naturaleza y se dió a destruirla en su calidad de dios postizo. Si nada tenía qué ver con las plantas, los animales, el aire y el agua, no tenía por qué considerarlos ni conservarlos. Dios le "facultaba"; su origen y destino divinos le condujo a la liquidación del mundo que le rodeaba.

Con el pretenso progreso del maquinismo y la invención de las nuevas técnicas para aumentar la producción, Occidente prosiguió con la locura de la destrucción, teorizando sobre ella. De esto resulta que la mercancía se eleva a fetichismo y se le hace decidora de la marcha de la historia. El enfrentamiento de las clases sociales adquiere doctrina y filosofía, mezclándose las perspectivas y confundiendo el juego dialéctico entre personas y cosas, entre seres vivos y mercancías.

Occidente imita a la Naturaleza y cree que sus invenciones siguen el curso vital de la dialéctica humana. Pero acontece que los automóviles que construye no fecundan otros autos, que las máquinas electrónicas con todo su automatismo y su cibernética no procrean otras máquinas, etc.; y todo suelto de huesos Occidente hace participar del juego dialéctico a sus invenciones para calmar a su conciencia y justificar el feroz aniquilamiento de la flora y fauna terrestres.

Occidente confunde la dinámica del procesamiento natural y cósmico y la introduce en las relaciones de producción. Más concretamente, en la agricultura usa los abonos artificiales para el aumento de la producción y el fácil enriquecimiento de los suelos agotados, pero no ha logrado aun adecuar el procesamiento de esos abonos mineralizados con la verdadera dinámica natural. Una cosa es imitar y otra dar con el secreto cósmico del procesamiento correcto de los minerales y de las substancias orgánicas.

Occidente igualmente confunde el procesamiento de los hidrocarburos y los precipita imitando malamente el proceso natural. Por ejemplo, usa el carbón y el petróleo para mover centrales y fábricas, y contamina criminalmente el aire vital; como imita a la Naturaleza lo hace tan mal que las precipitaciones del normal procesamiento, violan el equilibrio, adulteran el ambiente, matan la vida, etc.

El petróleo que tarda miles de años en procesarse, siguiendo las leyes cósmicas que trabajan por milenios, es violentamente desprocesado por los "científicos" de esta hora, con la consiguiente violación del orden natural.

El preamericano supo que su prefeccionamiento le venía del medio en que vivía, más el agregado de los alimentos que ingería, de los elementos que respiraba y bebía. El no era más

que un intermediario, un enlace para llevar por el camino de la vida, el don de su existencia integrada a la de los demás.

Por eso es que para él jamás existió la soledad absoluta puesto que comprobó que hasta la soledad tenía pareja para cumplir con la ley cósmica del movimiento y la medida. Wiracocha, por ejemplo, que para España fuera considerado como el dios absoluto de los indios, no era más que un compendio del espacio y del tiempo, de lo impersonal —fuere hombre o mujer al mismo tiempo—, el de las formas de arriba, del centro y de las de abajo. Pues Wiracocha representó indistintamente en una sola fuerza: el hanan-pacha (mundo de arriba), el kai-pacha (mundo del centro, en medio); y el oku-pacha (el mundo de abajo, en donde trabajan las semillas).

Empero en Occidente la soledad absoluta devino en el Dios absoluto, indivisible, como un total obliterado, víctima de la paralización y el asexualismo. De allí el meollo de la individualidad absoluta.

La concepción de un mundo colectivista, unido indisolublemente entresí, delineó en el indio su comportamiento social. Todo lo que le rodeaba era, también, un producto de entrega e integraciones, de fusiones en donde no cabrán las contradicciones y los antagonismos irreconciliables. La unidad del Cosmos es una unidad absoluta, que se justifica en la pluralidad de los distintos procesos a que se ve condicionada la energía y sus diferentes estadios, desde lo inmaterial a lo material, desde lo sólido a lo blando, de lo oscuro a lo claro, de lo dulce a lo amargo, etc.

Es cierto que el arte y la religión se entremezclan en una armonía que conjuga la idea del rito con la forma plástica del mismo; ésto queda probado en los Dibujos de las Pampas de Nasca, en donde el genio indio logró plasmar, entre líneas, toda su concepción material del proceso de la evolución de las especies, mil años antes que Darwin la diera como suya; y, también, cómo la vida es el resultante del esfuerzo del Sol a través de su acercamiento hacia la tierra, etc.

Lo estupendo en esos Dibujos que se encuentran estampados en un radio de 50 kilómetros, estriba en que los símbolos escogidos para representar a cada especie en sí, están todos vinculados por una línea que señala la carga positiva y

otra que retorna pero con signo negativo; de este modo las líneas jamás se cierran y prosiguen al infinito, hasta disfuminarse en el sepacio. Aparte, como para demostrar que cuando esas líneas se cierran formando un círculo, representan lo antinatural, la muerte, etc., se halla enmarcado un círculo gigante, aislado entre cerros como si fuera la peste!

El doctor Manasses Fernández Lancho sostiene que el preamericano consideró nefasta a la rueda porque su simbología equivalía a la muerte del movimiento creador. Si nada hay que se cierre en la dinámica cósmica, el círculo es la nada, el cero. Y cree hallar en ese dibujo aislado, el motivo para que el indio desechase a la rueda.

Por lo demás, en los Dibujos de las Pampas de Nasca hay otros testimonios que indican el conocimiento astronómico que tuvieran los nasquences y la incidencia de las grandes constelaciones sobre el Sistema Solar y, en especial, sobre la tierra. Miles de líneas trazadas en dibujos de centenares de metros, asoman tal si señalaran el rumbo de tantos otros planetas. Se está como en un gran escenario cósmico en donde el paso de los astros va dejando su huella inmortal, en un afán de integración cósmica.

Por todo lo anterior podemos entender el materialismo dialéctico e histórico, empleado por los indios preamericanos, como su entendiemiento de las leyes de la Naturaleza y el Cosmos. Al compenetrarse de las mismas creó una teoría en base a la práctica que veía. Comprobó, de esta manera genial que respetando celosamente su oxígeno, su agua y sus alimentos terrestres, cumplía científicamente con su papel y propiciaba el advenimiento de otra especie superior, también humana.

En cambio, por ejemplo, Lenin sostenía que "la electrificación, más la industria del acero eso era el socialismo", lo que a las claras habla ya del poco respeto que tenía de las leyes naturales. La construcción de las grandes represas, con el consiguiente desvío de las aguas o la adulteración del curso de las mismas, etc., ocasiona, en sí, la alteración del equilibrio ecológico. En tanto que la conquista de la industria pesada, en base al acero, consume miles y miles de toneladas del oxígeno necesario para la vida, al margen y más allá de la criminal contaminación del ambiente. El desconocimiento de las leyes naturales y cósmicas habla de un materialismo dialéc-

tico y científico pobre y podrido, que en boca de Lenin lo deja cuestionado.

Cuando el gran Consejo del Tawantinsuyo planificara la producción para el consumo de una población que pasaba de los quince millones, lo hizo en base a su realidad, es decir, en base a la agricultura. Siguiendo los lineamientos de su postulación política y filosófica, usó la fuerza social organizada empleándola, única y exclusivamente, en lo que producían las tierras de tal o cual región; luego, por la acción del trueque se intercambiaron los excedentes, de tal suerte que la dieta alimenticia siempre estuvo equilibrada.

Como la ganadería dependía de la agricultura, la planificación tenía presente, al par que el consumo de los animales, el humano. Los grandes lugares dedicados al pastoreo estaban considerados aparte; las tierras para la alimentación humana, ocupaban sitio preferencial.

La riqueza del mar peruano hizo posible que la dieta fuese óptima en proteínas y minerales, y que, a su vez, sirviese también como cantera de los mejores abonos naturales. Ríos, lagos y mares concurrieron para mejorar la dieta alimenticia y transformarla en poder creador. Nadie comía más de lo necesario; todo fue parejo, justo y compartido.

La planificación, amparada en los Calendarios, preveía los días aciagos, entre los que se comprendía: sequías y plagas. catástrofes telúricas y los imprevistas, etc.

Nada escapó en el pensamiento matemático e integrador de los amautas indios. Eran gente que le obsesionaba la perfección, como que así es el trabajo armonioso e incesante de la Naturaleza y el Cosmos.

O sea que, el verdadero pensamiento teórico y filosófico de la población india en su conjunto, no fue más una constante práctica. Práctica objetivizada hasta la saciedad en sus plataformas y pirámides, en su propia organización social el ayllu y su gobierno en Consejo; en su idioma, en su música y sus danzas, en su textilería, en sus ceramios, etc Fue la primera gran nación socialista que concilió sus sueños con la realidad, su teoría con la práctica de su vida cotidiana. Al designarse la **raza solar**, probaron con su pensamiento y con su realización

que, efectivamente fueron los mejores y más dignos hijos del Sol.

Los pueblos del Oriente quisieron proclamarse también solares, pero su teoría llegó a lo metafísico y derivó en fetichismo. Quisieron al Sol pero no supieron cómo actuaba, ni cuál era su ruta precisa. En cambio, el sabio pueblo indio, sí. De este modo fue su padre y obrero, al mismo tiempo.

Debemos reiterar, pues, que para el preamericano el mundo objetivo y material fue el basamento de todo lo que es en la Naturaleza y el Cosmos. Así, entonces, para él lo que se daba en el microcosmos se daba también en el macrocosmos, precisamente por las leyes de las polaridades que a ambos compromete y condiciona.

En la actualidad el mundo influído por Occidente llama a este tiempo como la "segunda revolución científica", y desea destacar que la teoría de los electrones, el descubrimiento de la célula nerviosa, la liberación de la energía, el descubrimiento de la antimateria, el origen de la vida a base de los ácidos nucleicos, la aparición de la cibernética, etc.; y probar que en el macrocosmos rigen leyes diferentes a las del microcosmos, al incorporar el jueguito de la relatividad del tiempo y del espacio o con la afirmación de que "la lógica formal", con su principio de identidad, no puede reflejar las contradicciones dialécticas del mundo exterior", etc.

Con lo anterior intentan meter una cuña subjetiva entre la unidad matemática del Cosmos, en todas y cada una de sus manifestaciones, en grande y en pequeño; lo que es anticientífico, porque si en el macrocosmos se dieran leyes diferentes a las del microcosmos, estaría el universo dando tumbos, caóticamente, y no habría este proceso contínuo de evolución permanente. Salta a flote que la unidad es inquebrantable, y al margen de toda especulación metafísica. La materia es una en su proceso de conservación y transformación. La lógica formal, en este caso, aplasta a quienes intentan hacer del relativismo soporte de todas las subjetividades habidas y por haber.

Descúbrase que con esta "segunda revolución científica", se intenta negar a la "primera" que no viene a ser sino continuación de la misma, tan subjetiva la una como la otra. Lo "nuevo", en la presentación de la misma patraña, estriba en

que ahora a las "especializaciones" las quieren elevar a ciencias", como la física cuántica, la física relativista, la física nuclear, etc. que, indiscutiblemente son ramas de un mismo árbol. Descúbrase que la "especialización" cae en caja para la proliferación de las individualidades o las "privaticidades".

Por cierto que la base material de la vida está dada en su base química dentro de una base física. Pero esa materialidad adopta presencias tan disímiles que, no por eso, dejan de ser materiales y cambiantes. Todo es vida y muerte combinadas, en un instante dado. Todo es y no es al mismo tiempo. De allí que Wiracocha sea el símbolo perfecto del espíritu transformado en materia, pero espíritu físico-químico.

La justeza y la precisión materialista del pensamiento indio es anterior al pensamiento marxista contemporáneo. Si juzgamos con neutralidad, podríamos decir que el marxismo no deja de ser sino el lado izquierdo del capitalismo, pues ambos tienen la misma madre en común: las mismas entrañas de un sistema cuya producción, por la producción en sí, debe y tiene que arrazar todo cuanto existe como vital en la Naturaleza, y, por ende, en el Cosmos.

Estamos frente a un gran complot que nos viene de la derecha, del centro y de la izquierda políticas. Estamos asediados, cercados. La vida está en jaque; y cuando decimos la vida lo decimos por la vida en común, mas allá de los colores, más allá de las religiones. Lo hacemos a nombre de la vida humana, porque nosotros llamamos a nuestra revolución como la REVOLUCION DE LA VIDA; nada menos que a imagen y semejanza que la que vivieron y desarrollaron nuestros abuelos indios. Nada más.

QUINTA PARTE

Si la desgracia de la nacionalidad india empezó con la llegada brutal de España, creando antagonismos irreconciliables en lo social, en lo económico y en lo político, que desviaron de su curso natural al pueblo preamericano, etc., para que esa desgracia cese es imperativo retornar al viejo cauce histórico y establecer lo que el Movimiento Indio Peruano denomina, con singular acierto: el SEGUNDO TAWANTINSUYO.

Para que ello sea posible el Movimiento Indio trabaja en la preparación de una auténtica conciencia histórica, que significa saber cómo fue el Tawantinsuyo, sus obras, sus tradiciones, su organización y su gobierno comunitarios. Los que no saben de dónde vienen históricamente, jamás sabrán a dónde van históricamente. La actual población india ha olvidado cómo fue su teoría, pero abona a su servicio su práctica cotidiana —su acción comunitaria—, pues en 460 años de ocupación extranjera han trabajado sistemáticamente sobre su mente para transculturizarlo, enajenarlo e incorporarlo al sistema de propiedad privada y de la individualización.

Incluso el Movimiento Indio trabaja sobre la población mestiza, influída por los movimientos de izquierda occidentalizados, a fin de que adopten un método más concreto y científico, y, por eso mismo, para que al nacionalizar su pensamiento se indianicen para la lucha de liberación. Téngase presente que no se puede alcanzar y consolidar el socialismo si la población mayoritaria no tiene conciencia del trabajo colectivo. Pues bien, en el Perú, en Bolivia y en Ecuador, la raza india es mayoritaria y tiene una vieja práctica del trabajo en común.

Pero, para movilizar a esa inmensa mayoría india es menester pensar y actuar como indio; tener y practicar el trabajo comunitario; sentir y amar cósmicamente. No sólo es necesario ser socialista, sino ser indio socialista. Si no se vive y practica el comunitarismo, jamás se alcanzará el Segundo Tawantinsuyo; las trampas que se hagan históricamente prostituirán los objetivos.

El mestizaje para entender al indio y comprender su filosofía y su comportamiento, tiene forzosamente que pensar como indio; es decir, desde una perspectiva colectivista. Para el mestizo latinoamericano es fácil lograrlo porque lleva medio indio dentro, más el condicionamiento bioquímico a que está sometido por el medio ecológico.

Luego de formada la conciencia histórica, el conocimiento de la realidad tawantinsuyana le creará una verdadera conciencia ideológica nutrida en esa realidad. Lo ideológico dimana de lo histórico. Al comparar las dos realidades —la india y la occidental—, si es honrado y cabal, el mestizo se hace teóricamente un indio con ideología cósmica; en tanto que el indio se hace más indio, al reconciliar su práctica con la teoría de sus antepasados. No olvidemos que el indio de hoy vive en continuidad con su pasado, aun cuando ya no con el atuendo y las alegrías creadoras de antaño. Por eso encarna la reserva moral del futuro. Su presencia es, pues, un regalo histórico para América y las esperanzas del mundo.

Por cierto que la conciencia ideológica busca el cambio, una salida justa para el drama presente: esa ya es la conciencia revolucionaria. La difusión de la ideología india formará esa conciencia revolucionaria tan necesaria para la recaptura del poder; esto es, para el establecimiento del SEGUNDO TAWANTINSUYO. Sin embargo, se debe tener presente que si el mestizaje tiende al complot y al guerrillerismo, el indio es más ducho y hábil cuando usa y practica la resistencia pasiva Lo viene demostrando desde el mismo día que llegaron los usurpadores y se organizó la resistencia con Manco Inca

Así y todo, tengamos también presente las frases postreras tanto de Cuauhtémoc como de Manco Inca, las mismas que con pequeñas diferencias expresaron: "hémos aprendido a manejar las armas, hémos matado hermanos, nos hémos acabado". Significando todo ello que con la guerra y el uso de las armas habían roto su estilo de vida, habían matado; luego para éllos todo había terminado! De sus concepciones vitales y cósmicas nada quedaba. Si bien fue cierto que éllos no comenzaron la agresión y la matanza, la verdad es que al repelerla se contagiaron, se pudrieron.

Pero tuvieron que combatir. El odio, el crímen, la traición,

la mentira, vinieron con España; al indio sólo le tocó, por instinto de conservación, imitarlos. El indio de hoy, por ejemplo, al llegar a las grandes ciudades y comprobar que la escala de valores impuestos por España y proseguidos por el blancoide y el mestizo, siguen en vigencia, entonces los imita y a la postre resulta más pícaro porque es más inteligente. Pero en cuanto vuelve a su comunidad, al respeto sagrado de su Pachamama, deja atrás la infamia, se arrepiente.

Mas como el blanco avanzaba y corrompía todo lo que tocaba, el indio **ocupado** tuvo que batirse en retirada, tuvo que simular, se puso una máscara. Con el tiempo en indio aprendió a ser táctico y desarrollar una bien organizada **resistencia pasiva.** Para subsistir en el desierto el indio desarrolló otras facultades que, con el correr del tiempo, le han dado magníficos resultados. Hoy por hoy los indios se han triplicado, sus comunidades, antes condenadas y perseguidas, han sido reconocidas; cerca de tres mil de ellas están registradas y en la Constitución del Estado hay dispositivos que las defienden, al menos en la letra. Lentamente ha impuesto su vestimenta en la sierra, mientras que su fiesta mayor, la del Inti Raymi, se le utiliza como atractivo turístico y se realiza frente a Sacsayhuamán, la monolítica pirámide de tres cuerpos. En las escuelas y en la radio y televisión lo indio es atractivo y fuente de enseñanza folklórica, etc.

El sociólogo Aníbal Ismodes sostiene, a través de la cátedra en la Universidad Mayor de San Marcos, que para el año 2,000 el Perú será indio, puesto que el proceso de indianización va en aumento en la misma medida de que la inmigración de los blancos, chinos y negros ha cesado. Ahora es el indio el que impone condiciones al crear y al procrear masivamente, comunitariamente.

El proceso de indianización es lento, parsimonioso, progresivo y pacífico. El indio al occidentalizarse lo primero que desea y hace es casarse con una blanca. Y la blanca se acuesta con agrado pues el indio sabe desempeñarse en la cama, pues el amor es para él motivo de reconciliación cósmica. El indio, aun cuando se vista a la europea, sigue latiendo como su surco, como sus huacas, sus cerros y sus cóndores; el indio o la india que soterró su alma muy al fondo, para enmascararse de europeo, en la vida simple o en la cama vuelven a su condición tierna, a su dignidad telúrica.

Hay otros aspectos que demuestran que el pueblo indio es dueño de la situación en el Perú, Bolivia y el Ecuador, entre otros pueblos de América; pues además de contribuir con la casi totalidad de la Renta Nacional, a través de la agricultura, la minería y el comercio, representan casi el 70 % de las Fuerzas Armadas. Le niegan al indio todos los derechos pero, increíble, le dan las armas; son la carne de cañón, los soldados que mueren en defensa de una patria inventada y que no es la suya.

De lo anterior se desprendería que teniendo el indio prácticamente el control de la economía y de las armas, y se deja explotar, discriminar y mandar, es porque acepta concientemente ese sacrificio en aras de su patria. Sin embargo es bueno, entre otras medidas, aclarar que el indio tras 460 años de bestial y "doctrinaria" ocupación ha sido "convencido" de que efectivamente el Perú, Ecuador y Bolivia son sus patrias y no simples nombres antojadizos que puso España a los territorios que ocupara. Pero la verdad es otra. La silenciosa, paciente resistencia al extranjero, ha determinado que el indio sólo rinda económicamente la tercera parte de su capacidad creadora; y que sólo entregue la mitad de su alma a las infanterías a las que fuera distribuído como si se tratara de animales indomados.

Pero el blanco o el mestizo gobernantes, sin querer dicen: "me sale el indio" cuando se ponen valientes y decididos; y expresan para denostar y despreciar al indio insultándolo: "el indio es una mierda", o esta afrenta cobarde: "hijo de india: hijo de perra".

En América el indio es y será punto de partida histórica. Una revolución sin la masa india, sin su pensamiento comunitario, es una revolución condenada al ridículo y al fracaso. La experiencia de los levantamientos guerrilleros en Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia, Perú, Guatemala, México y otros pueblos con población india, señalan con marca candente que sin el indio no hay victoria guerrillera, porque el indio es el estilo del socialismo de América toda.

Por seguir un camino equivocado lo mejor de la juventud de América Latina ha sucumbido con las armas en la mano en Colombia, Venezuela, Argentina, Bolivia, México, Guatemala, Ecuador, Chile y Perú. Es que esos bravos hermanos juveni-

les creyeron que eran ciertas las enseñanzas occidentales en cuanto al foco guerrillero, en cuanto a las clases medias y el obrerismo les seguirían atraídos por la lucha de clases. Y todos esos bellos hermanos guerrilleros mordieron el polvo de la derrota, precisamente porque ese no era el camino, sino simplemente parte del mismo. Porque la liberación de América India es un compendio indio que puede y debe usar de la conspiración, el guerrillerismo, del golpe de estado y de la rebelión para llegar a la guerra formal, adecuándolos a su propia realidad, geografía y las etnias.

Evidentemente el indio respaldó al guerrillerismo, por su misma condición humana de ayudar a quienes le reclaman ayuda y cariño. El indio les dió su agua, su techo y su alimentación pobres, pero no les entregó el corazón, ni su vida. Por solidaridad humana, que les viene desde el fondo de los siglos, apoyaron a los guerrilleros, ya colombianos, ecuatorianos, peruanos y bolivianos, pero no les dieron hombres para el combate. Todo esto está probado en el mismo "Diario del Che Guevara", cuando al referirse a los indios bolivianos dijera: "es como si hablara a las piedras", sin saber que él precisamente era una piedra para el indio. El Che Guevara, con todo su amor, no pudo trasmitirlo porque no hablaba el aymara, ni sabía que el indio consulta con su ayllu, ayer y ahora. Por lo demás, el Che Guevara tenía barba al igual que los conquistadores españoles que les ofrecieron la liberación, a través del cielo, y después les quitaron a sus mujeres, no sin antes encadenarlos para el trabajo en las minas. Recuérdese que el indio tiene memoria y que hasta la fecha sus mujeres llevan luto, en las faldas y en el cintillo de los sombreros, en homenaje a la muerte de su Inca Atahualpa

Pero el hermoso Che Guevara no sabía de esas cosas que eran el mundo sagrado de los indios. Sólo supo que para "destruir" al imperialismo yanqui, era necesario abrir un Vietnam americano!

La visión marxista de la problemática indoamerіcana, hizo que su gran sacrificio fuere inútil. Al ignorar completamente al alma india fue víctima de su subjetivismo, que sólo sirve para enriquecer los cementerios y enlutar a los familiares. Los errores del Che son los mismos que perpetran en América Latina los seguidores de la izquierda occidentalizada. El pueblo indio sabe muy bien que su enemigo es la concep-

ción que el blanco tiene de la vida; su poca fe en los demás y esa estúpida superioridad que cree tener frente a las razas de color.

Además de que el método es incorrecto es, asimismo, mal aplicado. La totalidad de los movimientos políticos inspirados en Occidente han creado líderes que nada tienen de científicos; son expertos en la oratoria pero ignoran que un verdadero revolucionario debe ser un experto en bio-química para que pueda aplicarla entre los grupos étnicos; y debe dominar la filosofía cosmogónica para, al aferrarse a las leyes humanas, aplicarlas al proceso social y económico de los pueblos.

El hombre jamás deja de ser un sujeto de historia química. Su alcalinidad y la salinidad tienen mucho que ver con su conducta en medios que le son antagónicos; y son las etnias las que, en última instancia, forman la conciencia para un mejor desempeño ante las agresiones externas. Las razas no contaminadas hacen historia mejor que el mestizaje, más allá de toda sospecha racista. En Indoamérica, por ejemplo, es el indio el personaje que garantiza la dignidad de una revolución transformadora, en el menor tiempo posible y con el mínimo de sacrificios humanos. Su raza es autóctona y conlleva las mismas condiciones químicas de su suelo y de su ambiente.

El subjetivismo de las relaciones económicas de Occidente, nada tiene que ver con las relaciones concretas de las leyes naturales de América Latina. Pueden hasta parecerse pero, a la postre, son distintas; hay una unidad diferenciadora de más uno, o menos uno.

El mundo subjetivo del indio está conformado de realidades concretas, en donde todo confluye hacia la madre tierra, la Pachamama, y todo parte de ella. Las toponimias signan su conciencia histórica. Mover a la masa india, hacer que se levante y eche a andar, es mover sus resortes claves, sus profundas connotaciones, etc.

En tanto que para el occidental la revolución tiene sólo un motor: la lucha de clases, para el indio, en cambio, el motor de la vida es su entendimiento con la tierra, pues actúa como ella. El indio sigue trabajando con amor la parcela aun cuando el dueño sea un blanco. El bandido blanco se irá, mientras que la tierra seguirá siendo suya y brindando sus productos a todos, incluso hasta a sus enemigos.

En la actualidad en el Perú, Bolivia y Ecuador el indio es la mayoría nacional. Allí, evidentemente, la revolución india está a la orden del día; lo está desde hace 460 años. Sólo que a la revolución hay que indianizarla, ponerle poncho y ojotas. Las condiciones objetivas y subjetivas están dadas; sólo es cuestión de enlazar a todos esos bolsones socialistas que son los ayllus, darles un comando —consejos— que al compenetrarse de su propio pasado, ponga en marcha la revolución del retorno. Millones de indios se movilizarán entonces sí, con paciente trabajo ideológico, se le despierta a su pasado, formándoles y liberándoles su conciencia histórica, aletargada por 460 años de vasallaje, prepotencia y transculturización. La radio puede ser una de las vías más importantes para su reeducación teórica, a más de los activistas que les hablen y organicen bajo sus mismas normas comuneras. La Nación India aguarda que eso suceda a través del mito Inkarrí.

Naturalmente que la labor organizativa se verá facilitada por la presencia de las comunidades en el campo, no así en las ciudades que es donde Occidente logró imponer su estilo social y económico de vida. Pero, si el modelo está dado en el ayllu, como la mejor organización humana, lo aconsejable es llevarlo a la ciudad y organizarla en base a los ayllus.

Cusco y Chan-Chán, por ejemplo, fueron ciudades preamericanas organizadas en ayllus —los de arriba y los de abajo geográficamente—, como los dos lados del movimiento. Empero, como sus labores eran eminentemente agrícolas sus respectivas poblaciones salían de la ciudad al laboreo, a la minka o al ayni que son trabajos en común. **Janan** y **Urin.**

En tiempos del Tawantinsuyo la organización social se hizo sobre la base decimal. Así diez familias representaban una **chunka**; la **Pachak**, cien familias; y mil, la **waranka**; y así sucesivamente. De este modo los representantes de cada grupo decimal se les denominaba como chunkacamayoc; pachacamayoc; warankacamayoc, etc.

Los consejos de gobierno eran también ayllus de gobierno; es decir, estaban inmersos en su dinámica de renovación y cambio.

Prácticamente el Tawantinsuyo fue la Nación de los paterfamilias, organizadas decimalmente para los efectos del con-

trol y la planificación. Recuérdese, el sacerdocio estaba a cargo de los mismos padres de familia; sacerdocio que cuidaba de las tradiciones, el culto a sus muertos, etc., pero que en nada se parecían a los sacerdotes católicos.

Organizar a las grandes ciudades para que sigan el ritmo creador y vital de los seres humanos, es organizar a las familias decimalmente para un mejor control, disciplina y cumplimiento de los trabajos comunales. El gobierno local o municipal tendrá que hacerse en base a la organización de los pater-familias comuneros.

Debe primar siempre el espíritu agropecuario. En cada hogar debe existir un huerto familiar básico y una textilería familiar proyectada hacia lo comunal. Hombres, mujeres y niños deben cumplir con esas tareas elementales a fin de ir condicionando su espíritu al retorno total de las leyes naturales. ¡El pan y la ropa naciendo del hogar!

Y mientras no se encuentren los recursos necesarios para impedir la contaminación ambiental; es decir. para impedir que los hidrocarburos contaminen la flora, la fauna y la propia vida humana, se les debe desterrar, anular o destruir. Estando en juego la existencia humana, a nombre de la vida está permitido todo.

No se trata de una guerra contra el mecanismo, simplemente por destruir las máquinas útiles a la especie humana, sino de impedir que las máquinas acaben destruyendo a la humanidad. Si se trata de utilizar a la energía para el aumento de la producción, en la medida de que cada año es mayor la explosión demográfica, nada mejor que recordar que tenemos al Sol como fuente insuperable, al alcance de todos, etc. Debemos volver al empleo total de la energía solar y el uso de los vientos.

Reestructurar nuestros conocimientos sobre el Sol, sus desplazamientos en el Cosmos, etc., al mismo tiempo que cotejamos esos conocimientos con el de nuestros abuelos nativos en sus extraordinarios calendarios. Asímismo, debemos investigar, más a fondo. todo lo referente a la ingeniería hidráulica, sus canales de regadío, las tierras que habilitaron, etc. y la readaptación de la andenería incaica para ganarle más hectáreas a nuestro territorio y satisfacer así las necesidades de

En la actualidad en el Perú, Bolivia y Ecuador el indio es la mayoría nacional. Allí, evidentemente, la revolución india está a la orden del día; lo está desde hace 460 años. Sólo que a la revolución hay que indianizarla, ponerle poncho y ojotas. Las condiciones objetivas y subjetivas están dadas; sólo es cuestión de enlazar a todos esos bolsones socialistas que son los ayllus, darles un comando —consejos— que al compenetrarse de su propio pasado, ponga en marcha la revolución del retorno. Millones de indios se movilizarán entonces sí, con paciente trabajo ideológico, se le despierta a su pasado, formándoles y liberándoles su conciencia histórica, aletargada por 460 años de vasallaje, prepotencia y transculturización. La radio puede ser una de las vías más importantes para su reeducación teórica, a más de los activistas que les hablen y organicen bajo sus mismas normas comuneras. La Nación India aguarda que eso suceda a través del mito Inkarrí.

Naturalmente que la labor organizativa se verá facilitada por la presencia de las comunidades en el campo, no así en las ciudades que es donde Occidente logró imponer su estilo social y económico de vida. Pero, si el modelo está dado en el ayllu, como la mejor organización humana, lo aconsejable es llevarlo a la ciudad y organizarla en base a los ayllus.

Cusco y Chan-Chán, por ejemplo. fueron ciudades preamericanas organizadas en ayllus —los de arriba y los de abajo geográficamente—, como los dos lados del movimiento. Empero, como sus labores eran eminentemente agrícolas sus respectivas poblaciones salían de la ciudad al laboreo, a la minka o al ayni que son trabajos en común. **Janan** y **Urin.**

En tiempos del Tawantinsuyo la organización social se hizo sobre la base decimal. Así diez familias representaban una **chunka**; la **Pachak**, cien familias; y mil, la **waranka**; y así sucesivamente. De este modo los representantes de cada grupo decimal se les denominaba como chunkacamayoc; pachacamayoc; warankacamayoc, etc.

Los consejos de gobierno eran también ayllus de gobierno; es decir, estaban inmersos en su dinámica de renovación y cambio.

Prácticamente el Tawantinsuyo fue la Nación de los paterfamilias, organizadas decimalmente para los efectos del con-

trol y la planificación. Recuérdese, el sacerdocio estaba a cargo de los mismos padres de familia; sacerdocio que cuidaba de las tradiciones, el culto a sus muertos, etc., pero que en nada se parecían a los sacerdotes católicos.

Organizar a las grandes ciudades para que sigan el ritmo creador y vital de los seres humanos, es organizar a las familias decimalmente para un mejor control, disciplina y cumplimiento de los trabajos comunales. El gobierno local o municipal tendrá que hacerse en base a la organización de los pater-familias comuneros.

Debe primar siempre el espíritu agropecuario. En cada hogar debe existir un huerto familiar básico y una textilería familiar proyectada hacia lo comunal. Hombres, mujeres y niños deben cumplir con esas tareas elementales a fin de ir condicionando su espíritu al retorno total de las leyes naturales. ¡El pan y la ropa naciendo del hogar!

Y mientras no se encuentren los recursos necesarios para impedir la contaminación ambiental; es decir. para impedir que los hidrocarburos contaminen la flora, la fauna y la propia vida humana, se les debe desterrar, anular o destruir. Estando en juego la existencia humana, a nombre de la vida está permitido todo.

No se trata de una guerra contra el mecanismo, simplemente por destruir las máquinas útiles a la especie humana, sino de impedir que las máquinas acaben destruyendo a la humanidad. Si se trata de utilizar a la energía para el aumento de la producción, en la medida de que cada año es mayor la explosión demográfica, nada mejor que recordar que tenemos al Sol como fuente insuperable, al alcance de todos, etc. Debemos volver al empleo total de la energía solar y el uso de los vientos.

Reestructurar nuestros conocimientos sobre el Sol, sus desplazamientos en el Cosmos, etc., al mismo tiempo que cotejamos esos conocimientos con el de nuestros abuelos nativos en sus extraordinarios calendarios. Asímismo, debemos investigar, más a fondo. todo lo referente a la ingeniería hidráulica, sus canales de regadío, las tierras que habilitaron, etc. y la readaptación de la andenería incaica para ganarle más hectáreas a nuestro territorio y satisfacer así las necesidades de

nuestro pueblo. Por otra parte, tenemos que cambiar la dieta impuesta por España y volver a la masiva siembra del maíz, de la papa, de la quinua, etc., y obtener proteínas animales de los cuyes y peces, etc.

El cambio de dirección es, pues, de ciento ochenta grados. Es volver a nuestras fuentes primigenias que siguen intactas, pues nuestras tierras permanecen ricas en sustancias minerales, etc. El clima andino es el mejor regalo natural!

SEXTA PARTE

El alma sencilla y tierna del indio es otra de las irrefutables pruebas de su grandeza comunitaria y socialista. La formación de esa espiritualidad indica el trabajo paciente de una experiencia teórica y práctica de muchos años, como una sedimentación de los siglos. No se forma inesperadamente, ni es el resultado de un soplo divino; es, por cierto, una acumulación libre y bella, consciente y razonada.

Por ejemplo, el indio de ayer y de hoy emplean el diminutivo para referirse a personas y cosas, tanto para demostrar su cariño como para no herir a las personas o cosas. Y lo hace con tanta delicadeza que uno sabe que se está frente a gentes fuera de serie, gentes de otra dimensión humana. Nada hay de afectación en el tono de la voz; ni sus gestos o ademanes son rebuscados o adulatorios. Actúan con la mayor naturalidad porque su conducta espiritual fue tallada en la experiencia comunera de los siglos.

Su prestancia y dignidad, de otro lado, tienen un algo de sublime resignación ante los dioses tutelares y mucho de complacencia anímica. Entre el indio y el comportamiento de la Naturaleza y el Cosmos, no hay diferencias; hay una extraordinaria identidad que no necesita de palabras para manifestarse. Se dá nomás. Tiene el lenguaje del agua, del aire, de la tierra fresca. Por eso es que el indio es un surco en dos pies caminando y prodigándose.

No se está idealizando al indio de ayer, encarnado en el de hoy, porque existen, están aquí, son una realidad para comprobarse. Sólo hay que vivir en una comunidad india; palpar de cerca su comportamiento ejemplar.

Cuando canta en las faenas agrícolas, siguiendo un ritmo que se identifica con los movimientos de su corazón; igualmente cuando danza, repite el ritmo del diástole y el sístole para no cansarse, ni violentar el ritmo biológico, etc.

Cuando bebe licor brinda primero con la Pachamama al rociarle parte de su bebida, con todo respeto, venerándola.

Cuando se levanta al amanecer lo primero que hace es saludar con una venia imperceptible al padre Sol.

El amor y el trabajo tienen su tiempo. Las horas del día pertenecen al trabajo y las sombras de la noche para el amor y la procreación. Ninguna hermana india hace el amor frente al Sol, y si es forzada a hacerlo, se cubre el rostro con su falda, avergonzada de su falta.

Los niños indios que eran llevados a cuestas por sus madres, en las faenas, nunca lloraban; se mantenían calladitos; formaban parte del silencio de sus padres en el campo.

Las manos de la india jamás cesan de trabajar, ya hilando, ya en el barbecho. ya cocinando, ya en el cuidado de sus hijos y sus hombres. Al respecto Fausto Reynaga dice:

"La mujer india de hoy es una herida abierta que parte

el alma. Haría sollozar a un dios impasible... La mujer india desde que nace hasta que muere trabaja y sufre".

Y agrega patéticamente: "Desde su lactancia vive expuesta al Sol, frío, viento y lluvia. Sobre la tierra magra o sobre sus espaldas, la niña india llora de hambre y de dolor; y nadie le hace caso; si muere, muere pues, y en buena hora para ella. Apenas aprende a caminar ya es una pastora, guardiana responsable del rebaño. A los cinco años es una hábil hilandera, tejedora y cocinera. Entra a la adolescencia, ya es una mujer, una mujer que sabe trabajar la tierra, que sabe sembrar y cuidar la sementera, cosechar y vender los productos. Comprar todo lo que requiere una familia india. El amor para ella tiene la fugacidad de la luz de una luciérnaga o simplemente no existe; cuando niña aun ha sido desflorada por el kára sacristán o el cura de aldea. La virginidad no tiene valor, porque la perdió antes de tener conciencia de ella. Si se empreña pare igual que la oveja; pare en el cerro junto a su rebaño; sola, absolutamente sola, sin médico ni enfermera... puérpera, recoge el fruto de su vientre; se carga y retorna con sus ovejas o sus utensilios de trabajo. Llega a su casa y directamente al fogón o encender el fuego y a cocinar la comida

para sus padres o su hombre. Soporta en silencio los dolores, no se queja... Ella procrea y trabaja, trabaja y procrea. Esa es la mujer india".

Sí, esa es la mujer india de ahora, porque en tiempos del Tawantinsuyo era la mitad de todo; su presencia valía; intervenía en todo, en el kamachicc o asamblea comunal. Nada podía hacerse sin ella y su libre consentimiento.

Su drama, su horrible pesadilla, llegó con el hombre blanco, con el cura español. Desde entonces, o es carne para el capataz o himen que rasga con sus manos el hijo del patrón¡

¿Cómo no iban a ser consideradas y tenidas a honor si gracias a ellas la vida proseguía en la sublimidad de la procreación? Recuérdese que para la Nación la familia era tenida muy en alto si era numerosa. Recuérdese, también, que tanto los aztecas y mayas, como los quechuas y los aymaras, planificaron los nacimientos. Se llevaba el control de la vida cíclica de la mujer y se le aconsejaba hacer el amor cuando hubiera Luna llena para obtener varoncitos y en Cuarto Creciente para mujercitas. Esto tenía que saberse simplemente porque de año en año se habilitaban nuevas tierras por lo mismo de la explosión demográfica.

Si a cada hombrecito correspondía un topo de tierra y a cada mujercita, medio topo, con una población de más de quince millones de habitantes, la estimativa era más o menos de trescientos a trescientos cincuenta mil nuevos niños por año. La sociedad comunera india lo planificaba todo.

Con Occidente vino la anarquía, la locura en todo y por todo. Vino el dolor para las mujeres y la muerte lenta para los hombres. Empezaron a nacer los hijos espúreos y los niños a la mala, sin ninguna garantía para su existencia. Incluso, llegó el día en que la madre india, siendo uno de los seres más tiernos para sus hijos, tuvo que regalarlos a otros para que no se murieran de pena y hambre, de hambre y pena.

Desde que España impuso a sangre y fuego sus costumbres, el indio aprendió a emborracharse sin motivo alguno y patear a su compañera sin razón alguna. Antes, en tiempos del Tawantinsuyo, el ayllu era un equilibrio amoroso para fortalecer a la familia, con el total acuerdo de hombres y mu-

jeres. Las desavenencias son producto del desequilibrio económico, la competencia y la propiedad privada; y éstas vinieron con España.

De otra parte, la existencia de las Capullanas —el gobierno de las mujeres en el Consejo— expresa muy bien que las luchas por la liberación femenina son obra de Occidente y del machismo moro-español. etc.

La tristeza actual del indio americano no es una tristeza ancestral. Es cierto que el hambre, las enfermedades y la explotación son factores que hacen del ser humano un ser triste, calladamente triste; pero su tristeza es más profunda. Al perder su vida comunitaria sintió la mayor desolación inimaginable; supo que el mundo se le venía boca-abajo. Su tristeza es pues profunda y vital.

Por eso canta en lamentos, en quejidos, en gritos. Es que ya no tiene tierras para gozar, para alegrarse y cantar libremente, para que produzca mejor. Su novia Pachamama está prisionera; son otros los que la ultrajan y explotan.

Mas el indio de hoy, reducido y enjuto por el hambre, fue en tiempos del Tawantinsuyo un ser que pasaba del metro ochenta y era fuerte y hermoso. Dicen los cronistas que en la batalla del Cusco vieron indios tan fuertes que con las espadas arrebatadas a los españoles decapitaron a los caballos al galope. Eran indios que seguían a Manco Inca.

"Y que también vieron a indios que eran blancos y rubios, de ojos azules; que también eran negros pero de pelo lacio y muy recios".

La belleza es obra del paisaje. El ser humano es una síntesis de su medio y de su geografía. Por eso es que el indio tenía en su rostro una belleza funcional. Su nariz aguileña, sus pómulos salidos, les sirven como vehículos para una mejor filtración del aire en las alturas. La llamada "belleza helénica" se agotaría en los Andes¡

El científico Emilio Romero indica que los "indios pertenecen a otro tipo de hombres", que no son como los hombres que conocemos. Su corazón y sus pulmones son más grandes y filtran mejor la sangre y su oxígeno que son, como se sabe,

la vida misma. Expresa admirado que el hombre andino bien podría ser el mejor astronauta.

El historiador mexicano, general Rubén García en un documentado libro recabó la exquisita dieta preamericana, indicando que eran más de 400 potajes hechos de aves y especerías indias; al mismo tiempo que cita otros platos en donde se balanceaba las proteínas, las grasas y los carbohidratos necesarios para la vida. Significando todo ello un refinado conocimiento del arte culinario al servicio de la colectividad. La dieta era pareja para todos, sin distinción alguna y acorde con su realidad ecológica.

Piénsese solamente esto: el indio inventó el maíz e hizo proliferar a la papa hasta hacerla alimento básico para todos. La papa. después de la conquista fue llevada a Europa, salvó del hambre a Alemania y después sirvió de base para el licor de los rusos. Pero el maíz, transformado en alimento o en bebida embriagante, impide que los seres humanos sufran de cirrosis, arteroesclerosis, cáncer o diabetes. Es una panecea creada por las manos preamericanas.

Los genetistas indios, que no tienen parangón en la antigüedad y hasta en el presente, trabajaron sobre la flora y la fauna siguiendo el lógico juego dialéctico de la Naturaleza, y, por eso, crearon las nuevas especies que sirvieran de enlace mejor entre el Sol, la Luna y la vida humana. Esto está respaldado porque España se llevó la producción agrícola de pre-América; hoy el mundo se alimenta con el 60 % de los productos originarios de Indoamérica.

El oro y la plata robados, apuntalaron a España y a Europa e impidieron que el mal llamado Viejo Continente, muriera de hambre. Es decir, todo lo de Pre-américa sirvió de ejemplo y redención vital para Europa. Del gran árbol caído toda Europa sacó "su" leña;

En las cartas que escribieran Colón, y luego Américo Vespucio, se dice literalmente que al pisar tierras preamericanas encontraron "gente limpia, buena y alegre", que al tomar contacto con ellos lo hicieron como si fueran sus viejos conocidos. Que les sorprendió la inocencia de su trato y el afecto de ese infantil recibimiento.

Pero el "ponderado e inmortal" Colón, a los tres años había desolado las tierras que "descubriera" y vendido como esclavos a esa misma gente inocente que le abriera sus brazos¡

Colón fue, pues, el primer canalla que posibilitara el camino para la posterior masacre del primer pueblo, entre los pueblos, que encontrara la clave para la solución de los dramas del hombre.

Históricamente no puede desligarse a Colón de los ignorantes y miserables Cortés y Pizarro. Son gente de una misma maffia que desviara y retardara la reconciliación de la especie humana con su destino natural y su trascendencia cósmica.

¿Por qué si al encontrar gente "buena e inocente", después la vendieron como esclava o mataron como a perros? Los indios, por mandato telúrico y su conciencia cósmica, siempre fueron así y nadie los iba a cambiar si seguían sin intrusos, sin la intervención de extranjeros. Si cambiaron fue por culpa foránea.

Su inocencia provenía de la conducta de su ser en la propiedad colectiva; en cambio el engaño y la traición son categorías de la propiedad privada. Ingenuo sería pensar que cambiarían los europeos sólo y al conjuro de la limpieza y honestidad de unos limpios y buenos salvajes¡

Por otra parte, el padre De las Casas indicó que "si el idioma de su Dios se conociese ese sería, acaso, el idioma maya-quiché y el quechua-aymara", por la dulzura de su expresión y la significación igualitaria de su trascendencia. El maya-quiché y el quechua-aymara fueron para el padre de las Casas la lengua del Señor¡

Pues bien, ese pueblo fuera de serie, probó la certeza de su pensamiento cósmico y científico, cuando en el génesis de su leyenda dijera que: "venía de las aguas del Titicaca", es decir del mar. Y no venía sólo el hombre sino con su pareja: Manco Capac y Mama-Ocllo, como una integración polarizada presta a iniciar la gran aventura de la vida como especie humana.

En otra parte del mundo, el subjetivismo occidental hizo que del hombre "surgiera" la mujer, como deficitaria costilla

flotante. Con ello la compañera del hombre venía a ser, una especie del hermafroditismo anhelado por quienes, en el desierto, quieren resolver su propia soledad y su trascendencia.

El indio no alteró las leyes naturales y cósmicas. El vino, pero llegó acompañado, de igual a igual, con su pareja, para integrarse en esa dulce polarización que es el amor. Y no mintió. Por eso construyó, desde la bases, una sociedad justa porque no había el imperio del hombre sobre la mujer, ni el estúpido machismo que es el origen de las propiedades privadas.

Fue el pueblo indio el único y el primero en recoger al arco iris, como el símbolo superior de su patria el Cosmos. Tengamos presente que el arco-iris es un resultado del amor del cielo, la lluvia y la tierra, que se unen al amparo de la luz solar. Es, además, la energía en sus estados materiales; representa al mineral en sus distintas vibraciones, facetas y estados de evolución.

Todas las otras actividades concurrían a la formación de su sólida espiritualidad humana. Pues si bien era cierto que los niños fueron los más protegidos por la comunidad —se aseguraba la vida—, el mismo tributo de amor lo recibía la ancianidad, para cerrar el paréntesis vital.

Desde que nacía el niño tenía asegurada su existencia al recibir su topo de tierra —casi media hectárea— que los demás habilitaban para incrementar la economía del pequeño. Después al cumplir los cuatro años la comunidad se reunía para realizar la fiesta del 'corte de pelo''. Al iniciar este festejo, de gran significación para el niño, se nombraba a sus padrinos entre los de mayor prestigio moral, los mismos que entregaban especies, animales o cosas para constituir la economía básica del menor; seguidamente todos participaban en el corte de pelo, de tal modo que también aportaban para incrementar aun más el patrimonio del pequeño. Esta acción de seguridad social, única, servía para que lo reunido fuere administrado por la comunidad entera. A la mayoría de edad se le entregaba ese capital para que le sirviera de patrimonio para su nuevo hogar.

Ya viejo, además de recibir el cariño y la protección de toda la comunidad que trabaja para él, estaba a disposición de su Nación; pues, como jubilado era un candidato para re-

presentar a su comunidad ante el Gobierno. Ya elegido, estando sin intervención directa en la producción, su poder político sólo era moral, acorde al Estado Etico que representaba.

Debemos relievar que el concepto de autoridad era totalmente diferente a como en la actualidad la entendemos, pues era un "autorizado", la máxima autoridad residía y estaba encargada en el Kamachico —la asamblea comunal—, y también por el Consejo. Por otra parte, no era un derecho el ser autoridad, **sino un deber que a todos por igual correspondía.** Desde niño se le educaba para el gobierno que no era otra cosa que el cuidado de su vida en la vida comunitaria.

Hay que sopesar este estilo de administrar y gobernar, en donde desaparece la individualidad en aras de lo colectivo para el beneficio común. El individuo era una célula del organismo social que era el ayllu; no concebía el aislamiento, era él todo el grupo. Desde niño se le enseñaba a estar integrado en comunidad.

También es necesario destacar el valor social que tenía la familia como grupo productor; esto les impulsaba a buscar más hermanos, más familiares, de modo que por esta razón se multiplicaron los compadrazgos, porque el compadre era más que un hermano, era estima de orgullo y de prestigio moral. El grupo estudioso que dirige Matos Mar ha detectado, en la actualidad, más de cincuenta tipos de compadrazgo, lo que dice del crecimiento de la familia por afinidad espiritual. Total, la familia aumentaba espiritualmente y eso acrecentaba la producción a favor del conjunto.

El trabajo en común les ahorraba tiempo para dedicarlo a las artes y a la creación. Liberado el ser tenía ocasión para multiplicar su imaginación que la volcaba en la artesanía y en la orfebrería. Los trabajos de textilería no tienen comparación por la delicadeza del hilado y la sugerencia de sus líneas y colores. Son verdaderas obras de arte, por ejemplo, los Mantos de Paracas. De otra parte los trabajos del oro laminado no tienen parangón en el mundo; en Chan-Chán, por ejemplo, los artistas lograron laminar el oro y hacerlo alas de mariposa que flotaban como plumas en el aire. Larco Herrera en su Museo logró reunir una extraordinaria colección de trabajos en oro, que son la muestra más exquisita y depurada de la orfebrería india.

Todo lo descrito hasta aquí expresa que había un trabajo sistemático de la comunidad para enriquecer y sedimentar la espiritualidad creadora del indio. De esta suerte su alimentación, su recreación y su vestimenta conformaban el cuadro ad-hoc para facilitar a esa espiritualidad cósmica.

Si tenemos en cuenta que la Nación del Tawantinsuyo estimuló el canto, la danza y la música, a tal punto que puede afirmarse que fue una gran nación de creadores —lo afirma Josafat Roel—, la espiritualidad se sublimó y se elevó a mística. Las plumas en la **mascaypacha** simbolizaban el vuelo creador del amauta o dirigente en el Inkario.

Por la música y la danza el trabajo terminó por ser alegría, algo congénito a imagen y semejanza del trabajo creador de la Naturaleza y el Cosmos. Esto explica que hubiesen danzas y canciones para la cosecha del maíz y de la papa, para la limpieza y construcción de los canales de regadío o de los andenes, y de tantos otros actos ceremoniales. La música y el canto presidían siempre todas las manifestaciones del indio. Ningún otro pueblo en la antigüedad desarrolló esta actividad creadora y recreadora de la espiritualidad. La participación del niño en estas actividades indica que lo preparaban para elevarlo y hacerlo copartícipe de la creación general, colectiva, comunera, cósmica.

Se necesitaba un paisaje que propiciara esa disposición creadora. El indio creó su propio paisaje enhebrándolo al paisaje natural. Por ejemplo, Machupicchu es una dulce combinación de dos paisajes, el del hombre y el de la Naturaleza pero integrados; se hacen uno solo en la piedra que es su denominador común. Lo mismo acontece con Pachacámac en donde el barro cobró la espiritualidad de la multitudinaria colectividad que lo construyó.

Dentro de todo ese marco, la vestimenta del indio fue eminentemente funcional, como fueran funcionales las habitaciones que ocupara. La comunidad necesitaba que nada detuviera o desquiciara el normal desarrollo vital del ser humano. De este modo la ropa contribuyó a que nada obstruyera o presionara la circulación sanguínea a fin de que el flujo fuera completo y libre en el organismo. En tanto que las habitaciones, con su abertura cuadrangular en el techo, daban paso al aire y aseguraban una buena ventilación sin causar alteraciones.

El arquitecto Carlos Milla Villena indica que la "base cultural andina, no llevó sus creencias a un plano meramente místico, sino que las enriqueció y le dió solidez matemática, utilizando avanzados conceptos geométricos y astronómicos, en torno a los cuales construyeron sus monumentos arquitectónicos". Es decir, siguiendo una planificación cósmica en base a la Cruz del Sur, en unas veces, y a Las Pléyades en otras.

La rica espiritualidad del preamericano es por demás evidente, en su base materialista y dialéctica. Esto queda demostrado a través de lo expresado anteriormente, sí; pero esa espiritualidad se concretó en la solidaridad comunitaria, en un sagrado respeto a la Pachamama, a sus Huacas, sus Huamanis, y, por cierto a su hermano el hombre. Su misma postulación cósmica le abrió nuevas perspectivas materiales para realizarse y cumplir con su misión de hombre al servicio de su especie. Lo cósmico, entonces, le llevó de la mano para actuar inquebrantablemente en función de su ayllu o comunidad; el sentimiento religioso lo nutrió de motivaciones siempre humanas.

En definitiva, el pueblo preamericano fue un pueblo de artistas. de matemáticos y de hombres buenos, que no concibieron jamás la propiedad privada, ni se dejaron podrir por la avaricia o el miedo. Su misma espiritualidad colectivista los llenó de mundo y de amor.

SETIMA PARTE

El Sol fija al ser humano en la tierra y la Luna lo trasciende y perpetúa. De esta suerte el ser humano es una aproximación cósmica que jamás cesa de evolucionar. Testigos de esa evolución es la manera de expanderse cuando ama, cuando confraterniza, cuando crea y se multiplica.

La tierra, por su parte, ofrece las condiciones óptimas para que el Sol se entremezcle con ella, en un suave y dulce abrazo cósmico. La Luna sirve de lazo, de unión para que la vida, surgida de esa entrega se proyecte y expanda. La Luna es femenina y por eso regula a las hembras; mestrúa con ellas. La savia se trepa por los árboles polarizada hacia la Luna. Y el amor, en todas las especies, empieza en los atardeceres o cuando al final, bordeando el alba, la Luna se oculta.

El arco-iris sella el encuentro y lo embellece sobre la redonda pizarra del cielo. Es el supremo símbolo del amor cósmico, que luego se disuelve o disfumina entre las nubes oscuras y los rocíos temblorosos. Por siglos y siglos el Universo escribe y hace su historia entre el tiempo y el espacio, siendo uno en ambos y siendo múltiple en la unidad a la que retorna para impulsarse, siempre, siempre.

Mas, la Tierra siendo una, es distinta en cada continente y variable entre sus mares. Las estaciones van rotando y la energía solar se adecúa para la entrega; sólo en invierno se retira a sus cuarteles de reposo. En esta forma la vida humana, en sus nueve meses de gestación normal, excluye al invierno solar. La tierra descansa y las hembras también; se acogen en su interior para luego expanderse con la vida. Entonces se ve que hay una íntima relación en el trabajo de las reparticiones. El ser humano es tres cuartas partes de agua y la restante de energía solar; y el ser humano es la expresión de tres estaciones hábiles y una invernal de calma.

Cuando las hordas de España subieron a los Andes, dejando en los caminos un reguero de sangre inocente, la vida telúrica se vengó de ellas. Durante los primeros treinta años

ningún español pudo fecundar a su india cautiva. Es que España vitalmente funcionaba bajo un Sol condicionado a otras latitudes, de suerte que los genes se polarizaban indistintamente. Los Andes impusieron su altura y el dispendio liberador de su atmósfera dió otro reloj biológico a la procreación extranjera.

A cambio de ello las hordas españolas trajeron y difundieron los piojos y la peste, el tifus y la gonorrea. La gripe diezmó avariciosa a miles y miles de niños indios. A la ociosidad le siguió la tuberculosis. A la mentira el crimen. Y a la propiedad privada, la tristeza de una raza cuya alegría fue y es lo comunitario.

Por cierto que, con los brutos de España, llegaron también los negros que recogían las migajas del botín desenfrenado. Cuando el soldado blanco se cansaba de matar, el negro completaba la obra destructora para tener derecho a una doble ración, y una que otra india desgarrada o vieja. Ese negro no tuvo piedad para su hermano indio. Y la tierra americana le cobró con creces la usurpación: lo convirtió en hipertenso; hasta hoy los negros estallan en las alturas.

El blanco que llegó —español, inglés, francés, alemán. portugués—, y el negro que vino en su calidad de sirviente, y después el chino para el trabajo campesino, y finalmente el japonés comerciante o peluquero, acabaron por ser otra cosa: medios blancos, negros americanos y chinos acholados. Y es que el continente americano se les fue metiendo hasta el fondo del alma, porque el lazo directo con su tierra de origen se fue rompiendo hasta desaparacer. Sólo quedó una invisible atadura que, por subjetiva, les mantuvo añorando a sus ancestros.

Si biológicamente el hombre a los cuarenta años ya casi nada tiene que ver con sus padres bajo su mismo cielo y al amparo de su misma tierra, qué no habrá de pasar en otros cielos y en otras tierras. Con esto queremos decir que después de cien años de vivir en un continente dado, el ser se hace a imagen y semejanza, con los mismos derechos, deberes y virtudes que el nativo, siempre y cuando deje de guiarse subjetivamente por lo que él considera sus viejos ancestros. Al respecto, tenemos que decir que lo ancestral, es una torpe alcahuetería que esgrimen los racistas. El ancestro es lo pri-

mero que se nacionaliza, porque el cambio empieza en las entrañas, en la sangre y en la carne.

¿Entonces, qué ocurre? Pues que sale la trampa, lo no científico, el subjetivismo. Como Occidente, sigue en el poder, sus entelequias siguen operando en la conciencia de los seres humanos. Los pueblos subdesarrollados son las primeras víctimas de la gran estafa "cultural y civilizadora" de Occidente, pues como le han privado de sus viejas tradiciones, usos y costumbres, adopta y copia las foráneas. Y lo hace con la mayor candorosidad, pese a que al "imitar" a Europa o a Norteamérica, ni come, ni bebe, ni vive en ellas; sólo actúa como un simio a quien le enseñaron "guiarse" por la voluntad majadera del amo¡

El aire, el agua, los vegetales, frutos y animales o aves, tallan el cuerpo y la sangre de los habitantes, de tal o cual continente. Es la tierra, a través de sus elementos, la que cobra vida en los seres humanos; lo extranjero sólo funciona en la mente, como una ilusión falsa y subalterna.

Se desprende, entonces, que si el pensamiento humano no es más que una expresión bioquímica, producto de las reacciones y polarizaciones de su medio ecológico, en América Latina todos sus habitantes, que residen más de cien años consecutivos, son indios. Si algunos persisten en negar que sean indios, lo hacen sólo de pura fatuidad e ignorancia.

Evidentemente que hay un denominador común —lo cósmico— que hace al ser humano igual a su hermano de otras tierras, sea blanco, negro, amarillo o cobrizo; pero, eso es otra cosa. Lo terrible ocurre cuando alguna de esas razas reclama primasía cuando tiene las armas en la mano, o controla la producción de los demás; entonces usurpa y miente, discrimina y explota; pues la verdad es que la igualdad cósmica se hace distinta y particulariza en el medio o especie que ocupa; distingos y particularidad que, incluso, se acrecienta en la variedad del medio o especie que ocupa. Saber distinguir las particularidades diferenciadoras, es saber guiarse por las leyes naturales que son materialistas y dialécticas. Y todas las leyes naturales, por ser cósmicas, cumplen con el juego dialéctico de crear y procrear.

Las máquinas de la revolución 'industrial", son creaciones del hombre, pero no de la naturaleza. Las invenciones del

hombre son aproximaciones de lo natural; cumplen con un polo del juego dialéctico: son una creación, pero esa creación no procea, siendo incompleta pues. Pero ocurre que los occidentalistas confunden, interesadamente, ese juego dialéctico para incrementar sus negocios y amolar a la especie humana. Al quedarse con la tajada del león, el Dios de su religión viene en su apoyo y se atraganta como éllos.

Los objetos creados por el hombre carecen del proceso de cambio, porque no copulan, no hacen devenir. No tienen ejercicio evolutivo. Están en sí, pero no trascienden biológicamente. Sin embargo, para el occidental los objetos "definen" el curso de la historia, porque económicamente, por obra de la oferta y la demanda, aumentan constantemente de precios. Los objetos y las mercancías, hechos una sola "verdad", devienen en fetiches prestos a la divinidad. Como "medida definitiva" prevalece el trabajo invertido por el hombre —energía hora—, mientras que la fuerza invertida por la Naturaleza y el Cosmos, casi siempre está por debajo. Un cenicero, por ejemplo, tiene un precio en el mercado tres veces más que el valor de una papa de 200 gramos; y es que la soberbia del hombre occidental valora su "esfuerzo manual" o el desgaste de sus máquinas, dos y tres veces más que toda la fuerza energética del Cosmos. Asoma aquí su desprecio por la Naturaleza y la sobrevaloración de su "espiritualidad".

Vémos que la ciudad así impone sus condiciones. Hay mucho de revanchismo en el alma del citadino frente al campo. Viviendo de espaldas a la Naturaleza actúa contra ella. Los desplantes se multiplican en la medida de que las cosas que hace son "siempre superiores" a la de la "inconsciente" Naturaleza;

La etapa feudal inició, en el hombre occidental, su divorcio de la naturaleza. La teoría de la supuesta divinidad del hombre empieza en la ociosidad del señor feudal y de sus socios los sacerdotes cuidadores de sus bienes. Al aferrarse al cielo se alejaron más y más del suelo, con el consiguiente desprecio a todo lo terrestre y mundano. Cuánta razón tienen los fisiócratas al relievar que es la Naturaleza el origen de todas las riquezas.

De este modo, las máquinas fabricadas por el hombre, tomando como modelo a las leyes naturales, como no pueden

trascender se vuelven en contra de la vida, contaminando y matando. Curiosa desgracia: las máquinas son, pues, la prueba palpable de la involución de la sociedad, de su regresismo desafortunado. Así y todo, el hombre no olvida jamás la patria de sus ancestros que es la Pachamama; la imita cuando no la ve: hace flores de plástico o enaniza a las plantas y los árboles. El cemento y el asfalto completan su exilio.

El teléfono, las anchas alfombras, las ventanas simuladas, etc., contribuyen a que el ser humano se aisle más en su torre de marfil, deshumanizándose. Al dirigir a las grandes empresas, y estar al frente de gigantescas fundaciones, su único contacto humano es el invisible hilo de los intercomunicadores de todo color.

La ciudad se devoró al hombre en su torpe selva de cemento, chimeneas, carros veloces, ruídos de locura, vitaminas, conservas enlatadas, los tintes, lo postizo, etc., hasta dejarlo en puro bagazo intelectualizado. Las ciudades occidentales u occidentalizadas están trazadas caprichosamente, casi siempre de espaldas al Sol, al aire y la vida. Su caotismo completa el alejamiento del ser humano de la tierra. Por cierto, ese alejamiento multiplicó su imaginación creadora, le hizo inventar palabras que interpretan su desbocado subjetivismo; así, hasta llegar a nuestros días en donde los "economistas, sociólogos y políticos", parecen ser gentes de otros mundos, formados y abastecidos por otros elementos que no son, que no pueden ser, los terrestres. Y son precisamente esta clase de "conductores", la que rectoriza el pensamiento "científico y político" de las revoluciones y de los grandes cambios sociales.

Hoy por hoy, los inventos del hombre están llegando a la Luna y los demás planetas del Sistema Solar, lo que llena de "orgullo" a la humanidad de este tiempo. Pero ese falso orgullo se levanta sobre millones de cadáveres, de hambrientos, de niños que se mueren como ratas, de madres que se secan sin haber conocido siquiera el goce de la vida. Orgullo falso que solventa al viejo amo, al Señor feudal, al patrón que defiende la "libertad y la democracia". porque cree que "si un cosmonauta gordito y bien comido y educado llega a la Luna", llegó toda la humanidad¡

Por cierto que no hay nada más falso y deshumanizado que esa mentira elevada a "científica" por unos cuantos hampones con título universitario. La trampa empezó cuando un

hombre son aproximaciones de lo natural; cumplen con un polo del juego dialéctico: son una creación, pero esa creación no procea, siendo incompleta pues. Pero ocurre que los occidentalistas confunden, interesadamente, ese juego dialéctico para incrementar sus negocios y amolar a la especie humana. Al quedarse con la tajada del león, el Dios de su religión viene en su apoyo y se atraganta como éllos.

Los objetos creados por el hombre carecen del proceso de cambio, porque no copulan, no hacen devenir. No tienen ejercicio evolutivo. Están en sí, pero no trascienden biológicamente. Sin embargo, para el occidental los objetos "definen" el curso de la historia, porque económicamente, por obra de la oferta y la demanda, aumentan constantemente de precios. Los objetos y las mercancías, hechos una sola "verdad", devienen en fetiches prestos a la divinidad. Como "medida definitiva" prevalece el trabajo invertido por el hombre —energía hora—, mientras que la fuerza invertida por la Naturaleza y el Cosmos, casi siempre está por debajo. Un cenicero, por ejemplo. tiene un precio en el mercado tres veces más que el valor de una papa de 200 gramos; y es que la soberbia del hombre occidental valora su "esfuerzo manual" o el desgaste de sus máquinas, dos y tres veces más que toda la fuerza energética del Cosmos. Asoma aquí su desprecio por la Naturaleza y la sobrevaloración de su "espiritualidad".

Vémos que la ciudad así impone sus condiciones. Hay mucho de revanchismo en el alma del citadino frente al campo. Viviendo de espaldas a la Naturaleza actúa contra ella. Los desplantes se multiplican en la medida de que las cosas que hace son "siempre superiores" a la de la "inconsciente" Naturaleza¡

La etapa feudal inició, en el hombre occidental, su divorcio de la naturaleza. La teoría de la supuesta divinidad del hombre empieza en la ociosidad del señor feudal y de sus socios los sacerdotes cuidadores de sus bienes. Al aferrarse al cielo se alejaron más y más del suelo, con el consiguiente desprecio a todo lo terrestre y mundano. Cuánta razón tienen los fisiócratas al relievar que es la Naturaleza el origen de todas las riquezas.

De este modo, las máquinas fabricadas por el hombre, tomando como modelo a las leyes naturales, como no pueden

trascender se vuelven en contra de la vida, contaminando y matando. Curiosa desgracia: las máquinas son, pues, la prueba palpable de la involusión de la sociedad, de su regresismo desafortunado. Así y todo, el hombre no olvida jamás la patria de sus ancestros que es la Pachamama; la imita cuando no la ve: hace flores de plástico o enaniza a las plantas y los árboles. El cemento y el asfalto completan su exilio.

El teléfono, las anchas alfombras, las ventanas simuladas, etc., contribuyen a que el ser humano se aisle más en su torre de marfil, deshumanizándose. Al dirigir a las grandes empresas, y estar al frente de gigantescas fundaciones, su único contacto humano es el invisible hilo de los intercomunicadores de todo color.

La ciudad se devoró al hombre en su torpe selva de cemento, chimeneas, carros veloces, ruídos de locura, vitaminas, conservas enlatadas, los tintes, lo postizo, etc., hasta dejarlo en puro bagazo intelectualizado. Las ciudades occidentales u occidentalizadas están trazadas caprichosamente, casi siempre de espaldas al Sol, al aire y la vida. Su caotismo completa el alejamiento del ser humano de la tierra. Por cierto, ese alejamiento multiplicó su imaginación creadora, le hizo inventar palabras que interpretan su desbocado subjetivismo; así, hasta llegar a nuestros días en donde los "economistas, sociólogos y políticos", parecen ser gentes de otros mundos, formados y abastecidos por otros elementos que no son, que no pueden ser, los terrestres. Y son precisamente esta clase de "conductores", la que rectoriza el pensamiento "científico y político" de las revoluciones y de los grandes cambios sociales.

Hoy por hoy, los inventos del hombre están llegando a la Luna y los demás planetas del Sistema Solar, lo que llena de "orgullo" a la humanidad de este tiempo. Pero ese falso orgullo se levanta sobre millones de cadáveres, de hambrientos, de niños que se mueren como ratas, de madres que se secan sin haber conocido siquiera el goce de la vida. Orgullo falso que solventa al viejo amo, al Señor feudal, al patrón que defiende la "libertad y la democracia". porque cree que "si un cosmonauta gordito y bien comido y educado llega a la Luna", llegó toda la humanidad¡

Por cierto que no hay nada más falso y deshumanizado que esa mentira elevada a "científica" por unos cuantos hampones con título universitario. La trampa empezó cuando un

hombre hizo esclavo, siervo u obrero, a otro ser igual que él. El ocioso acaba por teorizar, mientras que el esclavo, el siervo, el obrero o el trabajador, acaban por morir embrutecidos de tanta práctica adobada en sangre, sudor y lágrimas.

De ahí que es cierta la afirmación de Alvaro de Faría, el científico brasilero, cuando aseguró que los "subdesarrollados en la era capitalista son los subenajenados de la misma", porque, al menos, no están tan extraviados como los "desarrollados" del sistema elogiado. Los subdesarrollados, aun en medio de su hambre y de la explotación a que se ven sometidos, están más cerca de la tierra y más cerca de la vida. Los indios latinoamericanos, sometidos a la explotación más inícua y alimentándose —si eso es alimentarse¡— con el 30 % de lo que se requiere para vivir, sin embargo llegan a los 35 años porque en su descanso les ampara la tierra buena, el aire limpio y el agua no contaminada. Su mente se acalla pero no por eso su cuerpo deja de ser bueno y fraterno, como una mano tendida, sin amarguras, sin complejos, sin sicósis, sin neurotismo increcendo.

Si no hubiese sucedido el esclavismo, la feudalidad y el capitalismo,la humanidad habría alcanzado el privilegio de haber sido india en la realización de un gran Tawantinsuyo.

Pero Occidente, por su geografía y sus relaciones ecológicas, hizo que el hombre se desviara y se pudriera en su soberbia y su inventiva, hasta llegar al cielo y olvidarse del suelo. El culpable de esa sinrazón: su dios único, su dios privado, su dios subjetivo.

Ese dios unicista les llevó a los santos de yeso y a los iconos de cera. Después ese dios se "hizo" construir altos templos en donde la acústica devora a la conciencia y los púlpitos son un enlace constante con la traición y el endose.

En cambio, el indio se esposó con la tierra y se enmaridó con el Cosmos. Vivió en permanente amor con las estrellas y sus dioses fueron comuneros. En el Popol Vuh, que es el Libro del Consejo, y en las finas hileras de sus kipus multicolores. el indio dejó escritas sus ideas, sus leyendas, sus tradiciones, etc., y en ambas joyas no asoma jamás lo individual: todo es obra —arriba, al centro y abajo— de fuerzas colectivas, de fuerzas en conjunto, fusionándose.

El pensamiento filosófico de los mayas-quiché, y la forma de su gobierno en Consejos, es exactamente igual al de los quechuas-aymaras. La misma teoría de la evolución de las especies se encuentra en ambas culturas; en el Templo de las Columnas Cosmogónicas en Chichén-Itzá y en los Dibujos de las Pampas de Nasca; el mismo trazo siguiendo la línea solticial; la concepción geométrica de sus plataformas y pirámides, etc., evidencian que les vinculaba una misma filosofía y una misma doctrina en lo social, en lo político y en lo económico.

Conviene tener presente que ningún continente goza de todos los climas y se enlaza con los de dos polos como el americano. Este privilegio le permite recabar los rayos solares como una unidad de norte a sur, para quedarse con éllos de este a oeste, en forma proporcional. Los otros continentes se quedan a la mitad. mientras que son los océanos los que disfrutan de la otra parte de la energía solar.

El imperativo geográfico sí que funcionó en preamérica. En su pensamiento religioso las fuerzas cósmicas son dioses comuneros con tareas concretas que trabajan anónimamente, sin mentirse, sin robarse, sin permanecer jamás ociosas. Como los indios se sabían hijos de esas fuerzas, las imitaban para equipararse a lo divino; mientras que, de otro lado, iban perfeccionándose en la práctica de su vida comunitaria hasta sentirse, también, la estrella más lejana, compartiendo el suelo de la tierra y sus aguas, sus valles, sus aves y sus plantas. Este pensamiento les llegó desde el fondo de la formación cósmica; fue trasmitido de padres a hijos, de generación en generación, hasta convertirse en religión, en práctica sublime. Los indios del norte, del centro y del sur de América, se sentían ligados por esa misma concepción filosófica-religiosa.

Ciertamente, el imperativo geográfico perfeccionó a la flora y la fauna americanas, para perfeccionar al ser humano. Todo funcionó en forma recíproca. Los alimentos básicos perfeccionados por sus propios elementos constitutivos, más la energía solar, para que el ser humano alcanzase la dignidad cósmica. Juega importantísimo papel el maíz y la papa, los mismos que, por su armonía intrínseca, perfilaron el espíritu del preamericano. En cambio el trigo definió el destino guerrero de Occidente, como el arroz hizo al Oriente.

Cuando los extranjeros hollaron tierra americana no les fue del todo bien. Había un silencioso divorcio de la tierra americana. Los europeos rechazaban el maíz y la papa; trajeron en su lugar el trigo. Vino el caballo y la vaca, y, finalmente el burro.

Los extranjeros abrieron las minas como fosas en donde fue muriendo lo mejor de la juventud del Tawantinsuyo. Profanaron la Pachamama. Largas y oscuras galerías se cubrieron de piel humana mientras que, de socabón en socabón, los pulmones rotos del indio dejaron su alarido de siglos. Un alarido de espanto que aun culpa a España de su horrendo crimen de lesa-humanidad.

Pero América logró absorver, al fin de cuentas,al enemigo y lo convirtió en gente humana; sólo resistieron aquellos que ni Europa, ni el mismo Occidente, podrían salvar. Los que se resistieron fueron expulsados, fueron expectorados por sus hijos criollos, demostrándose con ello que ni sus propios hijos pudieron soportar. La excrecencia que mal llegó. mal partió, con el rabo entre las piernas.

El paciente trabajo creador del Sol y la amorosa gravitación de la Luna reproductora, hizo que de nuevo la tierra americana busque su equilibrio redentor. Ahora está volviendo por sus fueros. Por todos los caminos su gente se ha echado a andar para alcanzar el alba de su reconciliación con Pachamama. Es una marcha incontenible que avanza con la edad de la historia.

Claro que esa marcha es lenta, pues aun persiste el trigo y la carne de vaca, ahogando a nuestro maíz eterno y a nuestros cuyes y aves americanas. Y es que el retorno exige que el viraje no sólo sea espiritual sino también material; es decir, debemos volver a nuestros alimentos primigenios que, en más de diez mil años, alcanzaran su edad cósmica. Por lo demás, el sagrado respeto a nuestra Pachamama impone el abandono escalonado e inflexible del maquinismo contaminador. Así hasta que sólo impere el jurado propósito de depender únicamente de las leyes naturales y cósmicas; de por siempre.

POSTULACION COSMICA

El Cosmos, la Cosmogonía o la Cosmovisión serían entelequias que se explicarían a sí mismas, sino fueren, como efectivamente son, lo más aproximado a la interpretación de la realidad universal. Queremos especificar con ello que siendo conceptos mentales del ser humano, para referirse al mundo exterior que le rodea —y del que él es parte indesligable e interrelacionado—, son, sin embargo, una explicación que emana de su propio mundo interior al entender que le rigen y condicionan las mismas leyes. Lo que se da en el Micro-cosmos se da también en el Macro-cosmos, como la mejor manera de conservar que la dinámica que los impulse funcione sin errores en las direcciones opuestas. O en todas las direcciones que sigue la energía.

Si no existiese una ley común no se daría, por supuesto, el equilibrio, y daría ocasión a que el Universo como tal, se desplazaría anárquicamente . No se explicaría la marcha en espiral del universo, ni cabría su constante expansión que la compensa.

De lo anterior se desprende que todo cuanto existe: piedras, minerales, cristales. protozoos, algas y plantas, caracoles y gusanos, peces y anfibios, animales y seres humanos, se rigen por leyes inalterables que se condicionan a su tiempo y su espacio. De este modo hay, entonces, un Macro-espacio y hay, a su vez, un Macro-tiempo y un Micro-tiempo. Empero, esas diferencias conceptuales, por las mismas leyes del proceso, llegan a confundirse hasta el hecho de que, aparentemente, sus perspectivas se complementan o neutralizan.

Para el indio preamericano había un **tiempo de enlace y un espacio de enlace**, es decir el momento histórico en que se tiene conciencia en que el espacio y el tiempo son una realidad en el pensamiento humano. Por ejemplo el **hanan-pacha** es el tiempo y el espacio del Universo (donde trabaja el cielo); el **oku-pacha** es el espacio y el tiempo del sub-universo (donde trabajan las semillas); siendo el **kai-pacha**, el espacio y el tiempo de los seres vivos (donde trabaja el hombre).

Empero, el kai-pacha, es decir el mundo del centro, es el tiempo y el espacio del enlace, el tiempo y el espacio de la medianía. De esta suerte el ser humano conlleva el macro y el micro cosmos, soñando y acomplejándose al mismo tiempo; amando y odiando indistintamente; viviendo para el cielo y muriendo para el suelo.

De este modo su mundo espiritual se llenó de símbolos precisos, siempre animados de sus respectivas toponimias. Expresión de la creatividad y la entrega a los demás era el pájaro, porque al mismo tiempo que caminaba sobre el suelo también se desplazaba ágil en el vuelo; su símbolo categórico: las bellas plumas cuyos colores cobraban mayor distinción siguiendo la secuencia de los colores del arco-iris. Los que presidían las ceremonias religiosas, ceremoniales y políticas llevaban siempre un penacho de finas plumas, lo que indicaba que eran los mayores, los de mayor sabiduría, los encargados del gobierno en consejos. Así y todo, pasadas las fiestas o los actos ceremoniales, todo volvía a la normalidad; los penachos se guardaban, etc.

Como el ser humano está compulsado por la energía del espacio y la energía de la tierra, su pensamiento tiende casi siempre a lo imaginativo, al desbocado enriquecimiento de su subjetividad. El indio preamericano no escapó a ese condicionamiento, pero lo controló, lo llevó a la realidad, lo morigeró cuando al descubrir las leyes de la Naturaleza, las imitó guiándose por ellas. En este sentido imperó el mundo del kai-pacha;

El símbolo de la serpiente contiene a la propia energía ondulante. Esta representación genial de la energía que zigzaguea signó toda una cultura, evidenciando los profundos conocimientos de un pueblo que, al compenetrarse de las leyes naturales, jugó y trabajó con realidades, dejando a un lado la riqueza de su imaginación creadora al canalizarla o sacrificarla en aras al conjunto, en bien de la unidad y armonía cósmicas.

Plataformas y pirámides llenaron los paisajes de los distintos territorios de Preamérica. Más de medio millón de ellas se encuentran esparcidas a lo largo y ancho del continente americano, a modo de centros de difusión cultural, de homenaje religioso a sus antecesores, de amorosa vigilancia para el cumplimiento de sus normas morales, etc.

El símbolo del águila y de la serpiente unidos o entrelazados, representa la unidad del espacio con el tiempo, de la tierra que se arrastra ondulando con el cielo que se desplaza volando. Unidad significativa que es, además, la propia manifestación del ser pensante, creador de cultura. Representa toda una edad histórica para México pero es también razón de ser de las culturas del Pacífico Sur. El símbolo acapara o sugiere el matrimonio de la Naturaleza con el Cosmos.

El tigre o puma, el cóndor o águila, unen a Preamérica en la misma concepción del proceso evolutivo. A través de la simbología graficada en sus plataformas y pirámides emana su unidad conceptual filosófica. El Sol y la Luna presidían el escenario como los polos intermediarios de la energía cósmica. Siendo, a su vez, ellos mismos en la unidad familiar, en el amor, en la trascendencia. Por cierto, al constatar que eran Cosmos, a través del denominador común de la energía, estaban en todas partes al mismo tiempo; es decir, eran también la estrella más lejana y el mismo viaje que harían sin partir.

Si el Sol condiciona todo el quehacer de su existencia y de su proyección —indicando que gracias al Sol, pensaban—, se dieron a la tarea de investigar cómo trabajaba, cómo se desplazaba y cómo estaba integrado. Al final de su trabajo creador dejaron el testimonio de sus Calendarios Solares. Hay centenares de ellos. El azteca, el maya, el quiché, el tolteca, el quechua, el aymara, etc.; pero todos ellos acercándose y alejándose de la verdad del movimiento del Sol, en la mecánica invisible del espacio y del tiempo.

Recuérdese que la acción solar es única y distinta en cada especie que conforma la escala del proceso vital cambiante. Cada vida, en cada especie, es distinta; la prueba de esa diferencia la encontramos en la huella digital que es diferente en cada elemento. Todos los elementos de cada especie, se parecen, pero son distintos. Y si ésto se da en el Microcosmos, la historia se repite sin ser necesariamente igual en el elemento que viene, tanto en el Macrocosmos, como en el mundo del intermedio, en el mundial kaipacha, puesto que en cada sistema todo lo programado se repite. Sólo en nuestra Galaxia las repeticiones por aproximación, son tantas, que escapan a nuestras matemáticas formales. Confrontarlas en la mecánica terrestre, he ahí la sabiduría incomparable de los abuelos

preamericanos.Toda especulación mental es válida si responde a la dinámica que crea y condiciona esa especulación. Nada se da fuera de la materia ¡.

Occidente creyó que había un Dios entre bambalinas que "corregıa" los desaguisados humanos para perdonar al Cosmos. Y a su vez perdonarse. Pero, hay algo para meditarse sinceramente: ninguna especie que integra desde su origen a la vida humana ha desaparecido. El protozoo que es nuestro más lejano pariente sigue con vida, sigue formando procesos, sigue dando lugar a otras evoluciones; de esto han pasado más de cuatro mil millones de años y Occidente cree que el hombre es la última etapa de la evolución de la vida¡

Por cierto, el ser humano aún no ha comprendido a cabalidad el proceso indetenible de la integración de la energía. Como todo en el Universo está condicionado a la polarización, nada, absolutamente nada, escapa a esa ley. La piedra y el mineral más duro, con el correr del tiempo, se transforman en polvo, siguiendo el mismo destino del polvo de las estrellas. Y después del polvo, el reinicio de nuevos mundos, como si en el incesante cambio se buscase la perfección para superarla luego, en otras y otras especies superiores, cada vez más dilatadas, expandiéndose y expandiéndose.

El indio, en cambio, se sumó a esa ley que escapaba a su control estando inmerso en ella. Siguió la ruta visible del Cosmos en el desplazamiento concreto del Sol y de la Luna; los estudió en su traslación y rotación; supo de la aparente reiteración de los mismos. Comprendió que su vida estaba íntimamente ligada a sus fases y sus manchas; y que entre el padre Sol y la madre Luna, miles y millones de estrellas compartían comunitariamente su destino.

Todas las rutas llegaban hasta él, como si constituyese una madeja en donde las plantas y las aves, los peces y los animales, también confluyesen para que avanzase, siendo a su vez un apoyo, apoyándose. Esta multitudinaria fusión era gradual, por polaridades afines; jamás pensó que, a pesar de su amor a las piedras, éstas no se fusionaban con él, no le facilitaban la vida. Sabía sí, que las piedras como los minerales por su composición energética vibraban, que tenían con él un denomidador común; que en cierta parte del camino de la evolución éllos se darían la mano, se fusionarían a la vez en un

todo armonioso, para luego separarse en la militancia de otras funciones.

En ese tránsito interminable el indio sabía que la piedra era una vieja estrella reducida. Para él jamás una piedra fue bastarda porque estaba de viaje. En el polvo todo empieza y todo acaba. En el Macro-cosmos crecían las estrellas y en el Micro-cosmos los iones eran, a su vez, mundos a escala como copias de estrellas en miniatura. Su mundo, su kai-pacha, al centro, tenía la ventaja de la influencia de los dos que lo integraban.

Para el indio nada se iba definitivamente porque todo estaba llegando y formándose. Sus muertos proseguían la incesante marcha de la evolución en la misma forma que las aguas y el aire, las plantas y las aves, los animales y los peces, proseguían en la posta que unía indistintamente el Macrocosmos y viceversa, siendo él un intermediario privilegiado. De este modo la vida y la muerte no eran más que estadios de la energía inexorablemente cambiante. Sabían que sólo era permanente la armonía cósmica bajo el imperio de unas matemáticas para él incomprensibles. Subirse a esa dinámica fue su mejor manera de vivir y trascender. Aquí es donde reside el gran secreto de su filosofía.

Fueron las plantas y los pájaros quienes le dieron al indio la mejor enseñanza del poder creador de la energía en cada especie. Descubrió que todo cambio creaba belleza y poesía, como los lados inadmisibles del espacio y del tiempo. Aprendió entonces a vivir y realizarse en belleza y en poesía. Los miles de ceramios, tejidos, terrazas, andenerías, pinturas, genética, ingeniería, etc., prueban ese indeclinable ejercicio creador.

El conocimiento teórico que tuviera el indio preamericano respecto del Universo contribuyó en grado sumo a que su práctica humana se enriqueciese y actuase bajo esos mismos lineamientos y normas. Del encuentro de esa teoría —tiempo— y de esa práctica —espacio— surgió la doctrina cósmica de su postulación política y filosófica. Se nominaron los integrantes de la raza-solar.

Lo demostró en la vida diaria de su ayllu, en su comportamiento moral, en su enternecedor sentimiento religioso. En el ayllu la polarización simple se dió entre las parejas y

en el matrimonio o durante el **servinacuy** (matrimonio de prueba); luego en el afianzamiento de la familia que constituyó una gran colonia, en donde los ancianos eran considerados un gran privilegio, tanto por la defensa de las tradiciones como por la sana influencia que tenían sobre sus hijos, y luego sobre sus nietos; influencia que rindió grandes dividendos en el trabajo colectivo y que fuera considerada por la Nación como una riqueza.

Ninguna de sus relaciones comunitarias escapa a las leyes naturales y cósmicas. Los seres humanos se comportaban como las células de un tejido o de un órgano; es decir, trabajaban para el conjunto impulsados por una ley superior. En reciprocidad todos los que participaban en la incondicional entrega, recibían equitativamente lo que debían recibir. Cada ser, como cada célula, tenían una sola conciencia común.

En el trabajo, en la alegría, en las asambleas, en el descanso, en la creación, todo lo realizaban en común, como un solo organismo. La práctica de este ejercicio comunitario se hizo ley, de suerte que todos la cumplían sin vigilancia, sin presiones; fructificó la disciplina fraternal, el respeto mutuo porque era conciente y daba prestigio.

Es ejemplar el estilo de su seguridad social. Esta empezaba cuando el Supremo Consejo de la Nación recogía el mandato de los ayllus: darle a cada niño que nacía su topo de tierra. Sano o enfermito, baldado o excepcional, nada más que por el sólo hecho de nacer, el niño era el primer favorecido. Se cumplía con el porvenir, con la humanidad que venía, con el futuro que empezaba, siguiendo el ritmo de la expansión cósmica. Expansión controlada, planificada. se cumplía, también, cuando al jubilarse el indio recibía de nuevo como un niño los cuidados de su comunidad. Cuidado y respetado en su trascendencia. Así, pues, niño o viejo el ser recababa la seguridad social a que era merecedor sólo por el simple hecho de vivir;

Además, toda manifestación cósmica —cerro o piedra, charca o arroyo, rayo, trueno, fuego o frío, viento o nieve— eran tenidas como dones del tiempo y del espacio, como fuerzas sagradas que pugnaban por darle vida al Universo. Aseguraban el movimiento y la medida. Fecundaban a la Natura-

leza para que se inaugurase permanentemente en nuevas especies, en nuevos testimonios, en nuevas postulaciones.

En el cielo trabajaban los astros y las Constelaciones, también en función del propio Universo. Las Pléyades fueron para el indio punto de partida para la iniciación de las grandes empresas agropecuarias. Asimismo la Cruz del Sur, la Estrella Polar y Alción. De tanto que desentrañaron los secretos del cielo supieron que el destino de la tierra y de los seres estaba estrechamente interrelacionado a los fenómenos cósmicos. El indio, al centro de ese armonioso y disciplinado universo, fue una copia en vivo y en directo del Cosmos hecho ser humano, con sus grandezas y pequeñeces, sumido y nutrido de la indetenible corriente de la energía universal. Comprendió, entonces, que algún día el hombre como tal tendría la conciencia del Cosmos, al realizarse en una sociedad a su imagen y semejanza. El iba hacia esa incomparable realización.

CAPITULO II

Para el indio preamericano su alma estaba dada primero en el aire que respiraba, en el agua que bebía, en los vegetales, aves y animales que ingería. Ya adentro, en su mundo interior, su alma cobraba figura, cuerpo, medida y movimiento. Mientras él vivía su alma necesitaba de todos los elementos que constituían su cuerpo, sus huesos y su sangre; de suerte que al morir, no se iba del todo, sino que volvía a reincorporarse al agua, al aire, a la tierra, al fuego, para volver a ser las partes buscando al todo deun nuevo camino.

Mas, como todo estaba celosamente organizado en el Cosmos, su presencia le sugería que ella no era el resultado de la improvisación, sino paciente obra repetida. El era, pues, una copia; pero no una copia al carbón, sino una imagen como la del espejo, inasible, impalpable, pero que era una respuesta de algo concreto y real.

Concluyo por pensar que en el Cosmos todo era dual, una dicotomía al infinito constituída por un cuerpo y su sombra, una parte visible y la otra invisible, la vibración y su eco, etc.; de este modo la energía trabaja primero en sus invisibles maquetas para cristalizarse luego en lo real y objetivo. Sin embargo, la dicotomía no tenía repetición, como los muñecos de las fábricas, sino que cambiaba constantemente. El hombre y la mujer eran copias de sí mismos, pero no se repetían en otros hombres y otras mujeres. La huella digital intransferible así lo certifica.

Como el Cosmos es intransigentemente comunero, las fuerzas que trabajan en su seno son fuerzas duales. Lo individual no existe porque, incluso, su propia fuerza intrínseca representa un juego dialéctico, una insoslayable polarización. El movimiento y la medida se dan en la unidad para afirmarse y proyectarse. El padre es al hijo que no lo niega sino que lo trasciende, como el fruto es la semilla que no la niega sino que la proyecta a otros frutos y a otras nuevas semillas.

En el culto a los muertos el indio rendía homenaje a su proyección futura, por lo mismo que él iba hacia la muerte que es, no cabe duda, una semilla distinta. Su misma concepción dialéctica de la Naturaleza y el Cosmos, contribuyó a que su pensamiento fuera un puente entre la vida y la muerte, entre la muerte y la vida.

Incluso aceptó a la muerte con intensa alegría porque perdía su forma pero se reincorporaba a la energía total, para impulsarse de nuevo. La muerte era una especie de relevo, un cambio de posta fresca, máxime si el cuerpo que se dejaba estaba cansado y viejo. Sí, pero para el indio la supervivencia sólo se daba en la existencia de la Pachamama y el Cosmos. Personalmente él se iba para crecer en la tierra, el agua, el aire y el fuego. Se reencarnaba en los elementos constitutivos de la vida en general.

Prácticamente para el indio preamericano él jamás se iba a morir sólo cambiaba de formas, ocupaba otro movimiento. No conoció el complejo de morirse, por eso es que amó a todo porque al morir él marchaba a ocupar ese todo colectivo. Como su alma estaba dada primero en el aire, en el agua, en la tierra y en el fuego, volvía a reintegrarse a los cuatro rumbos, a los cuatro horizontes, al Tawantinsuyo.

Wiracocha no era un dios al estilo occidental, sino un enlace entre el tiempo y el espacio, entre la vida y la muerte, entre la forma y el movimiento. Como era una especie de coordinación entre el cielo de arriba. el cielo del centro y el cielo de abajo, su símbolo concreto fue el árbol: sus ramas al viento, su tronco en el centro y las raíces en la tierra profunda.

Para los maya-quiché fue la ceiba el árbol que unía a los tres mundos, de suerte que devino en planta sagrada. Bajo su ancha sombra los ritos ceremoniales sugerían la comprensión del ser que se incorporaba a la dinámica del todo unitario, sin dejar de ser él mismo.

En el espíritu de la ceiba el Sol tallaba su destino. Y en todas las cosas el astro rey condicionaba su destino. El trabajo era del día, mientras que el amor pertenecía a la noche; pero entre el trabajo y el amor, la energía solar era una constante cósmica.

Con el Sol todo empezaba. La vida oscilaba entre la cercanía del Sol y su distancia respecto de la tierra. La vida se colmaba de solsticios, mientras que la muerte hacía de las suyas en los equinoccios.

La vida empezó hace mucho tiempo en un ya lejano solsticio; y desde entonces ella se recrea, se solaza y se engrandece, en plena vigencia de los solsticios. Para el preamericano los caminos del sol signaban su quehacer. Y se dió entonces a construir sus ciudades, arar y trabajar la tierra, sobre la línea solsticial. Así gozó de la tierra húmeda con olor a hembra después de la lluvia.

Y frente al mar supo que allí, en el fondo apacible de las aguas, estaba su remoto origen. El yodo y la sal en la brisa, eran una suave y aromosa mezcla de hembras y yuyos. Entonces el origen de la vida tiene un olor que nos conturba y prepara para el amor y la muerte. En tanto que la memoria nos recuerda la condición anfibia de nuestro origen. El amor de los hijos a su madre explica al mar, al lago, a la sal y el alga. Y hay una fuerza irremediable en el hombre cuando al amar busca en la hembra su recóndito origen.

La Luna, arriba, trabaja sobre los mares y los mueve; hace que la sabia trepe por los vasos leñosos a la copa más alta de los árboles y de sus ramas; y predispone a las hembras para la procreación y la entrega. La Luna sugiere cómo hacerlo y cambia de conducta con sus fases. La Tierra la influye con su gravitación, mientras que el padre Sol la sujeta de todo peligro con los hilos invisibles de su fuerza energética. Los tres tienen vida propia pero se unen en el quehacer de todas las especies, proporcionalmente. Esto hace que los seres humanos seamos tres cuartas partes de agua y la otra de energía solar.

Claro, hay un proceso dialéctico que es común a todo el Cosmos, pero también hay dentro de ese gran proceso otros que corresponden indistintamente al espacio y al tiempo de cada especie; de modo que, por la afinidad de los procesamientos es que se entienden las especies. Por ejemplo, el ser humano se entiende con el agua, el aire, la tierra y su flora y su fauna, porque los lleva dentro y le son necesarios; pero el ser humano no es afín a la piedra ni a los minerales puros, salvo con los minerales que las plantas y animales procesaron

para el hombre. Es que el lento procesamiento de las piedras y de los minerales tienen otra edad, en otro espacio y en otro tiempo dialéctico. Todos los procesamientos biológicos pueden tener afinidad, pero no todos los procesos, a escala histórica, por su edad cósmica, tienen o son afines a la vida.

Sin embargo, el preamericano, guiado a pie juntillas por las leyes de la Naturaleza que traducía las leyes del Cosmos, supo orientarse y utilizar las afinidades de los procesos en la forma más simple: por la práctica diaria de su propia vida. La conciencia de su vida colectiva le hizo actuar como un todo, como un gigantesco organismo integrado de pequeñas células que eran y se comportaban como él en lo particular.

Por eso es que el indio se estudió a él mismo; llegó hasta el conocimiento de sus entrañas vitales y al dominio del comportamiento de sus neuronas. Los miles de trepanaciones craneanas hablan por sí de su afán científico investigador, cuyos resultados ignoramos en el presente pero que se intuyen por su comportamiento social, político y económico. Al dominar la dialéctica de las cosas y de los fenómenos, comportándose como los más grandes materialistas científicos, se comprueba que hallaron la unidad generadora que servía de denominador común al macro y al micro-cosmos. Su cerebro fue, pues, un ayllu, como lo eran también sus órganos vitales. Y no es forzado el afirmar que el Supremo Consejo del Tawantinsuyo se comportó y actuó como las neuronas para el cuerpo humano.

Si nos detenemos en la observación de cómo están integrados los grandes muros de Sacsayhuamán, comprobaremos que las grandes piedras están unidasy engarzadas entre sí como se unen y engarzan los tejidos en el cuerpo humano. Y si observamos también detenidamente el trazo de las parcelas en la falda inclinada de los grandes cerros, veremos que siguen el mismo estilo de los tejidos humanos. Así se dan consistencia, detienen la erosión y se enfrentan con éxito a las catástrofes telúricas.

En Chanquillo, Casma, vinculado en alguna que otra forma con Chavín de Huántar, existen las ruinas de una mal llamada fortaleza que no es más que la representación a escala de una célula humana. Su figura esferoidal, su membrana exterior a modo de protoplasma, el núcleo y el endo-

plasma representan, en sí, el conocimiento que tuviera un pueblo de la base fundamental de la vida y su organización.

Y más arriba, en el propio Chavín de Huántar, en la mal llamada Plaza Hundida, se encuentra la expresión más elocuente e irrefutable del conocimiento científico que tuvieran del origen de la vida, y de la vida misma, en su quehacer cuotidiano. Allí están insinuando los cuatro elementos básicos constitutivos de la vida —las cuatro escalinatas, cada una orientada hacia los puntos cardinales—, y en cada escalinata las siete gradas a modo de las siete unidades, que son indispensables para la polarización y equilibrio de la misma vida.

Pues bien: ¿y qué decir del Lanzón que Tello encontrara en las entrañas pétreas de Chavín de Huántar, a modo de insinuado gran espermatozoide? En esta larga figura de piedra tallada hallamos el proceso de la evolución de las especies y de la vida. Desde el protozoo hasta el hombre. Y entre especie y especie todos los símbolos tienden hacia lo antropomórfico.

De otra parte, preguntémonos: ¿Y qué son las plataformas y las pirámides indias? España y los occidentales encontraron en cada una de ellas formas militares, de defensa y ataque, de guerra y odios. Pero acontece que cada plataforma y cada pirámide —las hay de cuatro, cinco, seis, siete y nueve cuerpos—, tiene una significación respecto a la evolución de la vida como tal, su simbología concreta, y su trascendencia religiosa y cultural. Además les servían de acumuladoras solares.

Todas las plataformas encontradas tienen tres cuerpos, nunca dos o una. Y es a partir de la tercera plataforma donde comienzan las formas superiores de cultura y civilización. Cuatro, cinco y seis plataformas superpuestas evidencian la vida evolutiva hasta el hombre y su proyección hacia lo "innombrable" que es el Cosmos.

Las plataformas y pirámides parten de una base cuadrangular que les es común, pues en lo cuadrangular se indica que cuatro son los elementos que hacen posible a la vida organizada.

Las tres primeras plataformas representan la vida primaria: piedra, cristal, protozoo; luego lo vegetal, como for-

ma de vida secundaria; y la plataforma certera: lo animal, generalmente el puma y el tigre, que pueden saltar pero sus garras matan y roban. Tres plataformas evidencian la vida primitiva, sin cultura, sin inteligencia humana.

Cuatro plataformas, es decir propiamente la pirámide, indica que empieza el despegue de la cultura. Comienza la vida superior pero dentro de su contexto comunitario. El ser humano se desplaza entre el animal que lleva y el ser ave que lo propugna. Si es egoísta y se cierra en sí mismo, es un tigre o un puma, trabaja para atrás, para Occidente.

Cuando las pirámides tienen cinco plataformas, es decir cuando ya hay una forma superior de trascender creando o procreando, están dedicadas a la Luna y sólo a la Luna. Pero cuando tienen seis plataformas, la pirámide es solar, está dedicada al Sol; significa lo más alto en el procesamiento vital.

Empero, todas las pirámides definidas como solares, acaban siendo truncas. No se cierran en su vértice. ¿Qué viene después; qué se sugiere dentro de la concepción materialista y dialéctica de su razón de ser? Lo trunco no cierra, abre perspectivas. Lo que sugiere es el encuentro con el Cosmos. Es la consustanciación. Es la transfiguración. Es el ser hecho Cosmos.

Sin embargo se sabe, por el mismo juego dialéctico, que al iniciarse un nuevo proceso, a partir de la evolución del hombre, empieza la aventura de lo desconocido. Nadie sabe qué es lo que viene después del ser humano. Nadie sabe cómo será la nueva especie humana.

Lo trunco —la pirámide sin cerrarse— abre una perspectiva que puede ocupar un tiempo de milenios. De millones de años si tenemos en cuenta que del protozoo al alga transcurrieron 60 millones de años. En la apertura el sacerdote indio colocó cuatro columnas que fueron soportes de una breve habitación solar. Especie de altar disparado a los cuatro horizontes.

El estudio detenido de las plataformas y de las pirámides, como connotaciones geométricas del tiempo y del espacio, nos demuestra el empleo de las matemáticas, de los pesos y de

las medidas. Además, esas construcciones se integran al paisaje, en la misma medida de que la línea solsticial en su punto de partida. Las sombras que proyectan siempre señalan el rumbo de las estaciones.

Cada plataforma representa una especie. Su base cuadrangular tiene en cada extremo el símbolo de los elementos constitutivos de la vida. Hay las plumas que representan al aire; las espinas que representan simbólicamente al agua; pedacitos de ramas que sugieren el carbón-fuego; y, finalmente la tierra, en su símbolo nitrogenado.

La base toda es la expresión del mineral —la vida escondida en sí misma—; luego la segunda acapara al reino vegetal; la tercera plataforma representa al animal; la cuarta a la vida humana; siendo la quinta, la lunar, a la procreación; y la última, en homenaje al Sol que es el ser creador de creaciones. La sétima plataforma se sugiere en el aire, en el ámbito donde trabaja la energía haciendo astros, sistemas, galaxias, etc., etc.

Las plataformas están unidas por el símbolo de la energía ondulante: la serpiente, a modo de escalera funcional, por donde desciende y asciende la energía y se transforma en especies dadas dentro de la Naturaleza.

El conjunto de pirámides en torno a la de la Luna y el Sol, representa simbólicamente al Sistema Solar. Es un conjunto que se interrelaciona para facilitar al proceso dialéctico.

Entre la pirámide del Sol y la pirámide de la Luna hay un largo camino que partiendo del alba acaba por ocultarse en el ocaso, sin apartarse ni un sólo milímetro de la ruta solsticial.

Se trata de obras que sólo pudo hacerlas el genio arquitectónico de un pueblo que se postulara política y filosóficamente como cósmico. Postulación teórica llevada a la práctica hasta el mínimo detalle. Agreguemos que eran, además, un Sistema acumulador de energía.

CAPITULO III

Cuando el pueblo de los Incas empezara a expanderse, llevando la buena nueva del socialismo comunitario, algunos historiadores han calificado a ese hecho como una guerra de conquista. La acusación es injusta y no corresponde al comportamiento político-filosófico de una nación que al amar todas las cosas que le rodeaba, aborrecía el odio y la rapiña.

Veamos cómo se efectuó la expansión y sabremos entonces que se está frente a un estilo superior de vida social, cuya diplomacia atrayente y persuasiva corresponde a otras categorías de relación.

Tengamos presente que la expansión vital se hizo cuando en derredor de la Nación Inca habían pueblos atrazados, tribus que perdieran su derrotero, cacicazgos de baja monta El Incario portaba el socialismo y los avances de su ciencia y tecnología; por eso, antes de actuar con violencia, los activistas mitimaes exponían sus ideas y explicaban las ventajas de la forma del gobierno comunero. De la palabra pasaban a la demostración: enseñaban a canalizar las aguas, a usar mejor los abonos naturales, a construir caminos y a gobernarse en Consejos, etc.

Los pueblos seducidos al socialismo, aceptaban de buena gana la superación ofrecida que, por otra parte, les daba una mejor alimentación, un mejor nivel de vida de relación, vestidos, alegría, salud y cultura, etc. Al cambiar de situación y trocarla por otra más digna de ser vivida, lo hacían concientemente y no por el temor a las armas y a la soldadezca.

Las exigencias del socialismo incásico eran elementales: que aprendiesen a trabajar en común, organizándose en ayllus y nutriéndose del sentimiento filosófico-religioso que les daba una inteligencia cósmica. Los Incas, por su parte, incorporaban a su mundo las realizaciones positivas de los nuevos pueblos aliados al Tawantinsuyo. Y no sólo incorporaban lo material sino que les respetaban sus creencias religiosas,

sus tradiciones morales, etc., de modo que su poder creador se viera multiplicado con el impulso del socialismo comunitario.

El Cusco fue creciendo con la presencia de todos los representantes de los legítimos pueblos liberados. No creció burocráticamente, por que no existía la burocracia; se robusteció el poder político, pero ese poder no dió lugar a castas parasitarias. Como nadie tuvo fueros, todos trabajaban por devoción, como alegría, como deber religioso y moral.

Al crecer el Tawantinsuyo las tierras fueron produciendo más y mejor por obra de la planificación incásica. Los pueblos aprendieron a habilitar nuevas tierras para ir preparando el destino asegurado de sus hijos. Después del amor venían los hijos a sellar ese amor; para cada hombrecito: un topo, para cada mujercita: medio topo; es decir, entre ambos recibían casi dos hectáreas de tierras fértiles.

Entretanto, mientras los niños crecían para ocupar y trabajar sus respectivas tierras, era la comunidad la favorecida porque la producción se repartía en común, separando aquélla que se acumulaba para los días aciagos o para imprevistas catástrofes nacionales. La producción se guardaba en tambos que se ubicaban al lado de los grandes caminos del Incario, bajo el cuidado de las propias comunidades aledañas. Cuando llegaron los españoles brutos encontraron miles y miles de esos depósitos incluso con alimentos y vestuario hasta para doce años consecutivos al servicio de sus repectivas localidades.

Los hombres conductores del Tawantinsuyo tuvieron conciencia de su naturaleza humana, de su ser social. Por eso no fueron conquistadores, sino liberadores de pueblos. Al no ser terratenientes, ni capitalistas, la rapiña que le adjudican a los Incas, resulta una necedad y una impostura. ¿El afán de prestigio puede convertir a los hombres en seres dictadores? No, porque a los hombres, como a los pueblos, les mueve siempre un afán de trascendencia —se expande, está sujeto a la polarización de la materia—, pero triunfa si sirve a los demás, si los eleva a grandezas y virtudes. Las dictaduras, en cambio, crean esclavos y hombres tristes; su accionar es involutivo.

En cambio los conductores incaicos fueron evolucionistas porque eran naturalistas.No podían hacerle daño a los demás sin ellos hacérselo, como reza su postulación política y filosófica cósmica. De lo que resulta incomprensible se les llame "déspotas" a quienes se sabían repartidos en el agua y en el aire, en las plantas y en las aves, en todos los demás hombres. Sucede que quienes han juzgado y mal a los conductores indios lo han hecho desde la perspectiva occidental, en donde el hombre resulta el lobo de sí mismo.

Por lo demás, recuérdese que el verdadero conductor no fue más que el padre de familia elegido a través de los ayllus, en el kamachico, e incluso entre los viejos ya jubilados y lejanos del control directo de la producción, que es la discordia en el mundo occidental. ¿Cómo suponer que el venerado anciano sea sabio y, al mismo tiempo, un salvaje matón? Dentro de sociedades normales resulta inadmisible que un santo —en la teoría y en la práctica— sea también un diablo.

Cuando los pueblos son comuneros en la teoría y en la práctica, sus conductores son fiel reflejo de esos pueblos. No pueden haber contrabandos máxime si los conductores trabajan a la luz pública; en el ágora, sin nada para ocultar.

La pirámide social que conformaba al Tawantinsuyo era rotativa desde la base a la cúspide, porque el gobierno se ejercía no por derecho sino por deber. Téngase presente que todos en el ayllu, como en la sociedad de los ayllus, tenían la obligación de desempeñarse como conductores. Y como todos en su momento oportuno dirigían, desde el llano hasta la cúspide —en el Gran Consejo de Ancianos—, a la Nación, nadie podía extralimitarse sin ser inmune al castigo popular.

La pirámide social, por la misma nominación decimal de sus organizaciones, se iba elevando escalonadamente hasta llegar al Consejo Supremo que era también un ayllu rotativo y conformado por los abuelos de mayor sabiduría electos por sus bases de origen. De plataforma en plataforma la pirámide de padres de familia culminaba en Consejo, al igual que las pirámides de piedra: nunca cerradas en el vértice, sino truncas para dar cabida a las fuerzas cósmicas que son colectivistas.

Se acusa al Incario de haber sido gobernado por una cerrada y despótica teocracia, lo que es una redomada falsedad

histórica. Los mismos padres de familia organizados de a diez, de a cien, de a mil, de a diez mil y de a cien mil, hacían las veces de sacerdotes para las ceremonias religiosas, para el cuidado de las tradiciones, para el culto a sus muertos sagrados, etc.

El sacerdote indio, que era el padre de familia más anciano en su respectivo ayllu, era elegido incluso entre los jubilados; su ascendencia fue estrictamente moral porque todos le estimaban; era, pues, un autorizado, no una "autoridad" en el concepto occidental. ¿Cómo aplicar el despotismo o el autoritarismo si les era desconocido como norma de convivencia humana? Acontece que los historiadores occidentalizados sólo analizaron a la sociedad incaica a través de una visión bastarda y ajena. Su ignorancia es tan grande que injustamente acusaron y denostaron al único pueblo que en la Antigüedad se elevó a la civilización suprema de un socialismo comunero por cósmico.

Son esos mismos historiadores los que llamaron al Inca, que era el vocero del Supremo Consejo, como el Rey; a las llamas y alpacas les dijeron ovejas; a la chicha, vino; a los monolitos, calendarios y kipus, como testimonios de herejía supina;

Pero lo más grave de tanta infamia, es que hasta hoy se persiste en el error para favorecer al sistema occidental. Porque si se aceptase que el Tawantinsuyo, como la gran Nación de los Ayllus, fue socialista por comunera y científica por cósmica, se vendría abajo el voluminoso edificio construído por Occidente.

Aceptar la idea de que el Tawantinsuyo fue científicamente una sociedad comunera, significaría que se acepta que la familia es la mejor realizadora del destino socialista de los pueblos; y, asimismo, que la organización decimal de los padres de familia garantiza la perennidad de un Gobierno en Consejos que rechazaría por igual a los grupos de poder, ya de casta, ya de fuerza.

Todo empezaría a cambiar. Habría un viraje de 180 grados en la dirección social de los pueblos y de las naciones. Empezaría la reconciliación con la vida porque no se le apartaría de las leyes naturales y cósmicas.

Se retornaría a la vigencia del Padre Sol y de la Madre Luna, en el sagrado respeto de la Pachamama que es la Tierra. Entonces la ciencia y la tecnología, como en los tiempos del Tawantinsuyo, estarían condicionadas a la energía solar en todas sus formas, aprovechadas al máximo pero sin alterar las relaciones ecológicas que forman, desarrollan y trascienden, nuestro espíritu y su fuerza materialista creadora.

¿Y qué se haría, entonces, con las grandes máquinas movidas por la energía bastarda de los hidrocarburos? Habría que efectuar el procesamiento de su liquidación. Habría que ponerles coto y luego obligarlas a que se batan en retirada. La guerra es a muerte: ellas o la humanidad.

Colocados en el límite, puestos en la alternativa de escoger entre la muerte lenta por la acción criminal de las máquinas, y la vida tras el esfuerzo de nuestros brazos y nuestras energías, no nos queda sino abrazarnos a la vida natural, a la vida donde el aire y el agua sean puros, sin contaminación alguna; no nos queda otro camino que el de proteger a nuestros animales y nuestras plantas, a nuestras aves y nuestros peces, porque éllos y nosotros formamos una unidad que busca su equilibrio, en el respeto mútuo, en la libertad organizada. No olvidemos jamás que ellos y nosotros formamos la gran conciencia telúrica, con los brazos abiertos a la conciencia cósmica del Universo.

¿Que esto es imposible? ¿Que se nos vienen las bombas atómicas, los aviones nuclearizados, las tropas manejadas por las empresas transnacionales y los tanques asesinos de los minoritarios grupos de poder? Pues si pueden y quieren, que se vengan, pues hay millones y millones para morir en el camino para detenerlos. O las máquinas o la humanidad. O la vida natural o se van ellos, primero que nosotros. No hay voluntad superior que la de los pueblos que se deciden a luchar. Téngase presente que a Occidente debemos este callejón sin salida en que se encuentra la humanidad. Es Occidente el que ha puesto al mundo al borde del abismo. La alternativa es, pues, las máquinas o la vida humana;

Tenemos que quedarnos con la vida. Es nuestra razón de ser.

CAPITULO IV

Para normar su conducta ante los demás, el indio partió de su dependencia frente a todo lo que le rodeaba y que lo constituía. Si necesitaba del aire y del agua, de los alimentos provenientes de la flora y de la fauna marinas y terrestres, de ellos dependía para estar calmo y ser feliz. Conservarlos y protegerlos se le hizo necesario y normal.

Observó que, gracias a la variante de los climas, la flora y fauna cambiaban, cambiando él también. Comprobó, asimismo, que frente a su mundo andino —de altas cumbres y de valles escarpados— requería de mucho esfuerzo para satisfacer sus necesidades más elementales. Se unió a otros para realizarse en el trabajo y en la distribución; comprendió, entonces, que era a su vez un dependiente del esfuerzo colectivo.

Con tanto amor e inteligencia se dió cuenta que era una insignificancia pues todo le era dado por la Naturaleza; para realizarse, tenía que desplazarse y trabajar, y para proyectarse y trascender requería del amor. Sólo le era dado, como propio, su pensamiento que, curiosamente, de nada le valía sino en la vida de relación.

Los Andes se impusieron; el paisaje imponente condicionó la conducta de los andinos, obligándolos a la meditación y a la inteligencia, a la observación de la fenomenología circundante. Ante la Cordillera altiva el hombre respondió con la solidaridad humana. Forzosamente tenía que ser comunero para poder vivir entre la áspera faja interandina.

Por eso es que **el indio comunero no se explica sin los Andes**; es un producto extraordinario, fuera de serie, como la inmensa espina dorsal que son los Andes para el cuerpo terrestre de América Latina. La conciencia colectiva del indio, no es más que la conciencia telúrica que se manifiesta en el desplazamiento masivo de sus gentes. El indio, en ese sentido, no es más que una célula del Ande. Una gran célula solar con ancha caja toráxica y un intenso corazón que desafía alturas.

Arriba el cielo estrellado está más cerca del sentimiento del hombre; es casi un vecino que puebla su imaginación. El Sol entre tanto, al trazar su ruta solsticial dibuja una línea recta imaginaria que atraviesa los centros más importantes —Tiawanaco, Cusco, Huancayo, Cajamarca— uniéndoles en el tiempo cósmico. Los centros ceremoniales de estas importantes ciudades preamericanas se vinculan entre sí como hijas solares serranas. Por eso es que Daniel Ruso dijo que el Tawantinsuyo fue trazado a escala cósmica partiendo de la línea solsticial.

Fue indiscutiblemente un trazo vital de depurada utilidad para su agricultura y el usufructo de la energía solar. Esto significa que su tecnología corresponde a la certera aplicación de su ciencia solar, en otras alternativas. No atraparon al Sol en el sentido de mover máquinas, sino que al estudiarlo en sus desplazamientos comprobaron cómo substraerle mejor su fuerza energética. Se dejaron estar; el padre Sol puso lo demás.

Por cierto que todo este conocimiento científico lo dejaron impreso en la maravilla de sus kipus multicolores; desgraciadamente la ignorancia de la soldadezca española los quemó en un raptus de delirante superchería, privándole a la humanidad, de este tiempo, del camino para su liberación y cultura. El crimen de España, en este sentido, es imperdonable, pues ni el odio más cerril puede justificar la quema o la liquidación de los testimonios culturales de servicio general. Pero así fue.

La línea solsticial normó, pues, su vida material y espiritual, de tal modo que su sentimiento colectivista se inspiró en bases materiales y dialécticas. Su lengua, el runa - simi, viene en nuestro apoyo, pues siendo un idioma del más puro y exigente corte socialista, su estudio es una obligación científica.

La vida cuotidiana del indio en comunidad fue regida por la acción solar. De seis a seis. De esta manera, a la luz del día, en el campo, su mente se fue poblando de relaciones naturales, limpiamente, sin subterfugios, al amparo del padre Sol que le posibilitaba la vida y el sustento diario. Esto hizo que no utilizaran la noche sino para el descanso y el amor, siéndoles casi innecesaria la luz artificial —el fuego noctur-

no— salvo para casos excepcionales. Arriba, en medio de los valles interandinos, la luz de la Luna y el lejano resplandor de las estrellas hacen fácil ver los caminos y los rostros queridos.

En la noche los árboles y las plantas le reemplazaban en el trabajo natural. La Luna se desposa en el seno de las aguas —ríos, lagunas, mares—, las movía y se hacía entrañas buenas en las mujeres para la reproducción. Las tierras se reponían, también les tocaba el sueño reparador. Los frutos se preparaban para asomarse al día y los pájaros ensayaban dormidos su canción madrugadora. La noche, pues, era el silencio que almacenaba a los ruidos para soltarlos de nuevo, al día siguiente.

Su conducta fue clara y rotunda. Dividieron al tiempo: el día para el trabajo; la noche para el descanso. El Sol les regía para la acción creadora; la Luna les propiciaba el descanso y les facilitaba el amor para la acción reproductora. Es decir, respetaron con eso la sagrada división del tiempo cósmico, porque tenían conciencia de su limitación.

Además, ellos sabían que su organismo estaba condicionado al Sol, de modo que consideraron un absurdo vivir de noche o trabajar de noche. No serían ellos, hijos de la Naturaleza y el Cosmos, los que estúpidamente actuaran en contrario, al revés, porque a la larga se destruirían, destruyendo a su especie.

El día es el tiempo biológico para los seres humanos, los mismos que están condicionados a un reloj biológico. Occidente, que siempre le dió espaldas a la Naturaleza, invirtió el orden biológico; en lugar de facilitar el desarrollo de la vida humana, fue creando topos, buhos, murciélagos, etc. Como la vida de los pobres y de los humildes no tiene para Occidente la menor importancia, pues que mueran en el imperio de las sombras para que, al final, en lugar de sangre tengan tinta. La inversión en el tiempo biológico equivale a la degeneración de la especie humana, porque la vida está regida por un reloj biológico solar.

¿Qué vida puede desarrollarse bajo el imperio de las fábricas, que además de funcionar de noche, contaminan y alteran todo? Ninguna; por el contrario, están creando un pro-

letariado enfermo, noctivagante y sicótico, que resulta incapaz de crear virtudes o de propiciar, cuando menos, el advenimiento de una especie superior humana. Por consiguiente está vedada para dirigir el proceso revolucionario de la vida. Está en condiciones de desventaja respecto de su hermano revolucionario, el indio campesino, máxime si éste tiene una real conciencia colectivista y conserva su dignidad humana y el sentimiento de su gran fraternidad.

El proletariado está en la línea del proceso de las grandes transformaciones, pero no para dirigir la revolución, ni menos que ésta se haga en su nombre. Pues está viciado desde su origen.

Veamos cualquier fábrica, en cualquier ciudad del mundo; entonces observaremos que el Sol no llega a sus entrañas. Por el hueco de las sucias claraboyas o el ennegrecido largo tubo de las chimeneas no logra penetrar el Sol, ni aun arrastrándose o, en arte de magia, adelgazándose. En las entrañas de las fábricas campea la luz artificial, los gases tóxicos y el gruñido agresor de los caporales, capataces o aprendices de gerentes.

Por cierto, el padre Sol al caer en nuestro medio lo hace aprovechándose de la inclinación de la Tierra, es decir al caer oblícuamente sus rayos se expanden mejor y se adhieren a las abruptas faldas de los cerros andinos. Caen prácticamente como si los iones solares bajaren en paracaídas. Lentamente. Su caída cae como el amor vencido.

Hay que imaginarse cómo habrán de llegar los iones para penetrar en los difíciles huecos de las chimeneas. Si logran hacerlo, en el mismo instante, se asfixian, se ahogan; al final lo que penetra y llega a la piel del obrero, es nada. El obrero al retornar a su hogar ignora que el Sol existe. Si lo recuerda es por una simple referencia. Algo así como un lejano sueño. Y cuando llega el domingo de su placentero descanso, o bebe o se la pasa encamado¡

La mal llamada" revolución industrial", no es más que la operación criminal contra el proletariado mundial, pues al apartarlo de la energía solar directa, le ha colocado entre sus ideas la ilusión de que algún día será patrón, jefe o líder de las masas que, en verdad, son la antesala de los hospitales y de los cementerios.

También la contaminación es ambiental y mental; hay, por eso, una pedagogía del engaño y la simulación. Los espíritus contaminados doblan las espaldas, se asustan ante el grito del amo. ¿Cómo entonces la revolución de la vida, puede estar en esas manos? Los enfermos no son jamás buenos profesores. Hay el peligro de que difundan la contaminación que les corroe, que ha encontrado plaza en el fondo de sus almas. Hay, también, la filosofía de la pudrición y del smog.

Nada hay de transparente en la democracia de hoy, pues ella soporta la contaminación en sus líderes o en sus grandes capitanes de empresa. Desde su nacimiento la democracia arrastra el subjetivismo de su origen ilusorio; y, ahora, en pleno Siglo Veinte, ella chorrea monóxido de carbono y ahoga a las ciudades con el engañoso humo de su falso progreso industrializado.

El mal empieza con Occidente. Desde entonces ha convertido en cínicos hasta a sus partidos de oposición, los mismos que se desplazan en coro tras su carrera de muertos. Claman contra el alto costo de la vida, gritan para que los salarios aumenten, se quejan de la corrupción existente, etc., etc., pero son su imagen en el espejo de la realidad; son su lado izquierdo, el reverso de la falsa moneda.

El smog de la democracia es su propiedad privada; de allí que sus hombres conductores sean, en verdad, unos miserables; al contaminar el ambiente matan la vehemencia en la juventud y la sobornan con becas en el extranjero.

La revolución industrial mantiene a los pueblos en cuarentena. Prácticamente su nefasta influencia mantiene en estado de pre-coma a los llamados pueblos desarrollados. ¿Qué tiene de natural, de vital, de humanizada? Nada, por todos los ángulos que se le mire es una brutal engañifa, una estafa de nunca acabar. ¿Es socialista al conquistar la industria pesada? ¿Es comunista cuando llena de chimeneas, las urbes y las contamina?

LA DIALECTICA DEL INDIO

Hay una substancial diferencia entre la dialéctica usada por los homosexuales griegos en filosofía, y la empleada por los Amautas indios en sus postulaciones cósmicas. Mientras que para los helénicos el juego dialéctico se resolvía entre contrarios: **tesis** y **antítesis** para dar el salto de calidad en la **síntesis**, para el filósofo indiano no **habían contrarios**, sino elementos que constantemente se fusionaban.

Sometamos las dos maneras de interpretar el concepto de la dialéctica en sí, al rigor de las leyes de la Naturaleza —es decir a las leyes cósmicas—, para saber cuál de las dos es la aceptable y científica.

Todo el pensamiento del indio preamericano se regía por las leyes de la Pachamama, esto es, por la madre tierra; luego su pensar dialéctico era eminentemente científico y materialista. Recordemos que la Naturaleza y el Cosmos se desplazan por una ley absoluta: la de las **polaridades** energéticas.

Para comprender el fenómeno de la polaridad —propiedad que tienen los agentes físicos de acumularse en los polos de un cuerpo— tenemos que partir de la existencia concreta de los iones **positivo** y **negativo**. En la madre Naturaleza estos polos resuelven sus problemas fusionándose, esto es: sintetizándose para dar paso a nuevos iones positivo y negativo, así permanentemente.

En la búsqueda de la **verdad**, la dialéctica es un impulso natural. Mas cuando se habla de una lucha permanente de contrarios, esto es, de antagónicos que se repelen, se perpetra un subjetivismo puesto que en la Naturaleza y en el Cosmos todo tiende a fusionarse. De esta suerte la aparente lucha de los "contrarios", es decir del polo positivo ante el polo negativo, se resuelve al dar la luz, que es un hecho de fusión física. Igualmente, el diástole frente a su "contrario" que es el sístole, se fusiona para dar paso a la vida.

Los Amautas indios siguiendo esa conducta permanentemente de la Naturaleza y el Universo, buscaron constantemente la fraternidad que es ya un impulso de fusión; de allí que para éllos todos los seres son hermanos, porque todos son hijos de la Pachamama. El ser humano es, de esta manera, pariente de todo cuanto le rodea: aire, agua, plantas, animales, pájaros, luz, tierra, etc.; puesto que, por la ley de las polaridades, todos forman una gran unidad absoluta; todos somos una misma familia en distintos procesamientos.

Para los filósofos de Occidente ese subjetivismo de "contrarios", acaba siempre por resolverse por medio de la guerra, la ocupación , la discriminación, la jerarquización en clases, etc.

No es un problema de semántica, como algunos suponen para justificar a la dialéctica occidental y cuya paternidad habría que buscar en Grecia, sino un problema de concepción de la vida y del destino de los pueblos. La supuesta lucha de "contrarios" genera, siempre, la propiedad privada; en tanto que la fusión da paso al colectivismo, a la propiedad colectiva de los medios sociales de producción.

Algunos pensadores, que se precian de materialistas dialécticos, aceptan el proceso evolutivo de las especies para explicar la presencia del hombre, pero dejan de serlo cuando trasladan sin éxito razonable la dialéctica al proceso de las leyes económicas. Como la economía es una hábil postulación subjetiva del hombre, se le intenta dar carácter de ciencia, sin fortuna científica. En la Naturaleza y el Cosmos las leyes de la economía política del hombre no funcionan, no tienen respaldo materialista científico. Acaban siendo subjetivismo puro. De esto se desprende que el pensamiento científico occidental que se "eleva" a filosofía, es falso, carece de respaldo científico natural.

Para el filósofo occidental el hombre es contrario del hombre, no su hermano. Esa contradicción la resuelve con la guerra, con la jerarquización en clases, con la discriminación, la explotación y el vasallaje. En tanto que el Amauta indio dió paso a la fraternidad, a la solidaridad entre los seres humanos, a la creación de una sociedad comunera organizada en ayllus y gobernada por Consejos. Esto significa que la dialéctica, seguida y practicada por el indio, fue científica por na-

tural y cósmica. Durante diez mil años América preparó a la nación india para que plasmara el Tawantinsuyo y realizara la hazaña de cristalizar la inmortal sociedad comunera.

Veamos, de otra parte, la práctica de ese pensamiento dialéctico en el indio preamericano. Para éllos existía el **bien** y el **menos bien**, de tal modo que las cosas y los seres eran o solamente buenos o menos buenos; el mal, o lo malo, les fue desconocido o totalmente rechazado. En esta concepción encontramos la clave del comportamiento moral del indio frente a sus semejantes y las cosas que le rodeaban. Para el occidental todo era y es bueno, o era y es malo; lo bueno para ensalzarlo y amarlo, y lo malo para castigar y condenar.

¿Cómo iba el indio a condenar y rechazar las cosas y los seres creados por la madre tierra, su Pachamama? Sintiéndose él mismo, hijo de la Naturaleza y del Cosmos, todo lo demás creado era a su vez sus hermanos. Para el Amauta indio todo se equilibra en la Naturaleza, nada hay demás, o que sobre. Aquello que no comprendía o no entendía lo respetaba, porque algún fin cumplía en el grandioso escenario de la Tierra.

El pensamiento dialéctico indiano lo encontramos, también, en la interesada división de su pueblo-ayllu. Por ejemplo: **urin** como lo situado abajo; y **janan** como lo ubicado en la parte de arriba. Sin embargo, formaban parte de una unidad indesligable que se necesitaban para superarse, para estar en permanente cambio y transformación. De la fraternal competencia, entre los de urin y los de janan, el beneficiado era el propio ayllu. Pues en la aparente división representaban al movimiento polarizador, al sístole y al diástole integrándose y condicionándose entre sí.

En las faenas de la siembra en la tierra encontramos con más nitidez el juego de su dialéctica. Por ejemplo, cuatro hombres roturan la tierra; detrás de esos cuatro hombres, van cuatro mujeres que colocan las semillas. En esta acción extraordinaria no sólo cumplen con su respectiva misión humana, creadora y reproductora, sino que la reiteran como homenaje a las leyes de la Naturaleza. El hombre al roturar abre la tierra (rompe simbólicamente el hímen), y la mujer coloca la semilla (el óvulo gestador), para dar paso a la cosecha venidera. El juego dialéctico, en este ejemplo, es definitivo porque es la propia vida como una suma de polaridades.

Así y todo, hay además el pensamiento dialéctico del indio ante la muerte y sus dioses tutelares. Para él, el límite divisorio entre la vida y la muerte no existía, por lo mismo que ambos estados tenían el mismo denominador común en la energía. Luego, la muerte y la vida son estados lógicos de la energía materializada que pugna constantemente buscando su liberación integradora. Así, al sintetizar en **Wiracocha** al tiempo y al espacio, a la vida y a la muerte, el movimiento y su medida, lograron representar en esa divinidad la expresión más categórica de la dialéctica materialista. Wiracocha es y no es, al mismo tiempo. Es la partida y el regreso. Es la consubstanciación. Es la energía absoluta transformándose, autoimpulsándose, interfiriéndose a sí misma y autoacondicionándose. La energía es en sí, el movimiento contínuo e indetenible; y es, también, la transformación contínua e indetenible, porque sintetiza la concepción oculta de Wiracocha, esto es: ¡lo innombrable!

Los pensadores occidentales "traspapelan" la concepción de la dialéctica natural de la vida; esto es, de aquélla ley que todo lo que tiene vida: crea y procrea. El traspapeleo ocurre cuando máquinas y mercancías condicionan la vida y la historia de los pueblos, a decir de los que aceptan la economía como el principal motor de la Historia, Hay que tener presente que las máquinas son creaciones del hombre, teniendo como modelo, en alguna que otra forma, a las leyes de la Naturaleza; pero esas máquinas no cumplen con el otro paso de la dialéctica; el de procrear. Sin embargo, en el decurso de la evolución social para Occidente, son las mercancías y las máquinas las que determinan en última instancia el destino de los pueblos. Significando con ello que son las máquinas y las mercancías los nuevos fetiches divinos que procrean el destino político, social y económico de los pueblos.

Nada tan absurdo y anticientífico. Acontece que el contrabando favorece a los defensores de la propiedad privada y afirma al subjetivismo como la madre putativa de esa privaticidad. ¿Cuándo empezó la gran estafa? El subjetivismo y el fetichismo se dan la mano en el mismo instante en que, a la mala, se establece el esclavismo como etapa en el desarrollo social de los pueblos en Occidente. Luego los teóricos de la evolución de la sociedad, consolidan esa falsa dialéctica cuando el hombre empieza a crear con sus manos cosas y objetos que coadyuvan a su sustentación, después de haber sido

expulsados de los grandes feudos. Esa actividad creadora de "emergencia", dió paso primero a la artesanía para convertirse después en la gran industrialización de nuestros actuales días contaminados.

Más de cinco mil años de nociva y anticientífica influencia occidental ha dado como resultado que hasta la mal llamada "izquierda revolucionaria" sea el otro lado de la moneda del capitalismo, y, más concretamente, el lado izquierdo del capitalismo. Al aceptar que la evolución histórica de la sociedad humana es una sola, y que inexorablemente se repite en todos los pueblos, dan por sentado que ése y no otro es el drama del hombre para "redimirse" mientras transita en este "valle de lágrimas". Empero, la verdad científica es otra. En Preamérica los pueblos siguieron otro rumbo en la impronta de su destino evolutivo. Fueron los pueblos favorecidos por la Naturaleza al sentirse élla misma, cuidada, respetada y protegida por sus hijos. De este modo, un millón de años consecutivos, disfrutando del mismo clima y usufructuando de los beneficios andinos, en flora y fauna, los amautas indios fueron interpretando y descifrando las leyes de la Naturaleza, hasta atraparlas y cohesionarlas en una teoría insuperable.

Esa teoría de la vida responde al punto matemático a las leyes de la Naturaleza y el Cosmos. Va en ascenso expansivo porque va apegado a la evolución cósmica. Si ha sufrido un retroceso de 460 años, por culpa y causa de la invasión occidental, ello no significa que su pueblo se apartara del sentimiento cósmico; o que aceptara de por vida su áspera condición actual de esclavo. No. La nación india, que es materialista y dialéctica por natural y cósmica, sabe que volverá a su curso histórico, que se está acercando a su río vital. Nada ni nadie logrará detener su marcha de reencuentro, porque están aquí sus mismas tierras, su misma raza, el mismo clima creador para un millón de años más. Se está acabando la atroz pesadilla. El paréntesis del oprobio llega a su fin.

ASI FUE EL TAWANTINSUYO

El Tawantisnuyo no fue un Estado en sí, ni mucho menos un Imperio. Su mismo nombre expresa la fusión de los pueblos que habitaban sobre la tierra, los Cuatro Rumbos, es decir los pueblos colocados en la dirección de los horizontes. El Kollasuyo, el Chinchaysuyo, el Antisuyo y el Contisuyo, representan respectivamente los cuatro puntos cardinales, pero también, en el espacio y en el tiempo, los cuatro elementos básicos constitutivos de la vida social, económica y política de los quechuas y de los aymaras.

Como el Tawantinsuyo estaba organizado en ayllus, su definición correcta era la Nación de los Ayllus, es decir, la de las Familias gobernadas por los padres más ancianos. En buena cuenta su organización decimal, hizo que el gobierno geométricamente, desde su ancha base hasta su cúspide formase una figura piramidal; mas, como el ejercicio del gobierno era rotativo, su dinámica política fue espiroidal. La presencia de las pirámides truncas representaban, a su vez, la constitución de su organización social. Hay que aclarar, sin embargo, que las plataformas no equivalían a la presencia de clases o castas rigurosamente separadas entre sí, sino más bien a peldaños de una escalera en permanente movimiento.

Siendo el ayllu la base sólida de la organización social del Tawantinsuyo, su presencia define a su gobierno comunitario. Abajo, al centro y arriba el ayllu signaba la vida económica y política de su Nación, al punto que los Consejos de Gobierno no eran más que ayllus de autorizados.

El Tawantinsuyo fue, pues, la nación gobernada por los padres de familia. De este modo se colige que para haber sido autoridad en la Nación de los Ayllus era indispensable, insalvable ser padre de familia. Así y todo, pese a que aparentemente funcionó el paternalismo, no hubo tal por la misma dinámica rotativa de los padres de familia.

Veamos con mayor claridad. Si el ayllu era la familia, la familia era en sí la razón de ser del Tawantinsuyo. Pues bien,

recordemos entonces que la propia vida del ser era su propia profesión, su oficio, su carrera. Al nacer un niño pertenecía hasta los cuatro años a la comunidad; y, desde los cuatro años empezaba el largo aprendizaje del niño para desempeñarse con mayor eficiencia en el seno de su ayllu. Así hasta que al cumplir los 50 años volvía a ser un dependiente de su comunidad a modo de jubilado global, pues proseguía siendo un elemento indispensable, presto a ser elegido autoridad, presto al consejo y al servicio orientador.

Pero entre los cuatro y cincuenta años el ser pasó desempeñando todos los cargos habidos y por haber en el seno de su ayllu. Es decir ninguno se quedó al margen o relegado de las funciones de gobierno colectivista. Estos cargos dimanaban de su existencia trabajadora: agrícola eminentemente, del cuidado de sus animales, las aguas y los canales, las ceremonias religiosas, las fiestas comunales, sus casas, etc., etc.

De este modo, políticamente antes de desempeñar la función en sí, ya estaba preparado para desempeñarla. Su vida misma era una preparación permanente para el servicio colectivo. E, incluso, acabada de desempeñarla seguía vinculado a ella para la orientación de los nuevos, de los que venían detrás. Como estaba enlazado en forma contínua y permanente le fue imposible darle auge a su individualidad, y, también, de perpetuar cualquier injusticia o desaguisado.

Durante todas sus horas fue preparado moral y espiritualmente en la práctica de su accionar colectivista. A ello hay que agregar que los ancianos trasmitían el prestigio de vivir en función de los demás, soldando esa actividad con los sentimientos más bellos de una religiosidad materialista y cósmica. No había resquicio o lugar por donde se filtrase el egoísmo, la individualidad nociva y cobijadora de la propiedad privada.

Hay algo que define la conducta de los seres en el ayllu: su alegría, su fe en el trabajo y su amorosa disciplina frente a la madre tierra, la Pachamama. Una vida así austera y fraterna, le dió al ayllu su permanencia de siglos, su vivir en constante continuidad con su pasado.

Además, estaban en permanente comunicación entre sí, porque el trabajo en común los unía férreamente. Sus asam-

bleas constantes —el Kamachico— robustecían aun más sus vínculos comuneros. En ellas nada quedaba oculto, todo se ventilaba a la luz pública. Los kamachicos son un extraordinario ejemplo de auténtica vida democrática, pues la participación de las mujeres en los debates y la audiencia de los niños que recibían objetivamente el aprendizaje, garantizaban su continuidad y defensa. Tanto en el trabajo como en las otras actividades supletorias, la música lo presidía todo. Por eso se estimulaba a los creadores, tanto en el arte musical, poético y artesanal.

El trabajo fue elevado a alegría colectiva, de tal suerte que el ser se realizaba plenamente en la comunidad. La vida apegada a la Naturaleza permitió que, día a día, se viviera en poesía, adecuando su existencia sana al ambiente y al paisaje.

Cientos de años en la práctica cuotidiana de este ejercicio vital, les hizo olvidarse de la guerra o acaso ignorarla. El odio y la envidia les fue prácticamente desconocidos al edificar su sociedad comunitaria. Fueron pues vitalistas por excelencia.

La construcción de su sociedad-ética les alejó del crímen, es decir de la agresión y el combate. Esta conducta bella les fue fatal cuando llegaron las hordas extranjeras, de allende el mar. Fueron sorprendidos "infragantes en la paz" de una sociedad sin clases, dedicada exclusivamente al trabajo y al amor. Razón tuvo Tomás Moro, en su "Utopía", que no es más que la interpretación acertada de la realidad del Tawantinsuyo.

El mérito histórico del Tawantinsuyo es que inauguró este tipo de vida comunitaria, hasta perfeccionarla en la postulación de ser una sociedad política y filosóficamente cósmica.

Hay algo aun más descriptivo de la funcionalidad de esa Nación de los Ayllus. Mirada desde arriba, a vuelo de pájaro, el Tawantinsuyo fue como un gigantesco cuerpo humano, cuya cabeza sugerida es el Cusco que era en donde estaba la sede del Gobierno, la del Consejo Supremo. Ese inmenso cuerpo tenía su central nerviosa de caminos para la constante comunicación y traslado de los recursos necesarios para satisfacer planificadamente a los cuatro Suyos. Y, de trecho en trecho, a modo de cadena interminable la presencia de los

tambos comunales, con las reservas suficientes para los imprevistos o los días aciagos.

Los ojos del Consejo Supremo miraban a través de los Consejos Regionales, de los locales y los propios de cada ayllu. Es decir, el Tawantinsuyo estaba en todo, porque en todas partes estaban las células vitales que lo componían. De esta suerte, las relaciones entre las partes del cuerpo tawantinsuyano, eran exactamente idénticas a las relaciones que se dan en un cuerpo humano, entre órganos, sistemas y tejidos. Esta perfeccionalidad constituye un acicate permanente para la imitación, el ejemplo y la continuidad.

Afirmamos al comienzo de este capítulo que el Tawantinsuyo no fue un Estado en sí, al estilo occidental, ni mucho menos un Imperio al estilo europeo o asiático e, incluso, en la acepción misma del término. Veamos, entre tanto, cuáles son las razones.

Históricamente ningún imperio conocido se abrió paso convenciendo primero, fraternizando al centro, y educando finalmente. Todos los imperios conocidos se abrieron paso por el terror, las armas y la sangre. Pero el Tawantinsuyo enviaba primero a sus embajadores desarmados, luego a sus maestros, después a sus mitimaes y finalmente, si habían discrepancias, a quienes aplicaban la autoridad comunera. La operación seductora se efectuaba sin el derramamiento de una gota de sangre. Si se derramaba era en mínima proporción al punto que no afectaba la marcha ni dejaba un rescoldo posible para la venganza, la resistencia o la rebeldía.

Los **mitimaes**, tan denostados y mostrados como la evidencia clasista de ese seudo imperio, no son más que las activistas adoctrinados de la acción comunitaria del Incario. Gracias a éllos se consolidó el Tawantinsuyo porque enseñaron a laborar mejor la tierra, a producir con el uso y empleo de una ciencia y una tecnología en base a las leyes naturales, esto es, lo máximo en lo científico. Y, finalmente, los mitimaes eran los portadores de la teoría cósmica, los vanguardistas de la buena nueva de la Nación de los Ayllus.

¿Entonces, qué les impulsó a los conductores del Tawantinsuyo para avanzar, no en la conquista de nuevas tierras, sino en la habilitación de éstas para cumplir con el mandato

de apoyar a los niños que nacían, para ayudarlos en la seguridad social de darles a cada varón un topo de tierra y a cada niña, medio topo?

La pregunta en sí aclara la dinámica expansiva de los ayllus. Por cierto que no se debe olvidar que la ley natural, en su nacer, crecer, desarrollarse y trascender, tiende a proliferar como una célula que primero, ciertamente, se dobla, después se multiplica y así hasta el infinito, como réplica de un universo que no cesa de crecer y ensancharse en la forma más simple y natural.

Cuando una célula se dobla y se multiplica no hace un fenómeno "imperial" puesto que su dinámica no es de propiedad privada, sino de trascendencia colectiva. Ningún sabio se atrevería a decir y a afirmar que la base lejana del imperio está justamente en el afán multiplicador de la célula porque entonces el universo no sería su perfección matemática, su equilibrio matemático. Si la célula no creciera, no se explicaría el afán incesante y permanente de la expansión de la energía cósmica. Pero la energía al avanzar y multiplicarse no hace imperios, sino que los disuelve en la misma medida de que se dilata expansivamente.

Si el Tawantinsuyo, como está demostrado, al crecer fue avanzando no para satisfacer a una élite conductora ávida de poder, sino que lo hacía para darle a cada niño o niña su pedazo de tierra, no vemos cómo puede calificarse a su paso, como el de un Imperio avasallador, nepótico y teocrático. Ocurre que los que así califican, designan o encasillan circunstancias históricas, no son más que gente acostumbrada a medir la marcha de la sociedad y de su universo, a través del miope lente de su propiedad privada. Son los peores estratégicos de la historia.

Sólo es válido el pensamiento que, adecuándose a las leyes de la Naturaleza, norma la conducta de los seres de la especie en su totalidad. Y los seres, conductores y dirigidos del Tawantinsuyo efectuaron el milagro de trabajar, funcionar y condicionarse a las leyes naturales y cósmicas. Veamos, entonces, si hubo otro pueblo que así lo hiciese.

No hay ninguno. Todos, cual más, cual menos, trabajaron para la propiedad privada; esto es, para el odio, la trampa, el crimen y la individualidad. ¿Mentimos, acaso?.

Veamos la historia occidental y sabremos que Julio César y Napoleón encarnan la guerra de conquista caminando sobre cadáveres; mientras que Cristo es la pasivididad coadyuvadora, el exilio terrestre que facilita el reynado de los ricos y poderosos. Del amaos los unos a los otros, a la entrega de topos de tierra para los niños, hay, pues, un abismo. El imperio de Occidente es la agresión, el sojuzgamiento; en tanto que el avance incásico —con el mínimo de sacrificios humanos y sin afectar el equilibrio social de los pueblos liberados— se realizaba con todos los atributos de una seducción masiva. Jugaron papel de primer orden los **mitimaes** verdaderos evangelistas de la causa comunera.

De otra parte los imperios en Occidente no tuvieron siquiera la justificación de un supuesto paternalismo que menguara la conquista guerrera, todo lo contrario. A ello hay que agregar que el tributo que pagaba el vencido hacía más cruel y paupérrima su existencia; en tanto que la ocupación realizada pacíficamente no cobrada tributo alguno salvo aquel que contribuyera al progreso, la higiene y la salud colectivas. Puede hallarse mucho de paternalismo en la conducta de los señores Incas, precisamente porque todos eran considerados hermanos de una extensa familia, dirigida siempre por los más ancianos, con mucho de mesianismo positivo. Pero si el paternalismo en occidente protege y disfraza la heredad de la propiedad privada, en el Tawantinsuyo el paternalismo defendía y estimulaba la propiedad comunera.

El ejemplo histórico del Inca que se prendara de una ñusta iqueña y que, pese a su prestigio y poder la respetara porque era norma inviolable, habla de los altos valores de un pueblo sabiamente dirigido. Como prueba de su amor hizo que se construyera un canal de regadío en un sólo día, con la participación de diez mil hombres mitimaes. Este suceso pone en alto la diferencia substancial entre el imperio occidental y el Tawantinsuyo.

Lo que tipifica al imperio es la existencia innegable de la propiedad privada. No vemos entonces cómo puede calificarse a una nación que la desconociera y adoptara en su lugar a la propiedad comunitaria. Es lo económico lo que define en última instancia al tipo de gobierno.

Lo que vino de Europa fue el imperio. Si éste hubiese existido en Preamérica no se habrían agudizado las contra-

dicciones al punto que han pasado más de 460 años y el pueblo indio rechaza al estilo occidental y combate a la propiedad privada. La resistencia a veces violenta y casi siempre pasiva habla a las claras del estilo de dos mundos diferentes: el uno el de la propiedad privada y el otro el de la propiedad comunera.

Si hubiese existido el Imperio, con su rey y su nobleza, el indio se habría acoplado a la perfección con el sistema que trajo España. Las contradicciones sociales y económicas se habrían resuelto al acriollarse la ocupación, cosa que no ha sucedido. En todo caso se habría asimilado produciéndose la síntesis. Sin embargo desde que llegara el Imperio Español las contradicciones han ido en aumento por lo mismo que los dos sistemas eran antagónicos e irreconciliables. España vino como tesis de la propiedad privada. El Tawantinsuyo era otra tesis aparte sobre la propiedad colectiva. Si hubiesen sido lo mismo a estas alturas se habría efectuado la síntesis con el surgimiento del mestizaje; cosa que no se ha realizado, ni se realizará jamás. Lo que está en pugna es el sistema;

Han pasado más de 460 años y el pueblo indio no ha abandonado su estilo de vida comunera. Su conciencia del trabajo colectivo es el mentís más rotundo que niega y rechaza la existencia de un imperio. Si el estilo es la sociedad, cómo entonces suponer que de la noche a la mañana el Tawantinsuyo se hubiese transformado en su contrario?.

EL SEGUNDO TAWANTINSUYO

El Segundo Tawantinsuyo es, para nosotros los del Movimiento Indio Peruano, la continuidad histórica del que hicieran nuestros abuelos los Incas. Con esto queremos decir que, luego de tomar el poder en el Perú, trataremos por todos los medios posibles de alcanzar sus límites geográficos a escala continental, en alianza con los partidos indios de Bolivia, Argentina, Chile, Ecuador y Colombia. A toda esta acción programática la nominamos como **la gran batalla por la reconquista tawantinsuyana.**

Como el problema del indio americano es un problema continental, consideramos que para superarlo es menester de la unidad política, social, económica y geográfica de todos los pueblos indios de América, sin excepción alguna. Recordemos que **América siempre fue del indio**; que antes de la nefasta invasión extranjera, sus distintas naciones estaban unidas entre sí, a través de Confederaciones y de Alianzas, en base al respeto mútuo y el ejercicio de un mismo sentimiento político y filosófico cósmicos. Como su organización económica-social era la comunidad (ayllu o calpulli), les fue garantía suficiente para aliarse en la defensa total de la propiedad colectiva. Su forma de Gobierno en Consejos de Ancianos, facilitó esa unidad geopolítica porque el desconocimiento del individualismo ahogó toda tentativa de caudillaje discriminador. Fue el sistema colectivista el que le dió otro sentido superior, al clásico concepto occidental de las fronteras.

El Segundo Tawantinsuyo tendrá, entonces, como espina dorsal de su unidad geográfica, los valles interandinos. Las tierras aledañas a la Cordillera de los Andes constituyen zonas de influencia, sujetas al destino común andino. La riqueza extraordinaria de su clima, del suelo y su subsuelo, condicionan el destino de los pueblos de América del Sur e imponen la conducción económica y política de los mismos. En los Andes, pues, estarán distribuídos los Centros del Poder.

Y así como el Tawantinsuyo de los Incas, respondió a una planificación matemática, partiendo de su desarrollo

agro-pecuario, así el Segundo Tawantinsuyo seguirá sus pasos, empleando su ciencia y tecnología. Para el mejor éxito, de esta tarea de reencuentro, habremos de efectuar un viraje radical que implica, evidentemente, el abandono progresivo de los métodos occidentales; el rechazo al industrialismo mecanicista contaminante, y la liquidación del sistema de importar alimentos como el trigo y la carne vacuna, etc.

Todas las investigaciones científicas que propicie el **Consejo de Gobierno del Segundo Tawantinsuyo**, estarán abocadas al descubrimiento de las ciencias solares que, en el Incario, tuvieran su apogeo. Hasta la fecha ningún pueblo de la Antigüedad y del presente, en donde impera el automatismo, la electrónica y la cibernética, ha logrado desentrañar las leyes naturales y cósmicas como lo hicieron los Amautas del Tawantinsuyo. Y, asimismo, ningún pueblo en la Antigüedad y en el hoy por hoy, dentro del Campo Socialista, ha plasmado, en la práctica como en teoría, una organización básica colectivista como el Ayllu o el Calpulli. Por último ningún pueblo de la Antigüedad y en el presente occidental, llegó tan lejos como la Nación del Tawantinsuyo en la elaboración científica de una teoría natural y cósmica, coherente, cabal y sencilla, a la que tenemos que imitar y ahondar, difundir y hacerla carne y sangre de los pueblos del mundo.

La sabiduría de los Amautas tuvo como fuente inagotable a las leyes naturales, a las del sistema solar y a las del Cosmos, que son unitarias y responden a una misma planificación material y dialéctica. Al reconocer esas leyes y luego orientarse por ellas se declararon "Hijos del Sol", como así es. Pues nada hay en el Universo que supere a esas leyes, mucho menos con la inteligencia del hombre que es su enésima parte cambiante. El sabio Amauta, frente al Cosmos, devino en su seguidor y nombró a la Tierra su Pachamama; jamás pudo ocurrírsele actuar contra ella corrigiéndola o alterándola, desviándola o imponiéndole la dinámica de otro proceso. La subjetividad del Amauta no fue sino la sombra de la gran matemática universal. ¿Esto, podría decirse de los pensadores y "científicos" occidentales? Sería una torpe equivocación.

Nos quedaría sólo desentrañar los alcances de su ciencia y tecnología naturales; de Occidente nada puede orientarnos ya, todo está consumado.

De ello se desprende que el Segundo Tawantinsuyo tendrá otros cánones para seguir. Si la producción es colectivista, a través de la práctica del ayllu, la distribución y el reparto, seguirá esa misma dinámica. Sólo tendrán derecho al reparto los que intervienen directamente en el trabajo agropecuario y minero, sin olvidar las normas morales que fueran la razón disciplinante en el Tawantinsuyo. Ancianos, viudas y huérfanos, además de los inválidos, tendrán todos los derechos y prerrogativas de los integrantes activos del ayllu, ya que representan a una pequeña minoría que no detiene ni afecta, a la producción y creatividad mayoritarias. En el Tawantinsuyo de los Incas la dieta alimenticia fue pareja, sin excepción alguna. El reparto no se hizo en relación a las necesidades de cada quien y según su producción, sino que fue pareja, totalmente pareja. La vida estaba asegurada, así como su alegría; luego, el Segundo Tawantinsuyo seguirá ese ejemplo pues es ley insuperable.

Por otra parte, la reforma agraria que propiciará el Segundo Tawantinsuyo proseguirá con las disposiciones del Incario: el reparto de las tierras en usufructo, seguirá siendo el mismo. Un topo para cada hombrecito que nazca y medio topo para las mujercitas, sin distinción alguna de raza, religión o capacidad física. La seguridad social que brindará el Segundo Tawantinsuyo tendrá su más grande respaldo en la Ley de Leyes de su Tríptico Moral: NO MENTIR, NO ROBAR, NO OCIOSAR, que sólo puede darse a cabalidad cuando desaparezca totalmente la propiedad privada. Los Consejos de los Ayllus serán los encargados de la distribución de las tierras y el reparto de las cosechas; así también el administrar justicia y velar por las tradiciones, usos y costumbres, etc.

Las relaciones exteriores se adecuarán al régimen social vigente en los países extranjeros; de tal suerte que, por ejemplo, todos los indios nacidos en el Continente Americano gozarán de la ciudadanía tawantinsuyana, estén o no bajo el sistema comunitario de vida y de Gobierno; y para los otros pueblos perseguidos del mundo, igualmente. Sólo serán considerados extranjeros aquéllos que, directa o indirectamente, defiendan y hagan suya a la propiedad privada. Para el Segundo Tawantinsuyo América India será la patria del mundo.

No olvidemos que el concepto de patria dimana del concepto que se tiene de la propiedad privada. Para los dirigentes

y pobladores del Tawantinsuyo no hubo patria; sólo existió la Pachamama como madre indiscriminadora e igual para todos, más allá del color de la piel y de la estatura de los seres humanos. Igual norma proseguirá en el Segundo Tawantinsuyo; por eso reiteramos: **América India será la patria de todos los habitantes del mundo.** En nuestras tierras encontrarán ciudadanía y patria todos los socialistas del mundo;

Recuérdese, asimismo, que la Hoya Amazónica fue zona de gran influencia del Incario y que sus avanzadas activistas llegaron hasta las entrañas del Brasil. A nosotros, los del Segundo Tawantinsuyo, nos corresponderá proseguir la acción de nuestros viejos abuelos, para impedir las pretensiones hegemónicas imperialistas del militarismo brasileño; su pueblo será nuestro mejor aliado.

Las relaciones económicas en el Segundo Tawantinsuyo tendrán como patrón el **trueque**, tanto en el mercado interno como para el exterior; en los casos especiales se aplicará una estrategia que sea coadyuvante a la desaparición de la moneda y a la abolición de las relaciones capitalistas. Desarrollaremos al máximo nuestra producción interna para, en base a las cosechas del maíz, la papa, quinua, pallares, ollucos, ají, huacatay, porotos, camotes, pitukas, paltas, tomates, chirimoyas, fresas, zapotes, pepinos, etc., y de la explotación científica de nuestros minerales: oro, plata, cobre, tugsteno, vanadio, plomo, uranio, etc., contar con las reservas suficientes y liberarnos definitivamente de la intervención imperialista, a través de sus empresas transnacionales, que son verdaderas agencias de maffiosos y hampones. Nosotros, como lo hicieron nuestros abuelos los Incas, bien podemos vivir aislados del mundo porque lo tenemos todo, incluso hasta para alimentar a Europa y Africa gratuitamente.

Siguiendo el ejemplo del Incario nosotros trabajaremos para que las grandes ciudades se conviertan en grandes ayllus dirigidos por los padres de familia organizados decimalmente. Nada escapará a los ayllus. En los hogares, en los talleres, en las empresas, en las minas y en el campo, todo, todo será regido por los ayllus y su gobierno en Consejos.

Las faenas agrícolas lo presidirán todo. Hombres, mujeres y niños trabajarán la tierra y se nutrirán con su aliento para reconciliarse con la Naturaleza, nuestra invalorable Pa-

chamama. En cada hogar deberán funcionar las microhuertas, como las escuelas preparadoras de los grandes maestros trabajadores de la tierra. Las azoteas podrán convertirse en "especie de andenes" para la horticultura.

En el Segundo Tawantinsuyo la educación básica profesionalizará a los biólogos, a los genetistas, geólogos, ingenieros, médicos, físicos, químicos, filósofos y sociólogos, etc., de tal modo que sean innecesarios los abogados y los sociólogos, así como las otras profesiones liberales propias del capitalismo y de su propiedad privada. La vida comunitaria será la mejor universidad para la preparación de la obra y creación de la Segunda Sociedad Tawantinsuyana.

Aseguradas la vida, la vivienda, la alimentación, la alegría y la educación, el pueblo entero se convertirá en cantera de creadores al servicio de la sociedad. El impulso colectivista generará artistas, músicos, poetas y pintores con una mentalidad totalmente liberada del asecho del hambre y de las enfermedades. Entonces **daremos paso a una sociedad viviendo en la abundancia y en la justicia, en donde todos, capacitados e incapacitados disfrutarán por igual del reparto.**

El Segundo Tawantinsuyo será a imagen y semejanza del que crearon los Incas en el pasado. Será un retorno al cauce histórico del pueblo andino. Será su segunda edición, aumentada y corregida, porque su pueblo está aquí, lo mismo que su clima, su organización y su conciencia colectivista. No es, pues, un sueño utópico; es el retorno a una práctica colectivista que se perfeccionara a través de los siglos y bajo las banderas de una política y de una filosofía cósmica, que están aquí, que sólo esperan su reactualización. Seguro.

LAS CONCLUSIONES

Por haber permanecido aislado el pueblo preamericano es que pudo desarrollar sus propias formas, dentro del proceso de las leyes naturales. Durante siglos ese pueblo padeció y vivió hasta superar los problemas ante su medio y ante sus semejantes. Supo salir airoso de las pruebas. Pudo desarrollar, entonces, la secuencia lógica de la evolución natural:

Comunismo-primitivo — comunismo-agrario — comunismo-cósmico; mientras que en Europa y Asia la secuencia fue subjetiva e impuesta a la mala por los grupos de fuerza, funcionando de esta manera:

Comunismo-primitivo — esclavitud — feudalismo — capitalismo; que no son etapas naturales, ni forman parte de la evolución, sino que vienen a ser "pistas falsas" en el desarrollo social; recién, cuando los marxistas leninistas la empalman con un final socialista y, después comunista, es que la hacen retornar a la evolución correcta tras un penoso y largo camino de sacrificios.

El pueblo indio preamericano puede hablar, entonces, con basamento científico. Las experiencias de su desarrollo social son aleccionadoras y deben servir para orientarnos.

Las experiencias que se vienen dando en los países que conforman el llamado Campo Socialista son válidas, pero representan el camino más largo, ya que aun están en vías de experimentación.

La inteligencia del indio preamericano supo entender a las leyes de la Naturaleza, como una avanzada de las leyes del Cosmos; de esta forma las utilizó sin alterarlas, con amor filial.

Esta inteligencia comprendió perfectamente que la evolución de las especies había posibilitado su existencia; es decir que el ser humano era un resumen del protozoo, del alga,

del caracol, del animal, etc., y que, a través de ellos, podía comprenderse a sí mismo. Que al respetarlos se estaba respetando a él mismo, y que, por eso mismo, propiciaba el equilibrio ecológico.

Está probado que la sociedad preamericana alcanzó el estado de un comunismo altamente desarrollado y cósmico, al vivir organizado en ayllus (familias), gobernarse por Consejos y aprovechar, como está demostrado, los adelantos científicos y tecnológicos en base a las leyes naturales y cósmicas. Sus calendarios lo prueban.

En Occidente la sociedad se desquició y enfermó a partir de la esclavitud; su marcha es involutiva, regresiva. No puede llamarse a esta sórdida etapa como "superior", pues se daría como natural que el ser humano nazca esclavo y que deba sufrir para elevarse a socialista y libre; aceptarlo es confesarse subjetivista. Se puede calificar a ese estado como "paso en falso".

Los otros estados —feudalismo y capitalismo— corren la misma suerte; es decir, son pistas-falsas, etapas de mayor degeneración.

Los marxistas-leninistas al empezar a contraponer la fuerza de trabajo, como el otro lado del capitalismo, no hacen más que darle validez científica a la clase burguesa y condición de "etapa revolucionaria" al capitalismo. Ahí empieza, entonces, el método subjetivista que usa el marxismo-leninismo para "acelerar" el proceso del desarrollo social. Y ese subjetivismo se ve coronado cuando "los medios sociales de producción, es decir las máquinas, pertenecen al proletariado"; esto es, cuando los trabajadores sean los dueños de los instrumentos de la muerte lenta y de la destrucción de su medio geográfico. Con ello los exégetas de la izquierda occidental no hacen más que ser **agentes funerarios**, cuando no, moralizados propagandistas de la enagenación.

A través de los sindicatos —hijos negadores del capitalismo en el seno de las fábricas— los marxistas-leninistas quieren acercarse a la verdadera sociedad comunista; y ya sabemos que los sindicatos están conformados por gente contaminada y lesionada, es decir por gente enferma y disminuída.

El sindicato y el sindicalismo, representan, a su vez el camino más largo para la liberación total.

La conciencia de clase, en el obrero, se torna en conciencia de lucha, de guerra, de agresión pues imita al grupo de poder capitalista; le opone sus grupos de choque a los instrumentos represivos que son la policía y los ejércitos, manejados por la burguesía.

El comportamiento de los hombres, de ambos sistemas, contiene gérmenes antinaturales que los ponen en cuarentena, que les impiden conducir la revolución de la vida. Recuérdese, las lesiones producidas por la contaminación son irreversibles. Hay, por otra parte, serias sospechas de que el trabajador frente a su máquina, o el chofer frente a su automóvil, se identifican en tal forma que acaban por tener el **límite espiritual** de las máquinas; y que, asimismo, hay cierta drogadicción a favor del dióxido y del monóxido del carbono; las tóxicas emanaciones se les hacen necesarias;

Naturalmente que los proletarios son bravos combatientes en la lucha, y buenos soldados para la rebelión armada, pero no para realizar la revolución de la vida, que requiere de conductores y soldados no contaminados ni químicamente, ni ideológicamente. El combatiente perfecto para efectuar la revolución citada es el campesino indio; por dos razones, primero: por trabajar en el campo donde la contaminación es mínima, o no la existe; y segundo: porque siendo heredero de las tradiciones del Tawantinsuyo conlleva la práctica socialista, base fundamental para el advenimiento acelerado del socialismo.

También, el campesino indio conoce de las leyes naturales y las respeta. Mucho de sus antiguas tradiciones, usos y costumbres siguen en su alma, lo que le hace un tipo ad-hoc para el reencuentro con su pasado que, para la revolución, es el presente. En tanto que el obrero sólo conoce de máquinas, de aceites, de reclamos, de cóleras; es decir, hay que curarlo primero y luego reeducarlo; significando con ello que representa un largo camino.

Para que se entienda y ame lo que significa **la revolución de la vida,** hay que reconocer que el ser humano, evolutivamente, no acaba en el hombre, ni el ciclo de su existencia

como especie se cierra definitivamente con él; sino que es **un eslabón más de la evolución** que prosigue hacia otra especie superior humana. En este sentido, para que ello sea posible —y las actuales circunstancias por efecto de la revolución industrial no lo permiten, sino que, por el contrario, acaban con la vida—, es menester que los elementos que factibilizan la vida, estén en las condiciones más óptimas. Para que esas condiciones sean propicias se hace necesario, imprescindible, que las máquinas desaparezcan o que, en su defecto, se muevan con energía solar, y se destierre, y para siempre, el empleo de los carburantes. ¿Esto es posible, en los momentos en que las empresas transnacionales son las dueñas del destino comercial y espiritual de la humanidad? Nosotros respondemos: ¡Sí es posible, siempre y cuando realicemos la revolución de la vida!

Hace cientos de años una cultura —la india preamericana— plasmó esa revolución y nos dejó el camino para retornar a ella. Encontrar ese camino, a través de los testimonios que legaron para la posteridad, más la presencia viva de sus herederos en el presente, es la tarea más consecuente para un revolucionario que se precie de honrado, científico y atento a la hora presente.

No es insistir en un pasadismo trasnochado, como algunos creen, porque lo indio es una vigencia en la misma medida de que las esperanzas populares son socialistas. La Nación del Tawantinsuyo se adelantó en más de cien años a la sociedad del presente, incluyendo a todos sus adelantos ultramodernos y cibernéticos. La verdadera revolución, social y económica, se da cuando todo el pueblo sin excepción alguna tiene techo, ropa y alimentación asegurados, pero en un ambiente de alegría y creación. Esto no lo ha logrado Occidente, ni ningún otro pueblo en la Antigüedad; sólo lo realizó el Tawantinsuyo, adelantándose a todas las naciones organizadas. Si en la actualidad el llamado Campo Socialista intenta plasmar el socialismo, es bueno que se recuerde que están en vías de experimentación, y que, así y todo, habrán de llegar, tarde que temprano, a donde llegó la Nación de los Ayllus.

Prácticamente, el mundo vuelve —el ricorsi— a sus primeras formas de organización colectivista. Ha sido necesario que hayan pasado miles y miles de años para que la humani-

dad, de Occidente y Oriente, se convenzan de que sólo se puede alcanzar la justicia por la vía del trabajo en común, bajo un sentimento común y sin grupos de poder o fuerza que los dirijan. La experiencia extraordinaria del comunismo-primitivo vuelve a realizarse, o intenta volver a realizarse pero mejorado y ampliado con los descubrimientos verdaderamente científicos del ser humano. Frente a ese apasionado retorno ningún camino mejor que el de la sociedad del Tawantinsuyo, cuyas normas y principios eran, política y filosóficamente, cósmicos; esto es, del más puro y real materialismo dialéctico y científico.

La Nación del Tawantinsuyo evolucionó tanto, porque no se apartó ni un sólo milímetro de las leyes naturales que son inflexibles y que están más allá de la voluntad subjetiva del ser humano. Reconocerlo así, es estar presto a entender al pensamiento colectivista del indio y realizarlo. Todo depende, nomás, del viraje que hagamos para reconciliarnos con la vida.

Con lo anterior Preamérica evidencia que su destino tiene una inagotable vocación de servir a sus viejos enemigos. Sirvió a Europa cuando España llevara el oro, la plata y las piedras preciosas del Incario; sirvió y salvó a Europa cuando con la papa y el maíz le repletaron el estómago de sus famélicos y hambriento pobladores; y ahora, le salvará de nuevo con la tabla de salvación de su filosofía y política cósmicas, que encarnan la revolución de la vida. Por tercera ocasión, América India le abre sus brazos para probarle al Viejo Mundo que su cantera de fraternidad humana es inagotable y que, por cierto, se la entrega sin condición alguna porque el indio fue, es lo será, la más alta expresión de la dignidad y justicia humanas.

La significación del ayllu, como organización básica —que además persiste—, nos es, por demás, útil. Es el modelo a emplearse en la sociedad del futuro por lo mismo que impide la presencia de los nefastos grupos de poder y las castas parasitarias. Cotejándola, con el soviet y la comuna popular china, ella sale enriquecida porque además de los vínculos sanguíneos, la complementan una sólida filosofía y un indestructible sentimiento religioso. Es la organización perfecta y representativa de las sociedades comunistas.

Asimismo hay que cambiar la mentalidad del ser humano. Hay que hacerle comprender que él es una insignificante parte del mundo que le rodea; parte que se complementa con otras para que pueda crear y procrear. El ser humano no es más que una suma de protozoos, algas, caracoles, vegetales, animales, aire y agua, a los que necesita para vivir; la destrucción de estos elementos, que lo integran, es la muerte de sí mismo. Occidente, y todos los pueblos influídos por su mecánica asesina, está desplazando a la vida y sembrando la muerte con el envenenamiento de las aguas, la flora, la fauna y el aire. Segundo en segundo, en forma implacable y sistemática, va destruyendo el equilibrio ecológico tan necesario a la propia Naturaleza como a los seres humanos. Occidente está socavando la interrelación necesaria para que la armonía no cese; de esta suerte hay una seria amenaza, que puede ser definitiva e irreversible, en contra de las leyes naturales.

Ya no se trata, simplemente, de la conquista del poder y de la satisfacción política, de éstos u otros partidos de izquierda; está en juego la vida humana y de su trascendencia para que cumpla con su papel en la cadena de la evolución. Para ello, es urgente que se encuentre una salida que sea global, que detenga el suicidio colectivo que Occidente incentiviza con la drogadicción del monóxido y el dióxido del carbono, a través de la revolución industrial. Por cierto que no se trata de una absurda guerra contra las máquinas, sino de su paralización, de su destierro; la disyuntiva es: ¡o las máquinas o el hombre!

De otra parte, no se va a actuar en la aventura, porque se tiene el ejemplo de la civilización preamericana y la realidad del Tawantinsuyo.

Punto de partida, para el cambio de rumbo, es la utilización de la energía solar y de la gravitación lunar para planificar la creación y la reproducción. Todos los empeños humanos deben dirigirse al redescubrimiento del padre Sol. Nada hay sin la energía solar, y nada hay sin la gravitación lunar, mientras vivamos en la tierra. Cuando la humanidad tenga que abandonar este planeta, planificará su existencia de acuerdo a otras fuentes energéticas.

Hay que revitalizar a la familia que es la base fundamental de la sociedad comunitaria; pero al hacerlo, hay que

tomar el ejemplo indio. La vida tiene, en su desarrollo, su propia jerarquización que hay que reactualizar siguiendo los moldes del ayllu.

Nada es imposible. El Tawantinsuyo prueba que millones de hombres, animados de un mismo sentimiento religioso-filosófico, se acercaron a la madre tierra —su Pachamama—, y se dispusieron fraternalmente a realizar el milagro de vivir comunitariamente, tomando de la Naturaleza sólo su plusvalía, la justamente necesaria para guardar el equilibrio. Diez mil años solventaron esta experiencia que no se debe, ni puede, desestimar, en esta hora en que el mundo anda patas arriba, ebrio y contaminado, pariendo en los cementerios para "ahorrarse energías". ¿Se trata, acaso, de una maldición que partió de una raza avariciosa que se abrogó la jefatura espiritual de la raza humana? No, el problema ya no es racial, ni política, ni social, ni económico; el problema es vital. O nos salvamos o nos destruiremos¡

Nosotros, los descendientes del Incario, trabajamos por el retorno a nuestro cauce histórico. Estamos inmersos en sus usos, tradiciones, costumbres y sentimientos religioso-filosóficos. Vamos hacia la reconquista del poder, en una acción revolucionaria sin precedentes: vivir de acuerdo a un pasado que, paradoja, es el futuro de la humanidad. A esta empresa de lucha, hasta las últimas consecuencias, la llamamos: la Conquista de un SEGUNDO TAWANTINSUYO, que es, también, una reconciliación definitiva con la vida.

En este sentido, como la tarea es titánica comprendemos que se necesita del respaldo y de la comprensión de todos los pueblos del mundo, y de todos los grupos no contaminados políticamente. Nuestra empresa no se queda limitada o circunscrita al Perú y a América, sino al mundo entero. La guerra no es contra pueblos y países, no; la guerra a muerte. es contra las empresas transnacionales y los grupos de poder, ya de derecha, centro o izquierda. Nosotros encabezamos la rebelión ideológica porque nos reclamamos herederos directos de los grandes creadores de la Primera Sociedad Comunitaria. Hay un pueblo indio que persiste en vivir en continuidad con su pasado. Más de cincuenta millones de indios velan por sus usos, tradiciones y costumbres, lo que los hace espina dorsal del Ejército Moral para la reconquista de la Revolución de la Vida.

Al reclamar la conducción espiritual de esta gran cruzada, tenemos presente, por las mismas leyes de la Naturaleza, que nuestra acción sólo es moral; respetamos la vida de otros pueblos y anhelamos convivir con éllos a base del respeto mútuo, de la solidaridad compartida. El inmortal ejemplo, dado por el pueblo indio de planificar su resistencia pasiva, frente al usurpador extranjero, guía nuestros pasos y nuestra conducta.

Sí, exactamente, pero, en tratándose del brutal ejemplo del sistema occidental, somos intransigentes. Ni una sola concesión. Nuestra guerra santa es a muerte. porque los principios que defendemos son los de la vida y su derecho a la paz, la justicia y la creación comuneras.

Abona, al servicio de nuestra causa, la presencia organizada de otros movimientos indios en el continente. Sin embargo, aclaramos, la Revolución India no es racial; el racismo fue una invención extranjera, más concretamente del blanco. **La Revolución India es la unidad de todas las razas de color para crear un mundo sin discriminaciones.**

Los pueblos del mundo están ávidos de que cese ya la agresión, física y moral, a los que se ven sometidos. Oponen a esa agresión los sentimientos de su callada protesta. Les falta una doctrina que los impulse y oriente; pero esa doctrina está en su propia vida familiar. Hay que formar, entonces, a las grandes organizaciones de los padres de familia que, a su vez, trabajan para la conquista de los Gobiernos de los padres de familia.

Por primera vez, en la historia de la humanidad, hay la ocasión de universalizar una doctrina y una filosofía, que no discrimine a nadie, ni deje lugares oscuros para un retroceso en la marcha evolutiva de sus pueblos. Esa universalización está ya dada en la práctica, pues los seres humanos son cósmicos por naturaleza; falta darles la teoría; es decir, hacerles ver que, a través de su propia vida, está la solución a sus males y sus problemas.

La organización de la vida en familias, he allí la gran solución; mas, esa unidad debe estar solventada de una filosofía y de una política: la postulación cósmica, en la teoría y en la práctica.

RECTIFICACION NECESARIA

En el libro que escribiera en México en el año de 1966, bajo el título de "La Madrastra Europa", y que en segunda edición publicara en el Perú, agregándole una serie de artículos bajo la denominación de "El Método Revolucionario y la Conciencia Histórica", afirmé, equivocadamente, entre las **Conclusiones:** la organización social comunera —ayllus— más la ayuda de la ciencia y técnica contemporáneas sería la conquista de nuestra verdadera liberación. La rectificación que se impone es esta:

Poco favor se le hace a la Cultura quechua y maya, si no se les reconoce el dominio que tuvieran de la alta ciencia y de la más completa tecnología cósmicas. Nosotros creímos, con toda nuestra buena voluntad, que en ese aspecto estábamos un tanto atrasados, pero el error se debió a que aún nuestras investigaciones estaban incompletas. Por la serie de los capítulos anteriores, se podrá colegir que los preamericanos alcanzaron, a través del conocimiento matemático que tuvieran de las Leyes del Cosmos, una Ciencia y una Tecnología insuperables. Esto significa que, por materialistas y dialécticos, se preocuparon minuciosamente de todo aquello que enriquecía el poder creador y procreador de su especie. Con esto queremos decir que para que la especie humana se desarrolle mejor, con bienestar y justicia, debe emular a lo que la propia Naturaleza hace, respetando sus leyes, acelerándolas en su proceso unitario, y, sobre todo, velando por el equilibrio de sus elementos constitutivos, que son la base de su vida y de su salto de calidad hacia otra especie superior.

En tanto que la ciencia y la tecnología contemporáneas, producto de la imaginación creadora del hombre occidental ha incrementado un desarrollo industrial suicida, con máquinas que contaminan el oxígeno indispensable para la vida humana, que envenenan sus aguas y que, incluso, adulteran criminalmente las relaciones ecológicas. Está probado que mares y ricas tierras son, ahora, comarcas muertas o en vías de desaparecer. ¿Por qué ocurre esto, si, al mismo tiempo que

mata, produce ventajas y le ahorra durezas materiales a la especie humana? Simplemente, porque el punto de partida de esa ciencia y su aplicación tecnológica es antinatural, empírica y copia adulterada de las leyes naturales. El "creador" occidental, al estudiar las relaciones naturales, desde un punto de vista físico-químico, creyó que podía procesar esas leyes en sus laboratorios; pero olvidó que, por ejemplo, los nitratos o fosfatos, en estado puro, desequilibran y destruyen a la unidad creadora de la tierra, pues los nitratos y fosfatos propios siguieron una secuencia cualitativa hasta transformarse en un todo unitario con el elemento tierra. Para que los abonos artificiales se integren y cumplan con su cometido fecundante, es imperativo que se les prepare al igual como lo hace la tierra, ayudada por las leyes cósmicas, añejándolos, haciéndolos pasar de su estado primario a otro superior coincidente.

Sin embargo, hay que recordar que **no se pueden violentar los procesos si no se domina el uso de la energía solar**, en su estado natural; resulta mejor usar esa energía con sus afines procesados, tal como lo hicieron los preamericanos. Los abonos que emplearon fueron, siempre, los orgánicos —animales, vegetales y humanos— por lo mismo que hay una escalonada unidad procesal, que se entiende entre sí. Cuando el hombre ingiere peces, pájaros, animales y vegetales, procesa esos alimentos, incorpora a su organismo las calorías, las proteínas, los carbohidratos y las grasas necesarias para su subsistencia y su proceración; sin embargo, algo de ellas queda como sobrantes que, al ser expelidos, no pierden riqueza; son útiles para el nuevo ciclo, etc.

Cuando el ser humano "come" piedras en bruto, o metales y metaloides primarios, no los puede digerir porque lo inorgánico es antagónico a lo orgánico; no hay polarización adecuada que permita la interrelación; hay rechazo. Igual sucede cuando los animales y las plantas "comen" piedras, metales y metaloides, precisamente porque lo inanimado no concuerda, no es afín, no se entiende con lo animado; las vibraciones energéticas no se enlazan, ni se enmaridan; hay también rechazo.

¿Cómo entonces la "ciencia occidental" estableció la necesidad del uso de abonos artificiales, ricos en fosfatos y nitratos, si sus químicos e investigadores olvidaron convertirlos

en orgánicos? Su desconocimiento de las leyes del proceso evolutivo, de la piedra al hombre, les llevó a la equivocación suicida que rompe con todas las relaciones ecológicas y arrincona al hombre hasta liquidarlo lentamente. La contaminación no empieza en las fábricas que emplean carburantes, sino que arranca desde el mismo instante del uso indiscriminado de los abonos artificiales o químicos, los mismos que, al desequilibrar el proceso, contaminan por dentro a la vida humana.

¿Si esto ocurre en el fenómeno agropecuario, base fundamental de la vida humana, punto de partida para la producción y reproducción de la especie humana, cómo reconocer, entonces a la ciencia y la técnica contemporáneas, como virtudes al servicio de la humanidad, si son asesinas y brutales? Si esto acontece con la agricultura y la ganadería, la medicina moderna sigue igual camino. Desde Pasteur hasta nuestros días, la equivocación persiste ya que el "mundo de la microbiología "pasteuriana no es tal; los "microbios" no tienen vida, son microorganismos que actúan por polaridades. Pese a ello la farmacología occidental está programada para "matar lo que no tiene vida", y, a la que matan, en verdad, es a la especie humana¡

Veamos, de otro lado, a las máquinas que desde las fábricas y las grandes industrias queman a diario, a cada segundo, el oxígeno vital para la vida humana. Si hacia afuera el envenenamiento contaminador es terrible, en lo interno mata, traumatiza, enajena y deshumaniza al trabajador, convirtiéndole en una máquina más. La combustión de materiales químicos puros —los hidrocarburos— se expande, adultera las relaciones de equilibrio entre los elementos básicos, cambiando, evidentemente, las funciones bioquímicas y, por ende, el pensamiento del hombre. A tal envenenamiento químico, tal descomposición en las neuronas. Y es que el desprocesamiento del petróleo se hace en forma tan violenta que sus emanaciones contaminan todo; el investigador contemporáneo, impulsado por la dinámica de apropiación capitalista, de acumulación indiscriminada, sin planificación, olvidó que la formación del petróleo duró miles de años y que su procesamiento en contrario tiene que seguir la ley natural; y para hacerlo a la perfección sólo debe imitar a las leyes naturales o acelerarlas según su propio ritmo.

La locura acientífica de Occidente, la está pagando la especie humana, al punto que, de continuar, corremos el peligro inminente de liquidar a la especie humana o impedir que ésta cumpla con su misión de crear otra especie superior. Para que nuestra misión se cumpla a la perfección, es imperativo que imitemos a los preamericanos, al defender, sobre todas las cosas, la riqueza de nuestro oxígeno, de nuestro hidrógeno, de nuestro carbono y de nuestro nitrógeno naturales, los mismos que son nuestra base constitutiva. Si ésto hacemos, entonces, estamos marchando hacia la consecución de otra especie superior humana. No es lo mismo saber que estamos constituídos también de oro, plata, cobre y otros minerales que son energía solar procesada en organismos vivos, que ingerir oro, plata y cobre, por ejemplo, en estado natural, no orgánico. Nuestro organismo los rechazaría inmediatamente puesto que por su distinta composición, no puede polarizarlos. Igual sucede con los hidrocarburos, muy a pesar de que los contengamos en mínima escala. Recordemos esta ley: todo lo afín se procesa en mayor o menor intensidad energética. El preamericano lo sabía a cabalidad, de allí que su ciencia y su tecnología resulten insuperables, orientadoras, científicas, materialistas y dialécticas. En tanto que Occidente, desde ayer, hasta hoy, lo ignora; consecuentemente su seudo ciencia y su tecnología aplicada deben ser desestimadas radicalmente.

¿Y qué decir de la aventura de la descomposición del átomo y de las pavorosas armas termonucleares, obra de Occidente? Una cosa es desencadenar el átomo y otra encadenarlo a la ley cósmica.La curiosidad del hombre le llevó hasta los límites de la investigación de la energía pura; pero su incapacidad para crearla, a imagen y semejanza de la natural, ha conducido a la humanidad hasta el límite de su propia destrucción; nadie, en la actualidad, puede garantizarle al hombre su perdurabilidad como especie; se está al borde del caos; estamos de cara al abismo de la destrucción.

El preamericano conoció el uranio y le llamó "la sal que mata" —el ayacachi—; desestimó su uso, al igual que el empleo de los carburantes en grande escala; le bastó la energía solar que se procesa en toda su escala en el planeta Tierra; la dominó y la puso a su servicio. De sol a sol hicieron su vida productora; dejaron para la noche su vida reproductora al amparo de la Luna. Este invalorable testimonio queda grafi-

cado en sus ruinas, en su idioma, en sus costumbres, en sus usos, en su agricultura, en su ingeniería, en su medicina, en su organización social, en su concepción filosófica, en su sentimiento religioso, etc.; pero, resulta más admirable, cuando para el arte culinario no abandonó jamás lo natural; el empleo de la leña cuya combustión no envenena, sino que controla la combustión del oxígeno y lo regula; igualmente, en el uso de sus vajillas de barro,de sus cucharas de palo, etc., siempre buscando la afinidad entre las especies cercanas al hombre o que estaban comprendidas en él. Sus filtradores de piedra porosa, sus cántaros frescos; la deshidratación de la papa; su medicina herbolaria; y hasta su propia vestimenta funcional, para darle al cuerpo humano la agilidad necesaria para el trabajo colectivo, etc., hablan del dominio de una ciencia coherente con la vida y su proceso productor y reproductor.

Por eso, se hizo necesaria esta rectificación. Es decir, tenemos que afirmar que el retorno a la vida Tawantinsuyana tiene que darse en base a su organización social en ayllus y su gobierno en Consejos; y que, para el disfrute cabal de la vida, se torna imperativo el uso de su ciencia y de su tecnología, pues son insuperables por completas y definitivamente humanas. El rechazo a la ciencia y técnica occidentales es cuestión de vida o muerte. Hay que pronunciarse contra ellas. Lo impone la vida misma y su misión creadora y procreadora.

PALABRAS FINALES

Parecería más que inútil escribir y hablar de la lozanía y vigencia de la Revolución en esta hora, cuando las palabras se han gastado y casi ya nadie cree en ellas. Reconozco que hay un estancamiento en la esperanza de los luchadores en mi patria; que hay desprecio en la juventud por las banderas que izan los jefes de las trincheras rebeldes; que hay, en fin, cansancio en los hombres de la izquierda. Sólo los intereses personales, la pasión mezquina, el camino fácil, imperan en los locales políticos, en las universidades, en las iglesias, en los cuarteles y en las centrales sindicalistas. Para esa gente, hablarles de la bondad de la causa india es una blasfemia, una quijotada de mal gusto, una burla gritada en la intimidad de un velorio, etc.

Indudablemente nos encontramos en el tiempo de la resaca. Todo es arrastrado, hacia atrás. No es el tiempo de hablar en tono airado; hay que actuar murmurando a media voz; estamos viviendo en una auténtica clandestinidad de los eternos valores, de aquéllos que movilizan e incendian a los jóvenes para inmolarse por su causa o por su pueblo. Este es el tiempo del "Gran Bonetón"; nadie quiere conservar entre las manos, o en el pecho, su respectiva varonía o su responsabilidad combatiente. Quien más, quien menos, aguardan la ocasión para estar en vitrina, pero sin comprometerse; esperan la hora para acudir al reparto. Quieren ser sobrevivientes para demandar su condecoración bastarda, la que pertenece al soldado desconocido. Son la recua de la burocracia que usufructua de la vida heroica de los que murieron por los demás.

Empero, aun así, hay que seguir siendo un desafío; hay que ir en contra de la corriente de los enfermizos subjetivismos. Hay que gritar, sea como sea, con mala voz o con melíflua tonalidad; en fin, hay que hacerlo para impedir que en esta hora los combatientes hagan la siesta engañosa. No se debe olvidar, jamás, que la Revolución no duerme nunca, que está siempre en vigilia.

Hay crisis, es verdad; pero nuestra crisis es, en un 50 %, de imitación. Como España, primero, y luego Occidente, quisieron dejarnos sin memoria, sin nacionalidad y sin historia, para que adoptáramos la suya, su crisis global, se autoduplica entre nosotros como el eco. De allí, entonces, que podamos afirmar con absoluta certidumbre, que por nuestro aparente "subdesarrollo" somos, efectivamente, sub-enajenados; aun entre nosotros impera un estilo distinto a la valoración de la problemática de la vida. Somos la mitad de los males que se suponen.

Si para Haya de la Torre, y para el propio José Carlos Mariátegui, el Perú fue sólo el "Cuarto de los Sirvientes", porque los amos estaban en Europa, es bueno que se sepa que **siempre fuimos los dueños totales de la casa, de la ciudad, del país, del continente.** Sólo es cuestión de que renunciemos a lo epidérmico racial, y que nos polaricemos abiertamente hacia lo indio, porque lo indio en el Continente lo es todo. Esto significa que así seremos científicamente materialistas dialécticos, y, teóricamente, materialistas históricos. A Marx y a Lenin esto les parecería lo más atinado y correcto.

Al efectuar el viraje de 180 grados, para empezar a reconciliarnos con nosotros mismos, telúricamente, comenzaremos a mirar mejor a nuestra realidad objetiva y concreta. Dejaremos de ser inmorales y ociosos; ya no nos mentiremos, ni mentiremos a los demás. Recién tendremos conciencia de nuestra verdadera nacionalidad. Dejaremos de ser los hijastros de la Madrastra Europa y le descubriremos sus arrugas, sus malos gustos y la pudrición que la rodea, porque la lleva dentro.

Entonces, dejaremos de ser el furgón de cola, el fantasma que nos autoconturba, el pordiosero de todas las tiendas políticas de extramar. Volveremos a nuestro cuerpo; será el espíritu que flota vagando en el aire seductor de estas tierras y estos ríos y estos bosques. Recién estaremos tranquilos con nosotros mismos.

Le debemos tanto a los indios, porque desde los siglos aquí están sus tierras, sus muertos, sus sudores. Gracias a éllos Occidente encontró su tabla de salvación y conjuró su crisis y su hambre. Los indios han sido siempre los benefactores del mundo, porque jamás renunciaron a su señorío y a la forma poética de entender al Universo. Es que el indio se habla de tú con el Cosmos y con la Pachamama, en una acción recíproca de nunca acabar.

Por lo demás, el concepto de indio es la expresión de una cultura socialista. Es una civilización religiosa del materialismo cósmico. Lo indio es, además, un equilibrio racial; es una reconciliación de los extremos raciales. Es una raza al centro y, como tal, atrae al blanco y seduce al negro. Lo indio es la paleta que hizo al Arco-Iris, simplemente porque es una síntesis comunitaria.

Lo anterior explica la conducta social del indio en su relación con los demás grupos raciales. Les da cabida, les da su calor, se quita hasta lo que no tiene por ayudar a los demás. Su estilo es dar, siempre dar. En sus fiestas no hay incidentes, ni son necesarios los vigilantes o los policías. Es la autodisciplina colectiva. La disciplina es su característica. Y cuando trabajan —la minka o el ayni—, lo hacen como lo realizaron sus más viejos abuelos, hace ya para más de veinte mil años, autogobernados colectivamente; pues son una fusión sabia y conciente. Son una práctica cósmica que se elevó a teoría en los sagrados tiempos del Tawantinsuyo.

Se debe aclarar que tomamos lo indio como a una raza histórica, presta a la resurrección por su anterior realización comunista. Las razas puras, en el sentido antropológico, ya no existen, o están en vías de extinción, por vejez. Pero la nacionalidad india, por elevarse, arriba del concepto de raza en sí, postulándose cósmica en lo social, filosófico y político, deja mal parados a quienes la toman simplemente como "raza", y no como una civilización y cultura colectivista.

Por eso, para lograr la liberación total del indio, ella no se plasmará por la vía de la lucha de clases, sino, única y exclusivamente, a través de una implacable lucha de nacionalidades. En Europa y en Asia es probable que la liberación social encuentre, en la lucha de clases, la ruta más corta para reconciliarse con la vida; pero, entre nosotros, el camino es otro, porque nuestra tarea es una lucha de reconquista. Nosotros ya fuimos socialistas. Vino España y nos apartó de nuestra senda histórica, comunitaria por natural y científica por cósmica.

No es tampoco por el camino de la democracia que se habrá de liberar al indio, porque la democracia es la engañifa occidental del capitalismo —hijo del feudalismo y nieto de la esclavitud—, y es la más grave alcahuetería de la que echan mano los tránsfugas de la izquierda simia y papagallezca. La batalla es, y será, una guerra a muerte contra todo lo que es

y representa Occidente. El indio se sentirá, definitivamente reconciliado con la vida, con su vida, cuando no quede un solo testimonio occidental: en lo racial, en lo social y en lo económico, etc.

¿Cómo, entonces, hacer concesiones a la democracia, si es estar dando vueltas a la noria y favorecer, de este modo, a Occidente? No, a Occidente se le derrotará y se le liquidará, oponiéndole otro estilo diferente, totalmente distinto, con ideas que nada tengan que ver con las suyas; porque América no es su continuidad histórica; América ya estaba incluso cuando Europa se hallaba en las cavernas, comiendo carne cruda y desconociendo el uso del fuego. A Occidente lo vamos a derrotar, nosotros los indios, con las ideas, principios y doctrina de nuestros abuelos del Tawantinsuyo. Y porque pensamos y sentimos como ellos es que nos decimos su contemporáneos.

El acápite anterior significa que estamos en guerra ideológica contra Occidente y que consideramos a su "democracia" como una pantalla-cebo para atraer intonsos y corromper a los revolucionarios menos avisados. Para derrotar a Occidente le oponemos una ideología simple y concreta, una filosofía real y acabada en su concepción científica, y un estilo organizado de vida que nada tiene que ver ni siquiera con nada de lo occidentalizado. Nosotros tenemos orgullo de haber redescubierto la ideología cósmica vital del Tawantinsuyo; a esa ideología nos aferramos y no haremos ninguna concesión a Occidente. Reiteramos, nuestra guerra es a muerte. No creemos en la democracia, ni en sus espurios procesos electorales.

La prueba más palpable de nuestra actitud política la dimos en el proceso electoral para elegir a los representantes ante la Constituyente. Nuestra consigna fue: "contra el oprobio, voto en blanco", y cerca de medio millón de ciudadanos nos secundaron. Cerca de un millón de votos viciados evidencian el desprecio que los indios tienen ante estas burdas maniobras occidentales.

Vendrán otras elecciones y habrá de nuevo, se reiterará, la postergación para que el quechuahablante vote; el escamoteo presidirá antes que el Jurado Nacional de Elecciones diga su última palabra. Y de nuevo el quechua y el aymara volverán al destierro; cuando más, sólo "serán referencias de un patrimonio cultural" incómodo para los sucios madre-patrieros.

Nosotros seguiremos sin dar un paso atrás. Estamos más allá del premio o del castigo occidentales. Todo o nada. El triunfo total o la muerte biológica, que será, a todas luces, una perennidad histórica. Ni más, ni menos. ¿Qué es ser diputado o senador, alcalde o cónsul, ministro o embajador, si España está en Palacio y gobierna con mano criolla? Se necesitaría ser un desvergonzado o tener estiercol en las venas, para, en nombre de una supuesta patria, hablar por ella y comer a dos carrillos. Y durante toda la etapa de la República hasta hoy, cual más, cual menos, ha sabido "inteligentemente" sacrificarse por la patria, sin renunciar a su dieta, sus privilegios, amantes y el lugar que no se merecen;

Lo indio, ahora, limita con el mundo entero. De todas partes hay avidez por nutrirse de la sabiduría india. Somos testigos de que lo mejor de la juventud y de los estudiosos de Occidente, no comprometidos, se interesa por la causa del indio; por su filosofía, su organización, su ideología, etc. Durante estos diez últimos años centenares de artistas, antropólogos, historiadores, sociólogos, revolucionarios, etc., se han acercado a nosotros para beber de la filosofía india y de su sabia organización del ayllu.

No, no se trata de hacer turismo político sobre el drama de la vida en el mundo actual. No pensemos tampoco que en el "mundo del Señor" hay para todos. O que lo indio sea una locura menor en el pensamiento de los cínicos o de los hampones. Se trata, simplemente, de que hay una grave crisis humana y en la que los mejores espíritus tientan caminos para darse una salida redentora. Partamos de esto: el drama actual fue elaborado por hombres, luego puede ser resuelto y aliviado por otros hombres. Así es de simple y natural.

En la reunión de "Barbados II", a la que acudieron representantes de los pueblos indios de América y del Mundo, más la asistencia de una docena de antropólogos y sociólogos, estuvo presente el Movimiento Indio Peruano. Salvador Palomino Flores se encargó de representarnos, llevando nuestra ponencia y la documentación de nuestra existencia. Presentamos, a consideración de los asambleistas, nuestras publicaciones. Nuestros libros y folletos. Casi todo de lo actuado. Ni qué decir de la sorpresa que causamos y de los elogios que se recabaron. La reunión acordó se adoptara la línea

doctrinaria nuestra y que se nos diera todo el apoyo moral necesario para ahondar las investigaciones históricas.

Stefano Varese tuvo palabras relevantes y dejó escrito su testimonio de reconocimiento. Dijo que "el Movimiento Indio Peruano significaba un rescate de los siglos, vigente hoy por hoy". La directiva del Consejo Mundial de Pueblos Indios, con sede en Canadá, acogió en su seno a nuestra causa, invitándonos para el Congreso Panindio a llevarse a cabo en Ginebra en 1977. Acudimos. Posteriormente fuimos invitados a Alemania a una cita de dirigentes indios, a la que nos negamos asistir por razones obvias. Movía esta reunión un grupo de protestantes vinculados a eso que se denomina "Consejo Mundial de Iglesias".

Desde "Barbados II", el Movimiento tuvo una nutrida y copiosa correspondencia internacional, vinculándose a todos los movimientos nativos del mundo. Pero no por eso nos hemos mareado, ni mucho menos supervalorado; comprendemos que en todas partes hay planteada una alternativa del retorno. Que la sociedad anda en la búsqueda de su origen feliz; pues hay una marcha ciega para volver al comunismo. Desde todos los rincones del Universo los Manes Cósmicos —léase fuerzas en movimiento— trabajan para corregir la desviación social terrestre.

Ciertamente, el apoyo que recibimos de nuestros hermanos indios del continente y del mundo, contrarresta al boicot que se emplea contra nosotros en nuestra patria. Desde fuera se ve mejor la grandeza de nuestra doctrina; no sería sorpresa el que en uno de estos días venga el espaldarazo desde Europa. Nos daría pena porque con ello se ratificaría lo que afirmamos: hay tanta enajenación mental que nuestra intelectualidad sólo opera por mandatos de extramar.Este tipo de cursilería la importó el criollaje para descollar entre peleles más o menos adinerados; posteriormente, nuestros escritores mestizos hallaron en París el mercado propicio para venderse —no todos—, y para escribir sobre aquéllo que barniza la piel del dolor de un pueblo colgado en la cruz, ya para cinco siglos.

Conste, nosotros no fuimos a Europa a mendigar la atención sobre el drama terrible de nuestro pueblo indio; fueron occidentales los que en Barbados abrieran sus ojos frente a

la seriedad y fortaleza de nuestros planteamientos, doctrinarios y filosóficos. Desde entonces somos una gran espectativa y una sólida esperanza. Grupos e Instituciones independientes estudian y difunden nuestros ensayos, artículos y trabajos. Y no es como mal lo supone Juan Vicente Requejo, en el sentido de que "son gente que cultiva lo extravagante o lo exótico, y que estimula las causas perdidas". Pensar así es necio y estúpido, porque el mismo drama únicamente engendra dolor y protestas. Si las campañas contra el Movimiento Indio fueran sólo para desprestigiar a sus conductores, el asunto no tendría la menor importancia; nomás sería una canallada el echar ácido sobre una llaga o golpear en el suelo a su propia madre.

La trampa estriba en que se desea distraer la atención de la gente estudiosa, honrada e investigadora, para que no se adentre en la verdad, ni descubra la estafa intelectual que es Occidente y de su falsa ciencia. Y, más al fondo, para que no se ponga en duda la razón fundamental, en la que se sustenta la supuesta legalidad de la propiedad privada. He allí el embrollo en la madeja. No se discute la seriedad del pensamiento creador indio, sino que su luz trae por los suelos todo lo hábilmente tejido para darle "legitimidad" al robo, la traición y el crimen.

Desde que el Movimiento Indio Peruano diera muestras de vida a través del INSTITUTO DE INVESTIGACIONES PRE-AMERICANAS, en 1968, empieza su drama y su viacrucis. Total, el ININPRE terminó cerrando sus puertas para no acabar en burdel, pues al no poder combatirlo doctrinariamente, entraron a tallar los agentes, los tragos y las mujeres fáciles. El material humano que conformó la primera promoción fundadora del Instituto, estaba constituída, en su mayoría, por mestizos y criollos. La isla india, en medio de la enajenación sucumbió, sin pena ni gloria. Lo que se salvó fue, mas adelante, la base humana que, a modo de semilla, diera paso al fruto logrado que ahora es el Movimiento.

Sin embargo, hay que aclarar que el MIP no es un partido político, al estilo occidental; es más bien un sentimiento familiar comunero en base a la cultura y civilización del Tawantinsuyo; es, también, la vanguardia combatiente de una nacionalidad con personalidad cósmica, nutrida en los Andes Centrales de América del Sur. El Movimiento Indio busca la

toma del poder para instalar el Segundo Tawantinsuyo y reedificar la Nación de los Ayllus y su Gobierno en Consejos. Es decir, somos un mensaje de liberación total. Somos la Revolución de la Vida.

No aspiramos a ganar posiciones dentro de ese prostíbulo que es Occidente; nosotros somos revolucionarios: el poder o nada. Somos millones. Más de 80 millones de indios constituímos una grande e intensa familia. Hoy estamos dispersos, combatidos e incomunicados. Vendrá el día en que seremos una resurrección. Una espléndida y sagrada resurrección continental.

INDICE BIBLIOGRAFICO

BAUDIN, Louis. — El Imperio Socialista de los Incas.
BUSE, Hermann. — Perú: 10 Mil años; Crónicas en EL COMERCIO.
CARDICH, Augusto. — Los Yacimientos de Lauricocha.
CHOY, Emilio. — De Santiago Matamoros a Santiago Mata-Indios.
CIEZA DE LEON. — La Crónica del Perú.
COLON, Diego. — Diario de Viajes de Cristóbal Colón.
DE LAS CASAS, Fray. — De las Antiguas Gentes del Perú.
GARCILASO, de la Vega. — Comentarios Reales.
Engel, Federico. — Sitios Precerámicos en la Costa Peruana.
KAUFFMANN, Federico. — Arqueología Peruana.
Larco Hoyle. — Los Cupisnique.
Leguía, Jorge Guillermo. — Historia de América.
Llosa, Jorge Guillermo. — Visión Sintética del Perú.
López y Fuentes, Gregorio. — El Indio.
Magaloni Duarte, Ignacio. — Educadores del Mundo.
Martínez Paredez, Domingo. — Filosofía de los Mayas.
Mariátegui, José Carlos. — Siete Ensayos.
Markham, Clement. — Los Incas del Perú.
Reynaga, Fausto. — La Revolución India.
Reynaga, Ramiro. — Guerrilla Blanca en Pueblo Indio.
Tello, Julio C. — Antiguo Perú.
Ulloa, J. Juan y Antonio. — Noticias Secretas de América.
Urteaga Ballón, Oscar. — Ceramios en el Perú.
Valcárcel, Luis E. — Historia de la Cultura Antigua del Perú.

•

Roel Pineda, Virgilio. — Los Libertadores.
Girard, Rafael. — Los Mayas Eternos.
Calderón, Héctor M. — La Ciencia Matemática de los Mayas.
Laureano Luna, Benjamín. — Influencias Aztecas.
Larco Hoyle, Rafael. — Los Mochicas.
Jiménez Borja, Arturo. — El Perú: Período Chimú.
Lumbreras, Guillermo. — Sobre los Chancas, Crónicas, Antiguo Perú.
Posnansky, Arturo. — Tiahuanaco y la Civilización Prehistórica.
Uhle, Max. — Pachacamac.
Matos Mar, José. — Perú Problemas (Libros del Instituto de Estudios Históricos).
Carnero Medina, Gaúl. — Perú: Patria del Indio.
Fernández Lancho, Manassés. — Los Dibujos de Nasca.

I N D I C E

La presente edición de
EL INDIO Y LA REVOLUCION
se terminó de imprimir el 7 de abril de 1979,
en los Talleres de la Editorial BENMEL S. I. R.
LTDA., Lima - Perú (Jirón Junín Nº 1099),
bajo los auspicios de PRENSA PERUA-
NA y el Movimiento Indio del Perú.

INDIANIDAD TOTAL

Guillermo Carnero Hoke, nació y se crió con los niños del pueblo y con ellos aprendió que la vida es siempre relación y que la relación es siempre identificación y que la identificación es la defensa de la comunidad de los pobres. Por eso es que cuando fue acumulando años se hizo revolucionario, porque nadie puede identificarse con los pobres sin rechazar la opresión y la desigualdad. Pero los años, los libros y los indios viejos le enseñaron que la mejor forma de ser revolucionario es volviendo a las fuentes más puras de las tradiciones de nuestro pueblo, que no son otras que las que vienen de los gloriosos tiempos del Tawantinsuyo; y como siempre buscó la perfección decidió ser más auténticamente revolucionario a dar el paso que lo hizo asumir con plena conciencia, la indianidad total y abierta. Es de esta forma que nos ofreció una limpia lección de consecuencia y continuidad, que todos reconocemos como un mérito indiscutible de Guillermo Carnero; mérito que al convertirse en un ejemplo, ha tenido un gran efecto multiplicador, que explica el extraordinario fenómeno del súbito crecimiento del Movimiento Indio, que está destinado a jugar en el Perú el mismo papel que, en su tiempo, desempeñó Pachacútec, que cambió profundamente el rostro social de estas tierras andinas.

VIRGILIO ROEL PINEDA



PRECIO: S/. 500.00